

Corazón generoso

Susan Fox

Cade Chalmers sabía que lo mejor para sus dos sobrinos, que acababan de quedarse huérfanos, era que él y su tía compartieran la custodia. El problema era que Cade y Colleen nunca se habían llevado bien, y jugaban con fuego al intentar vivir bajo el mismo techo.

Aquella situación estaba creando un ambiente explosivo lleno de mutua atracción. Y Cade no hizo más que encender la mecha cuando sugirió que la mejor solución era que Colleen y él se casaran. Se suponía que no era más que una medida práctica, pero el resultado echaba chispas…



Susan Fox

Corazón generoso

Jazmín - 1655

Se necesitan novios vaqueros 6

ePub r1.0

LDS 11.11.16

Título original: *The wife he chose*
Susan Fox, 2001
Traducción: Carmen González Valderas
Publicado originalmente: Mills and Boon Tender Romance (MTR) - 80
/ Harlequin Romance (HR) - 3668
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



Capítulo 1

Colleen James había tardado meses en salir del hospital después del terrible accidente de coche en el que su hermana había perdido la vida. Sabía que no se recuperaría con facilidad, ni de la muerte de su hermana, ni de sus propias heridas.

Mientras conducía por la autopista de Texas, sentía que un dolor constante le atenazaba el cuerpo roto y magullado. A pesar de las muchas operaciones y de los meses de rehabilitación, todavía estaba muy lejos de estar completamente curada. Su lado derecho seguía muy frágil e inestable, y el bastón negro que odiaba utilizar iba a ser imprescindible durante varias semanas, o incluso meses. El accidente también era el causante de los dolores de cabeza que tenía cuando estaba cansada.

Pero las heridas emocionales eran las peores. Parecía que no iba a poder librarse nunca de la depresión que arrastraba y que hacía que los días fueran grises y agotadores. El terror a conducir un coche, incluso a viajar de pasajero, se había ido desvaneciendo después de practicar con un vehículo alquilado. Por lo menos, iba a poder hacer el recorrido de dos horas que había entre San Antonio y el Rancho Chalmers.

Necesitaba hablar urgentemente con Cade Chalmers. Le había enviado una carta y unas flores para darle el pésame por la reciente muerte de su hermano, Craig. Después le había escrito más cartas y lo había llamado varias veces; pero él nunca había contestado.

Al final, decidió ir a verlo. Pensó que eso era preferible a contratar a un abogado.

Los hijos de su hermana, Beau, de tres años y Amy, de sólo unos meses, también habían perdido a su padre. Craig Chalmers se había ahogado hacía un mes y los tribunales decidirían quién se quedaba con la tutela permanente de los niños. El hecho de que su tío Cade tuviera en ese momento la custodia hacía necesario que hablara con él.

Colleen estaba segura de que Cade Chalmers no había pensado en ella. Por eso ese viaje era tan difícil: tenía que recordarle su existencia. Debido a sus limitaciones físicas y económicas, sabía que no podría obtener el privilegio de criar a sus sobrinos, pero, al menos, quería formar parte de las vidas de éstos.

Craig la había acusado de ser la culpable de que Sharon y él se separaran, al permitir que ésta y los niños vivieran en su casa mientras decidían si se divorciaban. La negativa a responder a sus cartas o llamadas después de la muerte de Sharon era buena prueba de ello.

Colleen era la que conducía cuando tuvieron el accidente. Menos mal que los niños se habían quedado en casa con una canguro. Había sido imposible esquivar el camión que se les había echado encima en un cruce, en San Antonio. El sol había cegado al conductor del camión, que no había visto su coche hasta que ya era demasiado tarde.

Aunque no recordaba nada del accidente, ni del último día con Sharon, había leído los artículos de los periódicos que le habían guardado y había escuchado la versión del camionero y de los otros testigos. El terror que le causaba conducir se debía a las horribles pesadillas que tuvo después.

De repente, sintió que el sudor le empapaba las manos. Delante de ella, la autopista de dos carriles se estrechaba de tal manera que parecía imposible que pasaran dos coches. Cada vez que veía venir de frente un automóvil, le daba un ataque de pánico. La náusea era abrumadora.

Si la desviación al rancho no hubiera estado tan cerca, habría tenido que encontrar otro sitio para abandonar la autopista. Lo que normalmente era un trayecto de dos horas se había convertido en un viaje de cuatro, debido a las ocasionales paradas que había tenido que realizar para calmarse. Hubo momentos durante el camino en los que sólo el deseo de ver a sus sobrinos la animó a

seguir conduciendo.

Cuando tomó el desvío al rancho, paró el coche e intentó recuperarse. Todavía le temblaban las manos, y tuvo que beber un trago de agua para suavizar la sequedad de la boca.

Cuando sintió que estaba lista para continuar, arrancó el coche y condujo a lo largo de la carretera. La lenta velocidad del coche y la ausencia de tráfico la ayudaron a calmarse. Después de una curva pronunciada, la casa principal del rancho apareció ante sus ojos.

El rancho de los Chalmers era impresionante. La casa principal estaba rodeada de cuadras y otras edificaciones. La casa era enorme, una construcción de una planta en forma de U que daba la espalda a la carretera. Tenía el tejado de tejas rojas y un porche con arcos de escayola. La sombra bajo el porche prometía un paraíso de frescor en las calurosas tardes de Texas.

Cuando Colleen paró el coche al final del camino, estaba temblando de nervios. Afortunadamente, el lugar parecía desierto, así que tuvo tiempo de limpiarse el sudor de la cara y recobrar el ánimo.

Aunque dudaba de que alguna vez pudiera reunir el suficiente coraje para enfrentarse a Cade Chalmers con calma y seguridad. Éste nunca se había mostrado cariñoso con Sharon, pero Colleen sabía que siempre se había portado muy bien con los niños.

Los recuerdos que Colleen tenía de él eran de un hombre grande, duro, demasiado brusco y callado. Las pocas veces que lo había visto, él se había mostrado distante y educado, pero por sus modales se notaba que juzgaba a la gente con dureza. Había dejado claro que la encontraba poco interesante, quizá nunca se hubiera fijado en ella si no hubiese sido la hermana de la mujer de su hermano.

Colleen no era tan guapa como Sharon y, en ese momento, con el pelo tan corto, se sentía menos atractiva que nunca. Había perdido tanto peso que estaba más plana que un chico. Los hombres nunca la habían encontrado particularmente atractiva, pero, en esos momentos, ni siquiera la veían. Sólo miraban su bastón y su manera torpe de moverse con una mezcla de curiosidad y pena.

Todo ello subrayaba la idea de que los pequeños Beau y Amy eran su única familia. Aunque los había querido a los dos con locura desde el momento en que nacieron, las circunstancias de su futuro

incierto hacían necesario que pudiera verlos y que le permitieran ejercer la maravillosa responsabilidad de ser su tía. Ella era la única familia que tenían los niños por parte de madre. Con toda seguridad, Cade Chalmers entendería la importancia de ese hecho.

* * *

Cade Chalmers se dirigía a la cocina desde su despacho, situado en el ala este, cuando oyó llegar un coche. Fue a la entrada a ver quién era, pero no reconoció a la mujer delgada y frágil que había bajado del vehículo y se dirigía hacia la puerta. El bastón negro atrajo rápidamente su atención, y entonces recordó.

Colleen James caminaba con tanta dificultad y se apoyaba tanto en el bastón que él se preguntó por qué no llevaba muletas. Era la persona que menos le interesaba ver. Se había involucrado demasiado en la pelea marital que había acabado con la muerte de Sharon y, después, con la muerte de su hermano. La pareja había dejado dos huérfanos: un niño de tres años y un bebé de meses.

Si ella no se hubiera prestado a participar, quizá las cosas se hubieran resuelto con rapidez. Creía con toda seguridad que Sharon, aunque peleona e irresponsable, se habría atenido a sus responsabilidades familiares.

Sharon era el tipo de mujer que él había evitado desde que era adulto. Su hermano se había enamorado de ella y se había dejado arrastrar como un idiota. Sharon le había pagado haciendo de su vida un infierno.

Y ese infierno había sido la prueba definitiva del nivel de adicción de Craig a su manipuladora y hermosa mujer.

Después del accidente, Cade se había quedado con la responsabilidad de un hermano destrozado, un bebé y un niño pequeño. Y, como Colleen había estado en coma durante varias semanas, también tuvo que encargarse de todos los arreglos para el funeral de Sharon.

Después, se enteró de que ella no quería saber nada, ni de su cuñado ni de los niños. Así que enseguida la apartó de su mente. Ya había tenido suficiente con hacerse cargo de los niños y del rancho, y con la dependencia de su hermano de la bebida.

La razón por la que esa mujer había decidido presentarse en su casa no suponía más que un pequeño misterio que, probablemente, le llevaría poco tiempo. Estaba seguro de que no sería nada de vital importancia. Quizá necesitase dinero. Si era así, no estaba de suerte. Las mujeres de su familia ya le habían sacado suficiente dinero a los Chalmers.

Abrió la puerta justo cuando Colleen daba un paso bajo la sombra del cenador. La repentina aparición la sorprendió. Pero después la sorpresa se la llevó él al verla de cerca.

Tenía la piel pálida, casi translúcida, y su boca estaba rodeada de finas líneas de tensión. El cansancio le hacía entrecerrar los ojos, pero aún se podía ver el azul sin vida de su mirada.

Siempre había sido delgada, pero, en ese momento, estaba tan delgada que una suave brisa la podría derrumbar. De pronto, sintió que debía mostrarse amable con ella.

Pero al ver el coche cambió de opinión; si estaba tan bien como para conducir desde San Antonio, probablemente, estaría más fuerte de lo que aparentaba.

Sharon había puesto a prueba la paciencia de todos con una lista de enfermedades que iban desde el dolor de cabeza hasta la tensión. Siempre había evitado el cuidado diario de sus hijos y eso, en opinión de Cade, era una conducta imperdonable. Aunque contratar niñeras y canguros era algo que los Chalmers se podían permitir, Sharon siempre conseguía que se marcharan, haciendo de la búsqueda una preocupación constante.

Pero al observar a Colleen James, se sintió culpable por la dura comparación. Sabía que sus heridas habían sido muy graves y estaba claro que no se había recuperado. La fragilidad que veía era algo imposible de simular. Entonces, sintiendo curiosidad, la observó con más atención.

Llevaba el pelo tan corto que casi se le transparentaba la cabeza, pero ella lo había intentado peinar con algún tipo de fijador. Sus ojos eran grandes y estaban rodeados de pestañas oscuras. Tenía la nariz fina y delgada, y sus labios eran finos, aunque parecían demasiado tiernos y vulnerables para haber experimentado demasiados besos.

Si engordara, su pequeño cuerpo podría ser bastante femenino. La Colleen que se imaginó lo sorprendió y lo atrajo, a pesar del

aspecto de chico que tenía en ese momento.

Su saludo sonó como un gruñido.

—Hola, señorita James.

—Hola, señor Chalmers.

Ella respondió con la misma formalidad, pero él se dio cuenta de que la voz le temblaba.

—¿Puedo pasar?

La pregunta subrayó su falta de educación, por quedarse mirándola en lugar de invitarla a pasar.

Cade se hizo a un lado y ella entró con paso lento. La condujo hasta el salón y la invitó a sentarse. Después, llamó al ama de llaves, que apareció al instante.

—¿Qué desea? —preguntó la mujer.

—¿Nos trae algo de beber? —pidió el ranchero.

—¿Café?

Cade miró a Colleen.

—Para mí agua, por favor —dijo ésta.

—Y café para mí, Esmeralda.

Se sentó en el gran sillón que había frente al sofá que ella había elegido. Y desde allí, la observó con frialdad mientras Colleen dejaba el bastón a un lado.

—Muchas gracias por recibirme. Siento mucho lo de Craig. Fue una tragedia.

Cade sintió que empezaba a enfurecerse. No había recibido ningún pésame hasta ese momento. Era como si ella hubiera decidido darle el pésame porque quería algo de él.

Ella continuó hablando y el enfado de Cade aumentó.

—Sé que envié las flores y la tarjeta demasiado tarde, pero no me enteré de lo de Craig hasta que lo leí en los periódicos.

Él comprendió la amonestación implícita, pero no le daba tanta pena como para dejar que le mintiera abiertamente.

—No recibimos ni flores ni tarjeta, señorita James —dijo—. ¿Por qué ha venido?

Colleen notó su enfado, pero estaba sorprendidísima de que no le hubieran llegado las flores.

—Debe haber algún error. A pesar de las diferencias, Craig era mi cuñado. No pude venir al funeral, pero sí envié mis condolencias.

La explicación sólo consiguió endurecerlo aún más.

Tenía un cuerpo grande, los hombros anchos y una musculatura que lo hacía tan sólido como una roca. Pero lo que más impresionaba a Colleen era el rostro. Era duro y parecía no admitir bromas; tenía las cejas oscuras y los ojos profundos, del color del coñac añejo. Los pómulos eran prominentes y sugerían antepasados indios. La nariz era afilada y la boca, una línea que podía estrecharse con el mar humor o curvarse e iluminar su rostro con una sonrisa.

Cade Chalmers no era guapo, pero era impresionante y tenía una apariencia carismática, como la de una estrella de cine. A ella siempre le había costado un esfuerzo terrible mirarlo a la cara, pero él nunca lo había notado porque ella había sido prácticamente invisible para él. Una mujer carente de atractivo sexual, que no llamaba la atención y que siempre estaba a la sombra de su hermosa y extrovertida hermana menor.

Entonces se dio cuenta de que él se estaba impacientando, que pensaba que le había mentido.

—¿Por qué está aquí?

La pregunta cerró el tema de las flores. Él había escuchado su explicación y la había tachado de mentirosa. Abatida, intentó corregir esa opinión:

—Seguro que en la floristería tienen un recibo. Las encargué en un lugar de por aquí.
Josie’s
Flowers, creo.

Él entrecerró los ojos. Estaba claro que ya había tomado una decisión y que no quería cambiar de opinión al respecto.

Colleen se sintió más cansada; desde luego, era un mal comienzo.

—¿Es ésa la razón por la que no ha respondido a ninguna de mis cartas ni a mis llamadas? —preguntó cautelosa—, ¿porque herí sus sentimientos?

«¡Porque herí sus sentimientos!».

Colleen se sintió inmediatamente horrorizada. No había querido decirlo así. Como si alguien como ella pudiera herir sus sentimientos, eso había sido muy vanidoso por su parte.

Además, los hombres como Cade Chalmers eran demasiado

machos para esas emociones. Debería haberse expresado con otras palabras, pero uno de sus problemas después del accidente era que, a veces, no se expresaba con claridad.

Para sorpresa de Colleen, la dura línea de los labios de Cade se suavizó.

—¿Qué cartas? —preguntó él con una ligera sonrisa, como si el comentario anterior le hubiera hecho gracia.

—Le he escrito tres cartas preguntándole por los niños y esta semana he llamado varias veces, la última esta mañana.

Ella dudó. ¿Era posible que no las hubiera recibido? ¿O estaba mintiendo? Si era así, tendría que preocuparla el hecho de que fuera a criar a sus sobrinos.

—Señor Chalmers, he intentado ponerme en contacto con usted —dijo, decidida—. Sé que tengo la dirección y el número bien. Usted debería saberlo y me temo que probablemente lo sepa.

Entonces, la leve diversión del rostro de Cade se desvaneció y sus facciones se endurecieron de nuevo por la conclusión a la que ella había llegado. Colleen estaba temblando y él vio unas finas gotas de sudor en su rostro.

—No tengo ni idea de por qué finge que no ha recibido noticias mías.

Incapaz de mantener su afilada mirada, dirigió la vista hacia el suelo, sintiendo que las mejillas le ardían. Estaba claro que él no la respetaba lo suficiente para decirle la verdad. La falta de integridad personal que eso implicaba, aumentaba sus preocupaciones sobre el tipo de tutor que sería.

Cualquier esperanza que hubiera tenido de que le permitiera formar parte de la vida de los niños se desvaneció. Tendría que buscarse un abogado y ver lo que los tribunales le concedían. Probablemente, nada.

Antes de que ninguno de los dos pudiera decir nada más, Esmeralda entró con la bandeja de las bebidas. Cuando la dejó sobre la mesa de café que había en el salón, le acercó a Colleen su vaso de agua. Ella lo tomó con una débil sonrisa y unas palabras de agradecimiento.

El peso del cristal y la condensación fuera del vaso hacían que le resultase difícil sujetarlo con su mano temblorosa. Esmeralda se marchó de la habitación y Colleen dio un trago. Después, se inclinó

hacia delante para dejarlo en la bandeja, preparada para intentar sacarle una respuesta. Aunque la atemorizaba, tenía que pensar en los pequeños y en lo mejor para ellos. Nada era más importante para ella que eso.

Pero para horror suyo, el vaso se le resbaló de la mano y cayó al suelo con un estruendo. El agua lo salpicó todo.

De repente, se sintió terriblemente avergonzada. Con torpeza, se inclinó para recoger la servilleta de la bandeja, pero no se dio cuenta de que estaba pillada con la taza y al tirar de ella vertió el café.

La mortificación y la necesidad de arreglar el desastre que había ocasionado hicieron que perdiera el equilibrio y se cayera de rodillas sobre el agua y los trozos de hielo.

Cade estaba a su lado antes de que se diera cuenta. La levantó y la ayudó a sentarse de nuevo en el sofá. Él recogió la servilleta y, con una mano, empapó el agua de la alfombra, mientras con la otra agarraba el vaso y los cubitos de hielo. Al menos, los bordes de la bandeja habían evitado que se vertiera el café derramado.

Colleen estaba horrorizada.

—Lo siento muchísimo —fue lo único que logró balbucir.

Su torpeza había quedado de manifiesto. Seguro que sus evidentes dificultades físicas iban a impedir unas visitas sin vigilancia.

Esmeralda había escuchado el ruido y entró en la habitación para ver qué sucedía.

—Lo siento muchísimo —repitió Colleen.

Esmeralda le sonrió para quitarle importancia al asunto, como si el vergonzoso desastre no hubiera tenido ninguna importancia.

—El agua no le hace ningún daño a la moqueta —afirmó mientras agarraba la bandeja para retirarla.

Cade se dirigió a la mujer antes de que abandonara la habitación.

—¿Recuerdas si la señorita James ha escrito alguna carta?

Esmeralda se quedó pensativa un segundo, como si la pregunta le resultara extraña.

—Sí. He visto su nombre en el remite de algunas cartas y también en las flores tan bonitas que envió. Las cartas las dejé en su escritorio, como siempre, y las flores sobre esta mesa. ¿No lo

recuerda?

La cara de Cade era como de piedra.

—Gracias, Esmeralda. Por favor, tráenos otra bandeja.

Esmeralda salió como un torbellino y la habitación se quedó en silencio. Cade estaba de pie mirándola y ella no podía hacer otra cosa que mirarlo a él.

Su sinceridad había sido confirmada por Esmeralda.

Él había preguntado a su ama de llaves delante de ella, sin intentar ocultar nada, por lo que obviamente no tenía nada que ocultar. Pero ¿cómo era posible que no hubiera visto ni sus cartas ni las flores?

—Lo siento mucho, señorita James —su voz tenía un tono que lo hacía parecer arrepentido y sincero—. No tengo disculpa. Usted envió las cartas y yo no las leí.

Colleen lo creyó al instante y notó que la tensión disminuía. En ese momento, recobró un poco de esperanza. Quizá su terrible comienzo no había sido tan terrible después de todo.

—Quería saber qué tal estaban Beau y Amy. Craig nunca contestó a mis llamadas y mis cartas. Creo que me consideraba culpable de todo lo sucedido. Pensé que usted debía pensar lo mismo.

Le dolía admitir que Craig debía haberla odiado y culpado por todo. Pero tenía que ser sincera con él; se sentía obligada a decirle toda la verdad, aunque fuera una estupidez.

Cade se sentó, pero sus ojos no se apartaron ni un instante del rostro de ella.

—Craig dijo que usted no quería nada con él ni con los niños.

La magnitud de la mentira de Craig la tomó totalmente por sorpresa y su rostro palideció. No se le ocurría qué decir para defenderse; desde luego, no podía cuestionar la honestidad de su hermano muerto, porque ya no estaba para defenderse.

El silencio se hizo espeso. Ella no podía mantener su mirada más tiempo por lo que la desvió hacia otro lado, no sin antes comprobar que se había suavizado un poco.

—Llegaré al fondo de la cuestión con las cartas —dijo él con un gruñido—; pero usted preguntó por los niños…

La alusión a Beau y Amy devolvió la esperanza a Colleen y ésta tornó sus ojos hacia él mostrando la emoción que la embargaba.

Habían pasado seis largos meses desde la última vez que los viera.

—Están bien. Les he buscado una niñera, pero hoy es su día libre. Una vecina se los ha llevado a casa de unos amigos para que jueguen un rato.

—¿Puedo verlos? —preguntó ella sin aliento, llena de esperanza y aterrada al mismo tiempo.

—Por supuesto —fue su amable respuesta.

El alivio intensificó la emoción que sentía Colleen y tuvo que agachar los ojos hacia sus manos temblorosas para intentar controlar las lágrimas que amenazaban con correr a raudales.

—Muchísimas gracias. Significa mucho para mí —aseguró, con una sonrisa.

El esfuerzo por contener las lágrimas hizo que su barbilla temblara.

Pero aún tenía que sacar el tema más espinoso:

—Obviamente, pronto solicitara la guardia y custodia de Beau y Amy, si no lo ha hecho ya. Quería asegurarme de que sepa que espero tener un lugar en sus vidas.

Ya lo había dicho. Claro y directo. Había dejado su corazón al descubierto y esperaba que Cade Chalmers no se lo partiera. Una cosa era dejarle ver los niños ese día, y otra, permitírselo de manera legal.

Ella no sabía interpretar su rostro ceñudo. Cuando él habló, su voz sonó suave pero no había duda de que era un desafío.

—¿Va a luchar conmigo por la custodia?

Colleen se incorporó un poco en el sofá.

—Sólo quiero asegurarme de tener un lugar en sus vidas. Dudo mucho que un tribunal me considerara capacitada para encargarme de un bebé y de un niño pequeño. Espero recuperarme pronto, pero aún no sé cuánto tiempo necesitaré. Si los niños son felices aquí y están bien cuidados, no tengo nada que objetar. Pero quiero tener acceso a ellos. Todavía no he contratado un abogado para que me aconseje sobre este tema, pero no sería necesario si usted pusiera por escrito algo que me diera un permiso legal.

Ella se dio cuenta de que la mirada de Chalmers se había ido suavizando, pero aún notaba la sombra de la duda por lo que se apresuró a asegurar:

—Estoy dispuesta a que se haga un informe sobre mí y mi casa.

Yo puedo cubrir los gastos de ese informe.

—¿Lo dice en serio? —preguntó él estudiándola con cautela.

—Quiero muchísimo a los niños, señor Chalmers. No puedo describirle cuánto los he echado de menos. He venido para que sepa que deseo formar parte de sus vidas y de su educación.

—¿Qué participación?

Ella notó que sus dudas crecían, como si la presencia de ella en la vida de los niños pudiera llegar a ser una intrusión.

—Soy su tía. Y me gustaría disfrutar de esa relación. Sé que no puedo solicitar igualdad, pero espero tener un contacto regular y, quizá, de vez en cuando, la libertad de expresar mi opinión sobre su cuidado y educación.

—Quiere mucho. ¿Qué más desea?

La pregunta parecía ir contra ella y eso la confundió un poco. Primero parecía que se había suavizado un poco, pero volvía a mostrarse tan duro como al principio. Quizá considerara su petición excesiva. Ella se apresuró a asegurarle que no pretendía causar ningún problema.

—Puede elegir a quien quiera para evaluarme y, si me permite que les visite con frecuencia, usted mismo podrá comprobar si soy una buena influencia para los niños. No pretendo ser su adversaria ni competir con usted. Sólo quiero tener una buena relación con mi familia.

—¿Qué me dice del dinero?

Colleen sintió que la pregunta directa le impactaba. ¿Se había perdido algo? Después, entendió lo que quería decir y alcanzó su bolso.

—Puedo darle un cheque en depósito por el coste de la evaluación —afirmó, rápidamente, abriendo su chequera. Con un bolígrafo en la mano lo miró:

—¿Qué cantidad le parece oportuna? ¿Quinientos dólares, mil?

Una mirada de sorpresa, que la confundió aún más, cruzó la dura expresión de Chalmers. ¿De qué se sorprendía tanto? Ya le había dicho que estaba dispuesta a hacerse cargo de los gastos de la evaluación. ¿No quería una evaluación profesional sobre ella?

De repente, la invadió el terrible sentimiento de que se había perdido algo durante su conversación. Su preocupación por su falta de precisión al elegir las palabras le parecía una falta menor

comparada con no haberse enterado de los detalles de aquella conversación. ¿Qué se había perdido?

El sonido de un coche aparcando detrás del suyo los distrajo a los dos. Cade se levantó inmediatamente y caminó hacia la entrada. Colleen se olvidó de todas sus preocupaciones sobre el extraño giro de la conversación. Quizá se tratara de la vecina con los niños Se puso de pie con cuidado y se pasó unos nerviosos dedos por el pelo para asegurarse de que tenía buen aspecto. Agarró su bastón y se preparó para caminar hacia la entrada.

Estaba tan débil a causa del viaje y la tensión de la conversación que se preguntaba si podría resistir la emoción de verlos y, después, volver conduciendo al hotel donde había alquilado una habitación para pasar la noche.

Saber que los niños habían llegado a casa, y que iba a verlos y a abrazarlos y besarlos, le dio una energía extraordinaria. No esperó ni un minuto más.

La puerta principal se abrió de par en par y Beau entró corriendo.

—Tío, ¡la perra de Lori ha tenido cachorros!

Colleen llegó a la entrada con el corazón acelerado por la emoción. Habían pasado seis meses. ¡Cuánto habrían crecido los niños! ¿La recordaría Beau? Amy tenía cinco meses la última vez que la vio. ¡En esos momentos tendría casi un año! ¿Andaría ya? ¿Cuántas palabras sabría decir?

Colleen no podía evitar una enorme sonrisa. Sólo tenía ojos para los niños y apenas se percató de la rubia delgada y elegante que llevaba a Amy en brazos.

Beau había crecido mucho y su sola presencia hizo que los ojos se le llenaran de lágrimas. Y Amy parecía una niñita más que un bebé, con su precioso vestidito azul que hacía resaltar el azul de sus ojos. El pelo oscuro de Beau estaba despeinado y llevaba la camisa por fuera; parecía que había estado divirtiéndose mucho.

Eran tan preciosos y tan perfectos que tuvo que enjugarse las lágrimas de felicidad para no perderse ni un detalle.

Beau la vio primero. Ella estaba esperando a que él le dijera algo. Aunque dudaba de que pudiera mantenerse así mucho tiempo, pues estaba deseando abrazarlos y cubrirlos de besos. Pero no podía hacer nada hasta que no estuviera segura de que no los iba a

asustar. Después de todo, era consciente de que había cambiado bastante y lo último que quería era disgustarlos y que estuvieran recelosos de ella. ¡Había pasado tanto tiempo!

Sonrió a Beau, que la estaba mirando fijamente. Amy también la había visto y con ojos muy abiertos la recorría de arriba abajo.

Sabía que Amy era demasiado pequeña, pero esperaba que Beau la reconociera, aunque temía que las heridas la hubieran cambiado demasiado.

Para su total desmayo, la sonrisa feliz de Beau se desvaneció al verla. Sus ojos mostraron miedo y corrió a abrazar a su tío en busca de seguridad. Cade se inclinó para tranquilizarlo. Los brazos del niño le rodearon le cuello y su carita palideció.

Sintiendo que algo malo estaba sucediendo, pronunció un saludo con mucha suavidad.

—Hola, Beau. ¿Te acuerdas de tu tía, verdad? Soy la tía Colleen.

Dio un paso hacia el frente, pero Beau se abrazó más fuerte al cuello de Cade mientras la miraba con desconfianza.

Cade pensó que su reacción era un poco extraña.

—Es tu tía Colleen, que ha venido desde muy lejos para veros a ti y a tu hermana, mequetrefe.

—No quiero verla.

Su pequeña voz resonó en el vestíbulo y a ella se le cayó el alma a los pies. Intentó que no se notara, pero su sonrisa se desvaneció. El vestíbulo se había quedado en silencio. Ya sólo era consciente de la cara temerosa del pequeño.

—¿Por qué no? —preguntó Chalmers de manera casual, pero ella sabía que estaba muy serio. Y que su futuro con los niños podía depender de esa respuesta.

Él no dudó, su carita era solemne y mostraba seguridad.

—Porque ella mató a mi mamá y nos hizo daño a Amy y a mí.

La mirada oscura de Cade golpeó la de ella. Colleen no podía decir ni una palabra porque estaba luchando por tomar aliento. Parecía que el aire había desaparecido por completo. Entonces, la habitación comenzó a darle vueltas. El mareo le hacía difícil permanecer en pie por lo que tuvo que apoyarse en la pared para no caerse.

Cade dejó al niño en el suelo y, en ese mismo instante, Beau corrió por el pasillo en dirección contraria a la de ella. La mujer

pasó a su lado en silencio con la pequeña Amy, pero Colleen estaba demasiado mareada, demasiado horrorizada para moverse.

«Porque ella mató a mi mamá y nos hizo daño a Amy y a mí».

Esas palabras tan terribles retumbaban en su mente y la hacían dudar de su cordura. Era una pesadilla.

Una pesadilla extraña y horrible.

Sintió que las rodillas ya no aguantaban su peso, pero una nube gris oscureció su visión y ya no supo si había caído o no sobre las duras y frías baldosas de la entrada.

Capítulo 2

Colleen se despertó sola en una habitación fría y oscura. Una sábana la cubría desde el cuello hasta los tobillos. Le dolía la cabeza y sentía un terrible pitido en los odios que le revolvía el estómago.

Entonces lo recordó todo. La pequeña Amy y Beau, tan preciosos. Al fin había logrado verlos y había estado a punto de tocarlos, besar sus dulces mejillas y abrazarlos con fuerza.

Pero entonces recordó el miedo de la carita de Beau y las horribles palabras que dijo: «ella mató a mi mamá y nos hizo daño a Amy y a mí».

Colleen se encogió de dolor y angustia.

«… Y nos hizo daño a Amy y a mí».

Las palabras resonaban en su cerebro y le golpeaban el corazón. Nunca les había tocado ni un pelo. Jamás. No podía explicarse a qué se debía la acusación, pero la mirada de los ojos del niño cuando lo dijo había sido totalmente sincera. Beau se creía lo que había dicho. Y por el rostro de Cade, éste también lo creía. ¡Oh, Dios!

De repente, sintió náuseas. Echó la sábana a un lado y se incorporó. Necesitaba ir al baño, pero era un reto demasiado complicado. Estaba muy débil para caminar, y no encontraba su bastón, aunque agarrándose de un mueble a otro, pensaba que lo lograría.

En ese momento, la puerta se abrió, pero ella estaba demasiado concentrada en llegar al baño para darse cuenta. Tosió cuando unas manos grandes la sujetaron por la cintura y el cuerpo de Cade se

pegó al de ella. La llevó al cuarto de baño en un instante, sentándola con cuidado en el borde de la bañera antes de encender la luz.

—¿Se encuentra mal?

Su voz potente era baja como un gruñido. Levantó la tapa para ponérselo fácil.

Ella lo golpeó con una mano.

—Por favor, márchese —logró decir.

—El médico está de camino —le aseguró él mientras le ponía una mano fuerte en el hombro—. Olvídese de mí.

—No, márchese —repitió ella, desesperada, antes de empezar a vomitar violentamente.

Hasta que el mareo pasó, Cade la estuvo sujetando. La vergüenza hizo que sintiera que su piel ardía. Un paño suave y frío se movió con suavidad sobre su cara. Estaba demasiado débil y desmoralizada para resistirse a la ayuda que le ofrecía. Luego, Cade la llevó hasta el lavabo y le puso en la mano un cepillo de dientes con pasta.

Cuando por fin se recuperó y acabó de refrescarse, consideró la suavidad y gentileza que Cade había demostrado al cuidar de ella y aquello le produjo una impresión que le caló hondo.

Los momentos más dolorosos de su vida, especialmente después del accidente, los había pasado ella. Tenía vecinos y amigos que iban a visitarla, por supuesto, y que se ofrecían para ayudarla, pero nadie que realmente cuidara de ella. Nunca había habido nadie que aliviara la soledad y la desesperación de los días grises, largos y dolorosos, y de las noches de desvelo.

Después de lo que Beau había dicho, Cade debía odiarla. El hecho de haberla ayudado y de haberla tratado con tanta humanidad, a pesar de detestarla, decía mucho a su favor.

Apenas podía permanecer de pie y se apoyó con fuerza sobre el lavabo, con las manos apretadas sobre la superficie lisa.

—Nunca les he hecho daño —dijo, incapaz de contener las lágrimas, aunque hizo todo lo posible por evitar los sollozos.

—Hay algo extraño aquí —contestó él—; pero antes de averiguarlo la acompañaré a la cama.

Hizo lo que había dicho. Pasó un brazo por su cintura y con suavidad agarró su brazo izquierdo para llevar la mayor parte del

peso.

—La alcé en brazos cuando se desmayó y la traje aquí; ¿cree que le haría daño si la volviera a tomar en brazos?

—Puedo ir andando.

Él se paró.

—Eso no es respuesta.

Entonces, soltó su brazo y se inclinó para levantarla con suavidad. El sonido de desesperación que ella emitió lo hizo dudar.

—Por favor, déjeme ir andando.

Pero Cade no le hizo caso. La levantó en brazos y la sostuvo con seguridad contra su cuerpo. Ella intentó comprender el porqué de tanta amabilidad; pero su expresión, solemne y dura, no dejaba entrever nada.

Él caminó hacia la habitación con paso firme, la dejó en el borde de la cama y se inclinó para apartar la sábana, que estaba hecha un lío.

—Túmbese.

Ella negó con la cabeza.

—Prefiero quedarme sentada.

Cade mostró trazas de impaciencia al enderezarse.

—Ya estoy bien —afirmó ella con suavidad, sabiendo que mentía. Pero le daba vergüenza dejar que la tratara con tanto cuidado, cuando seguramente era la última cosa que deseaba hacer.

Entonces él acercó un sillón y, sin pedirle permiso, la sentó.

Colleen se sintió muy protegida en aquel sillón.

Él se enderezó sin dejar de mirarla y ella pestañeó con sorpresa.

—Siento mucho causar tantas molestias. Estaré bien enseguida y seguiré mi camino.

—¿Así de simple? —preguntó él con voz tersa.

Ella lo contempló aturdida, desorientada por su amabilidad.

—No tengo ninguna explicación para lo que dijo Beau. Ni siquiera sé cómo puedo defenderme. Tenía tanto miedo… de mí… —dijo haciendo esfuerzos para no llorar. Tenía el corazón roto y se encontraba demasiado exhausta para buscarle sentido a lo que acababa de suceder.

—Tan pronto como el doctor la vea, Esmeralda le traerá algo de comer. Yo hablaré con Beau mientras usted descansa. Puede quedarse en esta habitación todo el tiempo que necesite.

Colleen negó con la cabeza.

—Me quedo en un hotel que hay camino de la ciudad.

—Escuchemos primero lo que el niño tiene que decir.

Ella miró hacia arriba.

—Preferiría irme antes de que hable con él. No quiero albergar esperanzas mientras todo empeora.

—Si es inocente, ¿que podría empeorar? —preguntó él, con los ojos entrecerrados.

Sospechaba de ella, pensó Colleen. La sorprendía que todavía no hubiera emitido un juicio.

—Soy inocente, pero mi palabra no vale nada porque está claro que Beau creía lo que estaba diciendo. Sería un error por su parte no tomárselo en serio. Quizá no pueda probar nada esta noche. Y si no puede, no sería responsable por nuestra parte que yo me quedase. Usted tiene mi dirección por si quiere que alguien me interrogue.

—¿Incluso si el médico dice que no está en condiciones de conducir?

La mención del médico la hizo sentirse peor de nuevo.

—Por favor, llámelo y cancele la visita. No es necesario.

—Ya es demasiado tarde.

Colleen movió la cabeza e intentó no pestañear por el dolor que le causaba la situación.

—Entonces yo le pagaré. Pero me temo que se está preocupando por nada. Siento que se haya apresurado… —Inmediatamente se dio cuenta que, otra vez, había utilizado las palabras inadecuadas—… molestado… Siento que se haya molestado.

De nuevo se estaba emocionando. Estaba tan cansada y tenía tanto miedo…

—Debería haberme quedado en San Antonio. Han sufrido mucho. En especial Beau. No tenía que haber pasado por esto.

Dejó de hablar un momento para recuperar el control, desesperada por ocultar el hecho de que tenía el corazón partido.

—Estaban preciosos y parecían muy felices. Ha hecho un buen trabajo con ellos y me alegro mucho. Me siento aliviada —su voz se quebró con la ultima palabra.

Cade la miró fijamente y comprobó que estaba destrozada. El instinto le dijo que ella era incapaz de hacerle daño a nadie, y

menos a los niños. Ya sospechaba por qué Beau había dicho lo que había dicho, pero necesitaba estar seguro.

Por momentos, Colleen James le parecía más sincera. No se parecía en nada a la egoísta de su hermana. En su experiencia con las mujeres, ella era una rareza. Sencilla, sin complicaciones. Y totalmente enamorada de sus sobrinos. De repente, se dio cuenta de que sería capaz de sacrificarse por la felicidad y el bienestar de los niños, y él encontraba a las mujeres con esas características irresistibles.

El leve murmullo proveniente del recibidor le indicó que el médico había llegado y salió de la habitación.

* * *

Colleen se sometió al reconocimiento médico del doctor Amado. Sabía que se había excedido y el doctor la regañó con amabilidad. Después dijo que se encontraba bastante bien y que el desmayo era el resultado del cansancio y de la presión emocional. Ella no se sentía cómoda hablando de las causas de esa situación y él no insistió.

Era muy amable y se tomó su tiempo preguntándole sobre las heridas, las operaciones y la fisioterapia que había seguido. Durante un momento de la charla, ella pensó que estaba prolongando demasiado la visita. Cuando estaba a punto de decirle lo que pensaba, él le sonrió como si le hubiera leído la mente.

—Cade me pidió que la mantuviera ocupada, pero ha sido un placer hablar con usted, Colleen. Ha sido muy afortunada por haber quedado tan bien, aunque ahora mismo no esté de acuerdo conmigo. Cuídese mucho y siga con los ejercicios. Un día, todo esto será parte del pasado.

Ella le sonrió agradecida por los ánimos. Pero tenía muy pocas esperanzas, sobre todo después de lo que había pasado aquella mañana.

—¿Cuánto le debo, doctor?

—Cade ya se encargó de todo, y usted perdería demasiada energía discutiendo con él —añadió lanzándole una mirada seria—. Y no debería ir a ninguna parte en coche hasta, al menos, mañana,

después de un buen sueño reparador. San Antonio está muy lejos y usted no se encuentra bien. Quédese en la cama y échese una siesta antes de la cena. Le diré a Cade que la despierte dentro de un par de horas.

Dicho eso, se levantó de la silla que había puesto al lado de ella y, con una sonrisa amable, agarró su maletín y salió de la habitación.

Cuando se quedó sola, Colleen se acercó con cuidado a la puerta. Estaba de acuerdo en que San Antonio estaba demasiado lejos, pero el hotel no estaba a más de diez kilómetros. Tan pronto como encontrara su bastón y su bolso se pondría en camino.

Fuera lo que fuera lo que Cade pensara escuchar de labios de Beau, Colleen sabía que nada apaciguaría los temores del niño; por lo menos, no inmediatamente. Sería mejor para él y para todos que se marchara. Ya sabía, cuando había decidido ir al rancho, que algo podía salir mal.

Aunque siempre había creído que el único que podía echarlo todo a perder era Cade Chalmers. No debería haber ido. Si no hubiera ido, al menos tendría la esperanza. Pero ya no tenía nada.

* * *

Cade observó a Beau corriendo hacia su hermana en el patio de detrás de la casa. Como un rayo, se montó en su triciclo y pedaleó con todas sus tuerzas por el patio.

Amy estaba sentada bajo una parra con un montón de piezas de plástico, demasiado grandes para ella. Cuando su hermano pedaleó alrededor de ella, la niña se echó a reír.

La conversación «de hombre a hombre» que había tenido con su sobrino había aclarado las cosas, pero le había dejado desencantado de su propio hermano. Craig le había dicho a Beau que su tía Colleen había matado a su madre, y cómo esa muerte había destrozado a la familia, eso significaba que también les había hecho daño a Amy y a él.

«Papá me dijo que a los que más daño había hecho había sido a Amy y a mí», le había confesado Beau. Y, aparentemente, Craig se lo había repetido con bastante frecuencia. Había sido una mentira

para acallar las preguntas del niño sobre su tía después del accidente. Y la repetición había conseguido atemorizar a Beau. Colleen no se merecía lo que había pasado.

Craig no estaba en sus cabales al mentirle así a Beau. La verdad era que se había convertido en un ser bastante irracional en casi todo. Sobre todo, cuando intentaba ahogar su amargura en alcohol, donde acabó ahogándose él mismo.

El dolor por la muerte de su hermano hacía un mes todavía era profundo, estaba demasiado reciente, pero su dolor era aún mayor al pensar que Craig le había mentido acerca de Colleen y, lo que era peor, había dañado la imagen de la mujer ante su propio sobrino. La injusticia que se había cometido lo dejaba helado.

Su parte en la mentira de su hermano le hacía sentirse enfermo. Había creído con facilidad sus palabras y ni siquiera se había molestado en intentar averiguarlo por sí mismo. Como no la conocía lo suficiente, había basado su opinión de ella en la opinión que tenía de Sharon.

Ahora lo avergonzaba reconocer que la habían dejado abandonada en un hospital durante meses, muy herida y llorando la muerte de su hermana, sola y sin familia que la consolara o que cuidara de ella. El remordimiento le hacía sentirse fatal.

Al menos, esa tarde había hecho algo para que las cosas cambiaran. Por fin. Después de que Beau le confesara por qué tenía miedo de su tía, le había explicado que su papá estaba equivocado. Que el accidente lo había provocado otra persona. Así que su tía Colleen no había hecho daño a su madre y, por lo tanto, tampoco les había hecho daño a ellos.

Como le solía pasar, no estaba aseguro de haberle explicado las cosas bien al niño pues, aunque era muy inteligente, todavía era muy pequeño.

Al final, lo había mandado a jugar y le había dicho que pensara en su tía y que viera qué recordaba de ella.

Después de los frecuentes viajes que Sharon había hecho a San Antonio con los niños, Beau había vuelto lleno de historias felices sobre las cosas que había hecho con Colleen. Con toda seguridad, no las había olvidado. En aquella época, Cade lo había escuchado a medias, más interesado en él que en la tía. Pero todo eso había cambiado. Si Beau lograba recordar, el problema estaría

solucionado.

Escuchó acercarse al doctor Amado y se volvió hacia él. Inmediatamente, se sintió aliviado al ver la sonrisa de tranquilidad del médico.

* * *

Colleen había encontrado su bolso y su bastón. Cuando salió de la casa se sentía como si le hubieran dado una paliza.

Vio el coche que debía pertenecer al doctor Amado y caminó despacio hacia el suyo. Sacando fuerzas de donde pudo, arrancó y se dirigió hacia la autopista. Como estaba exhausta, el viaje al motel le pareció más largo aún que el viaje desde San Antonio; parecía no acabar nunca.

Se sintió inmensamente agradecida cuando el recepcionista la ayudó con la maleta. Cuando por fin llegó a su habitación, apartó la colcha de la cama y, con dificultad, se metió dentro con la ropa puesta.

* * *

Cade esperó con impaciencia a que el recepcionista abriera la puerta de la habitación de Colleen. Habían llamado a la puerta varias veces y ella no había respondido, de modo que Cade, muy preocupado, le pidió que le abriera con la llave maestra.

Colleen se había escapado de la casa y él no se había dado cuenta hasta que fue a la habitación, dos horas más tarde, para ver cómo se encontraba. Cuando el doctor Amado se marchó, fue a ver a los niños; nunca se imaginó que Colleen fuera a desobedecer las instrucciones del médico.

Probablemente, el doctor había pensado lo mismo y no dio importancia a la desaparición del coche de la mujer. Había asumido que Cade habría ordenado que lo llevaran al garaje.

Por fin, el recepcionista consiguió abrir la puerta y encendió las luces. Colleen estaba tumbada en la cama, sólo cubierta a medias.

Estaba completamente vestida, incluso llevaba puesto todavía el calzado deportivo. Como si hubiera estado demasiado cansada para quitárselo o para que la molestaran. Desde donde estaba, podía ver que respiraba con normalidad. Le dio al recepcionista un billete para agradecerle su ayuda y para deshacerse de él.

—Gracias, señor Chalmers. ¿Cree que está bien? ¿Necesita una ambulancia?

—Creo que no, Ronnie. Yo me hago cargo.

El empleado captó el mensaje y se marchó.

El aspecto desordenado de la ropa de la cama indicaba que Colleen había estado inquieta, pero demasiado cansada para despertarse del todo.

Le quitó los zapatos y la cubrió. Le chocó comprobar que dormía como los niños. La similitud le hizo sentir ternura hacia ella.

Recordó su mirada de confusión antes de sacar la chequera y ofrecerle un cheque como depósito para una evaluación profesional de su casa y de ella misma. Había actuado tan inocentemente como un niño con la cuestión del dinero, y el instinto le decía que no había fingido ni un instante.

Cade no sabía qué postura sería la más cómoda para minimizar su dolor, por lo que no se atrevió a moverla. Estaba apoyada en parte sobre su lado izquierdo y, en parte, sobre el abdomen.

No quería dejarla allí sola, pero no tenía ningún derecho a llevársela de nuevo al rancho, cuando era tan obvio que necesitaba descansar. Su mirada reposó en la llave del coche que estaba sobre la mesilla de noche. Encontró unos folios con el logotipo del hotel en un cajón y le escribió una nota que luego dejó al lado del lavabo, en el cuarto de baño.

Cade le echó un último vistazo y decidió que estaba durmiendo con naturalidad. Como parecía estar bien, no podía justificar su presencia en aquella habitación durante más tiempo. Tenía que volver con los niños para que Esmeralda pudiera marcharse a una boda. La niñera no llegaría hasta la noche, mucho después de que los niños se hubieran acostado.

Aunque era consciente de que había invadido la vida privada de Colleen, no le resultaba cómodo dejarla allí. Al menos, había resuelto el problema de que se marchara a San Antonio en cuanto despertara. Eso lo tranquilizaba un poco.

* * *

Los calambres en los músculos despertaron a Colleen a la mañana siguiente. La batalla más dura de cada mañana era salir de la cama y ponerse a caminar para ahuyentar el dolor antes de que los calambres empeoraran. Si no hubiese sido por el dolor, se habría quedado en la cama mucho más tiempo; despertarse significaba que tenía que hacer frente a otro día duro y amargo.

Recordar lo que había pasado con el pequeño Beau hizo que el día que tenía frente a ella le pareciera interminable. ¿Cuántos días más tendría que pasar sin alegría? Hasta entonces había sido una prueba de resistencia, pero había trabajado para obtener un fin.

En esos momentos, la meta que la había arrastrado hasta allí, cuando se encontraba más abatida, ya no existía. Tendría que arreglárselas para continuar hacia delante sin ella.

El mundo era un lugar inhóspito y lleno de desamor. Ella era una mujer sola que no tenía a nadie a quien amar y que tampoco tenía ningún objetivo. Seguro que encontraba alguna causa o alguien en quien volcarse, pero era ella la que no estaba bien para nadie y quizá pasara mucho tiempo antes de que estuviese lo suficientemente recuperada para tener algo que ofrecer.

Tal vez tomase algunas clases en la universidad durante el otoño. La empresa de camiones para la que trabajaba el conductor responsable del accidente había acordado entregarle una cuantiosa suma para evitar ir a los tribunales. Todavía no estaba segura de la discapacidad que le dejarían las secuelas del accidente, o de si necesitaría otro título para encontrar trabajo.

Era contable, pero todavía no le habían dado el alta para volver a la oficina. Y temía que nunca volviera a ser capaz de realizar ese trabajo. La recuperación de su habilidad para las matemáticas había sido frustraste y lenta, debido a la lesión en la cabeza. Todavía no era capaz de entendérselas con su chequera y, a veces, se desesperaba sólo de pensar que tendría que volver hacer complicadas operaciones.

La preocupaba suspender los cursos. La confianza en sí misma era inestable y todavía se encontraba demasiado frágil para enfrentarse al reto de buscar un nuevo trabajo, de aprender algo nuevo, de ponerse a prueba.

Colleen se apoyó en su bastón con la mano izquierda y, con la

derecha, se fue apoyando en la pared, después en el escritorio y, más tarde, en el armario, mientras caminaba por la habitación para quitar los calambres y recobrar el movimiento.

Cuando por fin consiguió dirigirse al cuarto de baño, vio la nota que había al lado del lavabo.

Inmediatamente reconoció la escritura. Nunca la había visto antes, pero reflejaba la fuerte personalidad del hombre que había escrito aquella nota.

Le devolveré las llaves durante el desayuno.

La sensación que la invadió le produjo un escalofrío. Cade Chalmers había estado en su habitación y ella no se había enterado.

Miró fijamente la nota.

Su extraño cambio de actitud era peligroso para alguien como ella. Normalmente había entrado y salido de las vidas de las personas sin provocar nada más que total indiferencia. A ella no le importaba. No era una mujer que necesitara hacerse notar, y era demasiado insignificante para pensar que eso cambiaría alguna vez; aunque a veces fantaseaba con que así sucedía.

Sharon había atraído toda la atención. La poco atractiva Colleen sólo había existido al margen de la belleza de su hermana y de su brillante personalidad. Pero eso no le había causado ningún resentimiento; tampoco había dedicado mucho tiempo a pensar en ello.

Si bien no le habría importado que alguien se hubiera dado cuenta de su existencia, aunque sólo hubiera sido por una vez.

La intención de Cade de impedir que se marchara era, en cierto modo, como si ese estúpido deseo se hubiera cumplido. Era agradable imaginarse cómo sería que alguien le hiciera caso.

De repente, enfadada con ella misma, dejó la nota a un lado. Lo más probable era que estuviera enfadado por haberse escapado del rancho sin decir nada. Era un hombre demasiado dominante para tolerar que un ser insignificante como ella eludiera sus deseos.

Y nada podía haber sucedido para explicar o resolver los sentimientos de Beau hacia ella.

De pronto, se encontró tan descorazonada y deprimida que apenas se podía mover. Tuvo que hacer un terrible esfuerzo para

ducharse y prepararse para un nuevo desastre.

Capítulo 3

Cade golpeó con energía la puerta de la habitación de Colleen y esperó respuesta. Ella le abrió, nerviosa. Ya se había vestido y se había puesto un poco de maquillaje, pero su cabello aún mojado indicaba que no estaba lista. Tal y como él había sospechado, el pelo, libre de cualquier tipo de fijador o laca, se le ponía de punta, igual que les pasaba a Beau y Amy cuando lo tenían muy corto.

Obviamente, el descanso le había sentado muy bien. Parecía estar más fresca que el día anterior, aunque todavía conservaba un cierto aire de fatiga y la mirada de preocupación.

Cuando se vieron, no se dijeron nada, pero Colleen se hizo a un lado y él entró en la habitación. Al pasar junto a ella, Cade sintió su inseguridad, su debilidad, y llegó a la conclusión de que temía que le hicieran más daño.

—¿Qué tal están… Beau y Amy?

La ansiedad que reflejó en la pregunta sugería que ése era el único tema que le importaba. ¿Sería cierto? Una sola mirada a su cara bastaba para descubrir que estaba preocupada por la extraña reacción del niño el día anterior.

—Están bien. Los he dejado jugando en el patio con Connie, la niñera.

Colleen miró hacia otro lado y asintió con gravedad.

—¿Ha tenido oportunidad de hablar con él? —preguntó con un ligero temblor en la voz.

La mirada esperanzada de ella lo conmovió y no la hizo espera más:

—Craig lo convenció de que la muerte de Sharon nos había hecho daño a todos, sobre todo a ellos dos. Estaba muy amargado cuando Sharon se marchó y después, cuando murió, se volvió loco. Tenía que echarle la culpa a alguien para descargarse, y usted estaba a mano para cargar con ella.

Cade sintió que, en cierto modo, estaba siendo desleal a su hermano, como si se hubiera puesto del lado de un extraño. Una extraña, para ser más preciso. Pero ella se merecía tener a alguien de su parte. Esperaba no estar equivocado… Qué Dios la ayudara si le estaba mintiendo.

Colleen lo miró fijamente, atónita por la confesión y por el significado de sus palabras y de su tono. ¡La estaba declarando inocente!

—Me disculpo en nombre de Craig —continuó él, con voz suave y amable—. Y también le pido disculpas por no haberme molestado en intentar averiguar la verdad. Ninguno de los dos tenía que haberla dejado sola en aquel hospital. No hay ninguna excusa para eso.

El corazón de Colleen se estremeció al escuchar aquellas palabras. De repente, todo el cuerpo le tembló y sintió que los ojos le ardían; el recuerdo de los meses de dolor, soledad y desesperación le hizo tanto daño que tuvo que respirar hondo para evitar el llanto.

«Ninguno de los dos tenía que haberla dejado sola en aquel hospital. No hay ninguna excusa…».

Era una confesión sorprendente y aliviaba un poco la agonía de haber sido abandonada. Por su parte, sería natural mostrarse amargada y rechazar las excusas, acusarlo de ofrecerle una mera disculpa a cambio de todo el dolor emocional que la indiferencia de los Chalmers le había causado.

Pero el hecho de que Cade hubiera mostrado tanta humildad era abrumador. Los dos hermanos tenían una arrogancia que hacía difícil imaginárselos pronunciando una disculpa. La sorprendía comprobar que esa arrogancia no tenía nada que ver con Cade. Al menos, no en ese momento. Aunque la confesión tenía que haber sido difícil, lo había hecho. Su opinión sobre él había mejorado enormemente.

—Gracias —logró decir.

Las lágrimas amenazaban con brotar, pero, como seguía sin mirarlo a la cara, ganó unos segundos más para recobrar la compostura.

—¿Qué va a pasar ahora?

Tuvo que hacer esa pregunta porque necesitaba saber qué significaba todo lo que estaba sucediendo. Estaba llena de esperanza y, a la vez, aterrada. Beau y Amy eran las personas más preciosas de su vida. Necesitaba escuchar de boca de aquel hombre cuánto tiempo, exactamente, podría disfrutar de ellos.

—¿Qué le parece si vamos al restaurante que hay en la autopista y, mientras desayunamos, llegamos a un acuerdo que sea bueno para ellos y nos satisfaga a los dos?

Hizo que sonara práctico y sencillo, y ella se lo agradeció.

Sus palabras implicaban que consideraba que tenía los mismos derechos que él. Nunca se había atrevido a imaginar tanto; en realidad, no había esperado más que alguna concesión.

—¿Lo dice en serio? —preguntó ella con dulzura, sin atreverse a creérselo del todo.

—Vamos a desayunar y lo comprobará.

La promesa que estaba implícita en su respuesta la hizo temblar de emoción. También había algo retador en el tono, aunque sus facciones serias no habían cambiado. Confundida por lo que consideraba una contradicción, se quedó mirándolo con intensidad.

—¿Pasa algo? —le preguntó él, serio.

—No, no…, Necesito arreglarme —informó ella, agarrando su bastón con fuerza para dirigirse hacia el baño.

Colleen se aplicó un poco de espuma para el pelo y se peinó con rapidez. Acababa de enchufar el secador cuando lo vio reflejado en le espejo.

—Sólo estaba interesado en ver el proceso, normalmente sólo veo el resultado.

Ella sintió que se ponía colorada por lo que se concentró en secarse el pelo.

Cade Chalmers parecía del tipo de hombres a los que sólo atraían las mujeres peinadas y maquilladas a la perfección. Aunque lo más probable era que las mujeres con las que él salía fueran fantásticas sin hacer ningún esfuerzo.

Colleen sabía que no era hermosa. De hecho, no había mucho

que pudiera hacer con su insípido físico. Así que nunca sería su tipo de mujer. Sin embargo, no podía evitar sentir una extraña emoción al descubrir que él quería verla hacer una cosa tan banal.

Cuando terminó, recogió sus cosas y las metió en un neceser.

Él se hizo a un lado para dejarla pasar y ella se dirigió hacia la cama para recoger las últimas cosas.

—¿Le importaría llevarme la maleta al coche? Ya pagué la habitación anoche.

Él se acercó a ayudarla con el equipaje. Le abrió la puerta y esperó a que saliera delante de él.

Cuando llegaron al aparcamiento, se dirigió hacia el lujoso coche que estaba estacionado al lado del de ella, abrió el maletero y depositó la maleta en el interior. Después, abrió la puerta del coche de alquiler, dejó la llave en la guantera, echó el seguro y lo cerró.

Ella se quedó con la boca abierta, sorprendida e impotente por no haber podido prevenir ni evitar aquello.

—Yo la llevaré de vuelta a San Antonio cuando esté preparada —aseguró, volviéndose hacia su automóvil—. Ya he llamado a la agencia para que vengan a recoger el coche.

—Puedo conducir —dijo ella, molesta por su actuación.

—Otra vez será. Entre —ordenó, sujetando la puerta.

Colleen permaneció inmóvil, incómoda con la situación. No estaba acostumbrada a que nadie tomara decisiones por ella; además, ya había perdido el control de demasiadas cosas en su vida.

—Quiero conducir mi propio coche.

Cade estaba relajado.

—Ya lo sé, Colleen, pero no estoy seguro… ¿Puedo tutearte?

—Sí, claro… —respondió, sintiendo que se ponía colorada por la intimidad—, pero la deci… decisión de conducir o no me corresponde a mí —añadió con menos ímpetu.

Él la miró sorprendido por su resistencia, pero después entendió: tenía miedo de él y desconfiaba de sus motivos. Y, además, tenía su propio orgullo. Quizá ese tipo de orgullo que confieren los tiempos difíciles, pero orgullo al fin y al cabo. Debería haberse dado cuenta antes.

También comprendió que llevar el coche desde San Antonio tenía que haber sido para ella como una prueba de fuego. ¡Una prueba para la que había necesitado seis meses! Y todo porque

había pensado que si no se presentaba en el rancho en persona nunca sería escuchada.

Aun así, no estaba en condiciones de conducir. Estaba tensa y poco ágil, y además, no tenía buenos reflejos. Sólo tenía que recordar cuando tiró el vaso de agua y la serie de pequeños accidentes que siguieron.

Sin embargo, había realizado ese gran esfuerzo para ver a los niños, para asegurarse de que estaban bien y solicitar que la dejara formar parte de sus vidas. La idea le hizo sentir un ligero calor en el pecho.

—Ven aquí, Colleen —insistió con mucha suavidad para no ofenderla.

Por un momento, pensó que no iba a hacerle caso, pero después la vio caminar hacia él, aunque se detuvo a cierta distancia.

—¿Por qué haces esto? —quiso saber ella.

Él percibió enfado en su voz.

—Porque no tienes que ser tan independiente ahora. Dentro de unas semanas, te será más fácil conducir. Pero no hoy. Hoy te llevaré yo.

Ella miró hacia otro lado con expresión preocupada. Sus delicados dedos jugueteaban con el mango del bastón, en el que se apoyaba con fuerza.

Él estudió su perfil tenso y vio las lágrimas contenidas. Estaba claro que no sabía cómo debía reaccionar, percibía la frustración en su gesto.

—Confía en mí un poco, por favor. Creo que confías en mí para que me quede con los niños, así que confía en mí para esto. No es ninguna vergüenza para ti.

Ella lo miró a los ojos y Cade pudo ver que estaba temblando.

—Lo que quieres dar a entender es que soy incapaz de tomar mis propias decisiones —dijo Colleen—. Quizá pienses que soy muy débil o que una mujer como yo debería estar agradecida por tener un hombre que se haga cargo de todo. Pero estás equivocado.

Aquella fría fiereza lo sorprendió. Aunque su opinión sobre ella iba mejorando por momentos, esa reacción lo pilló desprevenido. Las mujeres rara vez ponían alguna objeción a que las rescataran. Por lo menos, no las que él conocía. La mayoría de ellas hacía lo que podía para llamar su atención. Era un hombre soltero y rico. Un

objetivo perfecto para las desvalidas damas que tenían la mirada puesta en su dinero. Pero no esa mujer, que irónicamente estaba realmente desvalida.

El cuerpo delgado de ella parecía muy débil y frágil, y era, con toda seguridad, más vulnerable de lo que estaba dispuesta a admitir. Pero era orgullosa e independiente, y tan susceptible con eso como con su fragilidad. Su manera de actuar había aguijoneado ese orgullo y esa independencia, y la había ofendido.

—Me equivoqué.

Las palabras de Cade eran suaves, pero la expresión de su rostro era dura e indescifrable como una roca. Colleen comprendió que lo había sorprendido y temía haberse creado un enemigo; ésa era la última cosa que quería.

El hecho era que ese hombre era demasiado formidable. Y aunque ella había llegado humildemente a pedirle un favor, no podía permitir que le impusiera su voluntad.

No había protestado porque hubiera invadido su habitación la noche anterior. Sin embargo, lo que acababa de hacer con su coche de alquiler le había hecho comprender que tenía que establecer unos límites. Si no lo hacía, él pasaría por encima de ella. Y si le dejaba hacer eso, podía pesar que ella era innecesaria para la educación de los niños.

Aunque era un riesgo enfurecerlo, corría un riesgo aún mayor si él le perdía el respeto.

Se quedaron mirándose a los ojos fijamente y ella sintió pánico. No sabía qué hacer…

—Colleen, tenemos que tomar algunas decisiones. Siento lo que he hecho con tu coche; te conseguiré otro.

Ella dudó un momento y, después, se dirigió hacia la puerta. La perspectiva de estar dentro de un automóvil acaparó toda su atención. De repente, un temor frió inundó todo su cuerpo. ¿Sería así para siempre?

Cade la ayudó a sentarse en un segundo y cerró la puerta. Ella dejó a un lado su bastón y se apresuró a abrocharse el cinturón para poder esconder sus manos y su temblor cuanto antes.

Cuando entraron en la autopista, sintió que el pánico le recorría la espina dorsal; pero al comprobar la habilidad de Cade al volante pudo relajarse un poco. Además, intentó recordar que al hacer

frente al miedo se hacía más fuerte.

Por fin llegaron al restaurante. Colleen se debatía en silencio con la incertidumbre que le producía tomar el desayuno a solas con él. Nunca había sido una conversadora brillante y, bajo su mirada escudriñadora, se sentía aún más torpe.

—¿Cómo es posible que tu hermana y mi hermano estuvieran casados más de cuatro años y que nosotros nos conozcamos tan poco? ¿Nunca te apeteció venir al rancho?

Ella apartó la vista para esconder un destello de dolor.

—Quizá sea mejor no mirar al pasado —respondió, apretando la servilleta con fuerza bajo la mesa.

No iba a admitir que Sharon rara vez la invitaba. Se había propuesto olvidarse del dolor y no darle más vueltas a los motivos que pudiera haber tenido su hermana para comportarse de aquella manera. Además, había visto a los niños con relativa frecuencia, cuando Sharon iba a visitarla a San Antonio.

Pero Cade no se daba fácilmente por vencido.

—¿Crees que el rancho está muy lejos?

Colleen lo miró de nuevo.

—No es que esté lejos —indicó con calma—. La casa es preciosa y enorme. Seguro que fue construida para albergar familias grandes. Me imagino que tenía que ser así de grande, si no, la abrumadora extensión de tierra la haría parecer muy pequeña. Sería… extraño.

El calor le golpeó el rostro. Era demasiado consciente de su falta de elocuencia, de su respuesta incongruente. Inmediatamente intentó arreglarlo:

—Beau y Amy van a sentirse orgullosos de crecer en este lugar. Aquí es donde tienen sus raíces.

La mirada escudriñadora de Cade se suavizó un poco y ella sintió que se podía relajar. En apariencia, estaba satisfecho con la respuesta. O eso había pensado ella, hasta que él continuó:

—¿Has montado alguna vez a caballo, o has pasado algún tiempo en un rancho?

De manera instantánea, ella presintió que la estaba sometiendo a algún tipo de prueba.

—No, nunca. Y no es que no suene interesante —añadió con precaución—. Mi fisioterapeuta me ha recomendado que monte a caballo, pero todavía no he empezado.

—¿Por qué no te quedas unos cuantos días? Así les darías a los niños la oportunidad de conocerte de nuevo. Y podrías montar a caballo y recobrar fuerzas.

Cade hizo una pausa, como si hubiera notado una cierta reserva por parte de ella; después, añadió con sutileza:

—Últimamente los niños no visitan el resto del rancho; yo no puedo vigilarlos constantemente y la niñera que hemos contratado no está muy interesada en el trabajo que realizamos. Sería muy interesante que conocieran bien su herencia desde pequeños.

La camarera les sirvió el desayuno y ella agradeció la interrupción. Necesitaba un momento para digerir la proposición antes de dar una respuesta.

Desde luego, él lo había presentado todo de una manera que lo hacía irresistible. Sin embargo, casi le parecía una manipulación que hubiera dicho lo importante que sería para los niños…

La verdad era que no tenía que manipularla para que pasara tiempo con ellos, así que lo tomó como una señal de que aceptaba su participación en las vidas de sus sobrinos y en su educación.

Cuando la camarera acabó de servirles, Colleen levantó la vista de la mesa.

—Todavía no me has respondido a la pregunta de por qué nunca venías por el rancho —insistió Cade.

Ella intentó buscar una salida.

—Creo que dejé claro que era mejor no mirar al pasado.

Era una manera muy directa de hablar, pero Cade no lo tomó como una ofensa.

—La mayoría de las veces lo mejor es conocer el porqué de las cosas —aseguró él con amabilidad, pero con un tono que le dejaba claro que pretendía conocer la verdad.

Quizá debería contarle ése por qué, pensó Colleen. Si le dijera la verdad, tal vez lo descorazonaría y, en el futuro, no la presionaría para obtener respuestas que ella no quería darle. De repente, empezó a sentir que se le había quitado el apetito. Y él, como si lo hubiera notado, dio marcha atrás.

—Te dejaré comer en paz —afirmó, desviando su atención hacia la comida.

Colleen extendió la servilleta sobre las piernas y comenzó con los huevos revueltos con beicon que había pedido. Todo estaba muy

bueno y, sin darse cuenta, se acabó la comida antes de haber terminado con el café. Habían pasado meses desde la última vez que había comido tan bien.

El enorme desayuno la había tranquilizado y estaba empezando a sentirse soñolienta.

—Parece que no te vendría mal echar una cabezada —señaló Cade con una débil sonrisa.

Él lo notaba todo, incluso lo más insignificante, y no dudaba en comentárselo. Eso la hacía sentir como si fuera transparente. Por otro lado, la halagaba; era una de las primeras personas que le prestaba tanta atención.

—No llevo fuera de la cama el tiempo suficiente como para echar una cabezada —le respondió. La molestaba enormemente tener tan poca energía—. Estaré bien cuando camine un poco.

—Dale tiempo a tu cuerpo —le aconsejó él—. Necesitas que te mimen un poco, hacer ejercicio al aire libre y comer como Dios manda. Todo eso lo tienes en el rancho.

Ella apartó la vista. No sabía qué pensar sobre el tema o cómo manejarlo. De repente, se encontró tan intranquila que su somnolencia se tornó en un extraño estado de ánimo.

—Eres muy amable, pero no necesito que me mimen, no tienes que reparar nada porque yo no te culpo de nada. Y, por favor, no se te ocurra compadecerte de mí.

Ella alcanzó su bolso, pero cuando iba a agarrar su bastón, se las arregló para que éste fuera a parar al suelo. La camarera que pasaba por allí tuvo que pararse en seco para evitar caerse. Después, recogió el bastón y se lo entregó a su dueña con una sonrisa amable.

—Gracias —dijo ella con la voz estrangulada y la cara encendida.

Se deslizó por el asiento para ponerse de pie, sin dejar de mirar al suelo.

Él se levantó más rápidamente que ella y pagó la cuenta. Colleen no tuvo nada que objetar; estaba demasiado agitada para discutir.

Cuando salieron al aire libre, sintió remordimientos por su arranque de furia.

—Lo siento —se disculpó, mientras él arrancaba el coche—. Normalmente no me enfado tanto, ni soy tan brusca —añadió, cada

vez más apesadumbrada.

Casi dio un salto al sentir el contacto de la mano de Cade en su brazo.

—¿Cómo puedo saberlo? Te ofreciste para que te evaluaran; quédate en el rancho unos cuantos días, como parte de esa evaluación —sugirió él, mostrando que podía ser duro e implacable.

—Eso… eso no es posible.

Cade profirió un suspiro de incomodidad y su expresión tosca se endureció aún más.

—Somos unos completos desconocidos, Colleen. Sólo conozco una manera de acabar con esa situación. Y fuiste tú la que vino a mí para pedirme que te dejara ver a los niños…

La suavidad que había mostrado antes parecía un espejismo. Cade Chalmers no era un hombre con el que se pudiera jugar y, en ese momento, no mostraba ningún signo de piedad.

Colleen lo miró con intensidad, incapaz de discutirle lo que acababa de decir. Sin embargo, cuando ella se había ofrecido para que la evaluaran, sólo pensaba en la valoración de un profesional. Nunca consideró que él fuera a involucrarse de esa forma.

Por la manera en la que lo había dicho, cabía deducir que pretendía conocerla. De hecho, había sonado como un requisito imprescindible.

Pero a ella le daba miedo aceptar. Había tratado con tan pocos hombres…

Los hombres fuertes y viriles como él nunca se sentían atraídos por mujeres sencillas como ella. Sin embargo, las mujeres así corrían el peligro de enamorarse perdidamente de ellos. Después, no les quedaba más remedio que sufrir la agonía de no ser correspondidas.

Colleen se obligó a pensar en los niños, pero el viaje al rancho atrajo toda su atención. Sin embargo, una vez más, la competencia de Cade al volante consiguió que se sintiera segura. Se le notaba alerta, pero tranquilo. También ayudo el hecho de sólo hubiera tres incorporaciones antes de la salida del rancho.

—Te ponen nerviosa los coches, ¿verdad?

No era una pregunta, era un comentario que probaba, una vez más, lo perspicaz que era. Ella pensaba que había logrado ocultar su aversión y había estado convencida de que él no había dejado de

mirar a la carretera durante todo el trayecto.

—Sí —respondió, muy tensa.

—Debió ser muy duro venir de San Antonio conduciendo. Lo siento, Colleen.

La manera en que pronuncio esas palabras la hizo emocionarse.

—Alguna vez tenía que hacer frente a ese miedo —le contó ella, intentando sonar que aquel comentario sonara desenfadado.

Los dos se quedaron en silencio hasta que llegaron a la casa.

* * *

Aunque Colleen había hecho patente su resistencia a quedarse, Cade llevó su maleta a la habitación que estaba al lado de la de Beau. La habitación de la niñera estaba enfrente y la de Amy, al lado de esta última. El dormitorio principal, que era el de Cade, correspondía a la última puerta del pasillo y daba al patio.

El despacho estaba en la otra ala, junto a otro dormitorio y a una habitación de juegos. No había más habitaciones de invitados en esa ala. Esmeralda vivía con su esposo en otro edificio del rancho.

Con tantas habitaciones, no cabía duda de que era una casa para albergar familias numerosas. Pero la familia de los Chalmers nunca lo había sido.

Estaba decepcionada porque la niñera se había llevado a los pequeños a un rancho cercano para que jugaran. La espera la impacientó, y ya había demasiadas cosas que le causaban ansiedad… Esperaba que volvieran mientras ella todavía se encontraba descansada y preparada para hacer frente a cualquier reacción que se pudiera encontrar.

Cade se ofreció para dar una vuelta por la casa principal y los alrededores, y ella aceptó porque, gracias al ejercicio, el tiempo pasaría más deprisa. Su mayor preocupación era que pronto estaría demasiado cansada.

—Veremos a los niños durante la comida, pero, no pasaremos un rato con ellos hasta después de la siesta.

Ella intentaba caminar más deprisa, temiendo que él se pudiera impacientar, pero Cade la agarró del codo para que fuera más

despacio.

—No me importa el ritmo, Colleen.

A ella, la suavidad de aquel roce le produjo una oleada de calor que le recorrió todo el cuerpo y la hizo temblar.

Los dedos de Cade se quedaron alrededor de su codo mientras caminaban. Después de unos momentos de tensión, se obligó a relajarse, pero el peligro era que el contacto de su mano la alteraba cada vez más. Intentó concentrarse en el paseo y en hacer preguntas apropiadas usando las palabras apropiadas. Caminaron juntos durante cerca de cuarenta y cinco minutos, antes de dirigirse de nuevo hacia la casa.

Volvió a sentirse abrumada cuando él le soltó el codo y le agarró la mano para colocarla en su antebrazo. Como si se hubiera dado cuenta de que sus piernas empezaban a estar muy cansadas, ralentizó aún más el ritmo.

Su perfil era duro, pero ella no vio ningún signo de impaciencia. Por fin, comenzó a pensar que su aspecto duro y recio lo hacía parecer más fuerte e intimidante de lo que él pretendía ser.

Tras su dureza y su firme personalidad se escondía una sorprendente amabilidad. Y eso la atraía demasiado. El atractivo de un hombre duro y protector, que también podía ser cariñoso, era demasiado fuerte para ella. Por otro lado, los músculos de acero de su brazo, que con tanta facilidad la sujetaban, encendían un volcán de emociones y de excitación.

Por fin entendió que el reto mayor no iba a ser recuperarse físicamente o ganarse el cariño de los niños, o que le permitieran formar parte de sus vidas. Su mayor desafío sería no enamorarse de Cade Chalmers.

Capítulo 4

Beau y Amy no volvieron a casa a la hora de la comida, y eso enfadó a Cade. Cada vez más a menudo, durante ese último mes, los niños, con o sin Connie, iban a casa de Ángela Danner. Ángela se los había llevado el día anterior para que jugaran con los hijos de unos amigos. Él había aceptado, pero también había puesto la condición de que después se quedasen en casa durante unos días.

Pensó que se lo había dejado claro a la niñera, pero ésta estaba bajo la influencia de Ángela. Llevaba semanas advirtiéndolo, pero no había hecho mucho al respecto. En ese momento, se daba cuenta de que tendría que haber tomado cartas en el asunto.

Él había salido con Ángela un par de veces hacía un año, pero no encajaban. Ella había sido muy mimada toda su vida por su padre y Cade no tenía paciencia para las mujeres que necesitaban ser el centro de atención constantemente. Su hermano Craig ya había cometido ese error.

Ángela había declarado años atrás que pretendía casarse con Cade, pero éste nunca la había tomado en serio; no pensaba casarse nunca. Por eso sólo mantenía ocasionales aventuras sexuales y nunca con mujeres de la zona.

Si tenía tiempo, cuando Ángela aparecía por el rancho, la veía; si no, continuaba con su trabajo. Tenía un rancho que dirigir y, en esos momentos, un par de niños que criar. Siempre que Ángela no entorpeciera ninguna de esas obligaciones, no le importaba que apareciera por allí. Sus atenciones le habían venido bien a los pequeños durante esas semanas y parecía que ella les gustaba.

Pero sospechaba qué era lo que había sucedido con las cartas y los mensajes de Colleen. Ángela visitaba el rancho con mucha frecuencia y cuando estaba allí, se movía por donde quería. No lo sorprendería mucho si resultara que había hecho algo con la correspondencia. Si así había sido, había llegado demasiado lejos.

En lo que respectaba a la niñera, se enfrentaría a un despido si volvía a desobedecer sus órdenes. Ya hablaría con las dos mujeres más tarde. En ese momento, Colleen y él estaban comiendo en la cocina. Esmeralda había abandonado la habitación.

Colleen parecía exhausta y él sintió una punzada de culpabilidad.

—¿Te he cansado?

Una pizca de color tiñó sus mejillas.

—No tengo demasiada energía y, últimamente, no paso mucho tiempo fuera. Creo que ha sido el aire fresco.

—Yo tengo que trabajar algo esta tarde. Podrías aprovechar para descansar.

—Me encantaría. Por desgracia, necesito descansar con frecuencia.

Cade no hizo ningún comentario al respecto y ella sintió la necesidad de repetirse la frase que se había convertido en su máxima: «Pero me recuperaré».

La mitad de las veces sonaba a palabras huecas. Estaba frustrada por lo lenta que era la recuperación. Aunque había avanzado considerablemente, todavía le quedaba mucho camino por recorrer, y eso la desesperaba.

Pero no quería que tuvieran lástima de ella. Observó a Cade durante unos instantes. Su rostro duro estaba serio. De nuevo, tuvo la impresión de que esa expresión sólo era una apariencia, que quizá no fuera la mitad de duro de lo que aparentaba. Se había comportado con mucha amabilidad con ella. Muy dominante también, pero amable. No quería que pensara que se quería aprovechar de él.

Levantó la servilleta de su regazo y se limpió la boca. El movimiento llamó la atención de Cade y su oscura mirada se encontró con la de ella.

—No quiero ser una carga para ti, ni molestarte, pero tengo mis limitaciones. Si te causo alguna incomodidad, me gustaría que me

lo dijeras.

Una sonrisa se dibujó en la cara de Cade y suavizó sus duras facciones.

—Rara vez me guardo mis opiniones.

—Sin embargo… —insistió ella, pero una mirada de él la silenció.

—Te aterroriza la compasión, ¿verdad? Pero quizá no puedas ver la diferencia entre compasión y amabilidad. O amistad. ¿Qué harías tú si yo fuera el que llevara bastón? ¿Te gustaría que tomara tu amabilidad o buenos modales por compasión?, ¿que rechazara cualquier gesto gentil por tu parte?

Colleen meneó la cabeza.

—La verdad es que debería estar más recuperada, me siento como si estuviera fingiendo.

—¿Así que te sientes culpable porque no te encuentras mejor y la amabilidad te avergüenza porque piensas que no la mereces? El doctor Amado ha dicho que te estás recuperando increíblemente bien, teniendo en cuenta las lesiones que sufriste.

Ella desvió la mirada, inquieta.

—El doctor Amado ha sido muy generoso. Crees que soy más fuerte y noble de lo que en realidad soy. Por favor, no lo hagas.

Cade se recostó en su asiento.

—Yo creo lo que quiero.

—Por favor, no idealices nada en lo que a mí concierne.

Entonces él sonrió y el corazón de ella dio un vuelco.

—¿Parezco un hombre dado a idealizar?

—No, pero…

—Déjalo estar, Colleen. Estoy satisfecho con lo que veo y creo lo que quiero.

Ella no podía apartar la mirada del rostro serio de Cade. Estaba diciéndole algo que no acababa de entender, algo más allá de las palabras.

Había emitido un juicio sobre ella, tan importante que podía alterar el curso de su existencia. De alguna manera, la había analizado, había aprobado lo que había visto y estaba tomando nota. No estaba segura de poder manejar la cercanía que eso implicaba. ¿Qué podría significar? ¿Qué esperaba ella que significara?

Era sorprendente lo difícil que le resultaba romper el contacto visual con él.

Se estaba imaginando cosas, se dijo Colleen. No había ningún mensaje oculto en lo que había dicho ni en aquella mirada escudriñadora. Era su horrorosa falta de experiencia con los hombres lo que la inducía a pensar que había algo más detrás de la forma en que Cade la trataba. La intensidad de su mirada no significaba nada especial, pues era un hombre muy intenso. Eso era todo. Sería así con cualquier mujer, con cualquiera.

Ese malentendido señalaba el peligro emocional que corría; no iba a poder evitar sentirse atraída por él.

Temía interpretar mal su amabilidad. Que Dios la ayudara. No podría soportar ser una mujer tan patética y hambrienta de amor que se enamorara de un hombre que nunca podría quererla.

Aterrada por tener todas las cartas para convertirse en ese tipo de mujer, dejó su servilleta en la mesa y alcanzó su bastón. Estaba extenuada. Probablemente, ése era el motivo de todos esos confusos pensamientos.

—Creo que me voy a descansar —le dijo, avergonzada—. Por favor, ¿me llamarás cuando lleguen los niños?

—Sí —confirmó él con un gruñido. Ella no se atrevió a mirarlo, no quería saber qué significaba ese tono. La destrozaría saber que él se había dado cuenta de sus estúpidos sentimientos. Era mejor no mirarlo, actuar como si fuera fácil no mirarlo, dar la impresión de que no estaba interesada en él ni en nada que no fueran sus sobrinos.

Se las arregló para desafiar a sus débiles piernas y se puso en pie. Después, hizo una salida respetable, aunque sintió la mirada de Cade siguiendo cada uno de sus pasos.

* * *

-¿Qué cartas? —preguntó Ángela, dedicándole una sonrisa.

Ángela Danner era hermosa. Su melena rubia tenía ondas naturales, su cuerpo era perfecto y su cara quitaba el aliento: una piel inmaculada, enormes ojos azules, rasgos clásicos y labios lujuriosos; aunque Cade sospechaba que no eran naturales.

Ángela era una belleza, pero también estaba mintiendo. Nunca había confiado en ella, pero, en ese momento, comenzaba a verla como era en realidad. Estaba seguro de que había interceptado las cartas y los mensajes telefónicos de Colleen, probablemente los había tomado de la bandeja de su escritorio, donde Esmeralda solía dejarlos. Y eso lo ponía furioso.

Su expresión debía haberse tornado un poco fiera, porque ella, de repente, se puso colorada. En el cerebro de Cade se dibujó la cara de otra mujer cuando se sonrojaba y su mente hizo un repaso de otras expresiones, como la cara de dolor o el misterio de sus ojos de color azul intenso.

Estaba mirando la increíble belleza que tenía delante pero su imaginación se distraía con otro tipo de belleza, la de Colleen. La belleza de una mujer tímida, pero con carácter, con unos sentimientos profundos y una fortaleza interior comparable a sus limitaciones físicas. Una mujer con humildad y, a la vez, con orgullo. Eso la convertía en la antítesis de Ángela.

—Las cartas y los mensajes de Colleen James, Ángela —repitió el, cuidando de que su voz sonara suave—. Si tienes alguna explicación, me gustaría oírla.

Cade casi podía ver la confusión mental de Ángela. Ella estudió sus facciones, buscando una pista sobre sus sentimientos y sobre cómo eludirlos.

Por fin, Ángela hizo un gesto con la mano para quitarle importancia al asunto.

—Esa mujer ya causó suficientes problemas y dolores de cabeza a los Chalmers. Esperó hasta que Craig murió para ponerse en contacto contigo porque él no hubiese hablado con ella. Probablemente, quería pillarte en un momento de debilidad.

—¿Con qué propósito?

—Ninguna de esas hermanas ha tenido nunca nada. Sharon tenía su físico y supo utilizarlo. Me imagino que Colleen decidió intentar explotar su relación con Beau y Amy. Ahora es una inválida, pero tuvo el valor de presentarse aquí ayer, con esa cara pálida y lastimosa… —Sus labios se curvaron para añadir con suavidad—. Y tú eres muy sensible, Cade. No ibas a poder resistirte a su imagen de indefensión; incluso un simple ratón como ella se lo podía imaginar. Deshazte de ella —le aconsejó, rodeándole el cuello con

los brazos—. He oído que va a cobrar una enorme indemnización de la empresa de camiones, así que puede vivir sin tu dinero. Los niños estarán mucho mejor sin ella. Sus vidas están aquí y tú eres la única persona a la que necesitan. Y… —añadió con una sonrisa que pretendía parecer sincera— yo los adoro.

Cade no se movió. Miró fijamente la preciosa cara de Ángela, que estaba muy cerca de la suya. Enseguida supo lo que iba a decirle a continuación, con su dulce acento del sur.

—¿Sabes?, papá me preguntó por qué no me mudaba aquí contigo. Pero yo le dije que estaba esperando un anillo.

Su rostro mostró una bien estudiada timidez y su sonrisa oculta le dijo que consideraba que le debía una propuesta de matrimonio. Lo sorprendía comprobar lo lejos que había sido capaz de llegar y sintió no haberla mandado a paseo la primera vez que se lo confesó.

—Márchate —ordenó con voz seria.

Ella echó la cabeza hacia atrás y lo miró extrañada, como si no hubiera oído bien.

—¿Qué?

—Márchate con tu padre.

—¡Cade!

—Dile que nunca vas a encontrar un anillo a este lado de la valla.

Ángela se apartó un poco, descansando sus manos sobre el pecho de él. Su cara perfecta estaba pálida.

—¿No lo dirás en serio…? —preguntó y se le escapó un sonido que parecía una risa—. Cade…

Cade la separó de él.

—¿No lo dirás en serio? —repitió ella.

—Lo digo muy en serio. No me pongas a prueba.

Ella dio otro paso hacia atrás buscando qué decir.

—¿Qué pasa con Beau y Amy?

—No es de tu incumbencia.

Ángela se presionó los labios con un dedo como si intentara digerir lo que estaba sucediendo. Pero después, recobró la compostura, la seguridad y la arrogancia que siempre la habían caracterizado. Bajó la mano y, apretando el puño, le lanzó una mirada furiosa.

—Voy a hacer como si nada hubiera sucedido, Cade. No sé qué

es lo que ha pasado, pero sí sé que no estás hablando en serio. La muerte de Craig te ha afectado más de lo que ninguno de nosotros nos imaginábamos. Sólo necesitas tiempo.

Él observó su calma fingida y cómo eludía la culpa de sus propias acciones. Odiaba que volviera a meter a Craig en el asunto, pero no quiso decirle nada al respecto. Eso hizo que ella se enfadara aún más y saliera de su oficina y de su casa más rápido que si la hubiera empujado. Él la siguió a paso lento, después la observó desde la puerta que ella había dejado de par en par. Ángela Danner se montó en su coche y arrancó con una explosión de grava y polvo.

* * *

El despertador de viaje de Colleen la sacó de su siesta. Había dormido más de dos horas y se sentía fresca, aunque nerviosa. Los niños debían de haber llegado ya, y la sola idea de verlos de nuevo le causaba tanta ansiedad como esperanza.

Cade opinaba que ella no era la responsable de la reacción de Beau y estaba seguro de que las cosas se iban a arreglar; pero ella no daba nada por sentado. Cuando entró al comedor, se encontró con que él también llegaba en ese momento.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó Cade con la mirada oscura, recorriéndola de arriba abajo como si él mismo quisiera comprobarlo.

—Sí, gracias —respondió con calma—. ¿Han llegado ya?

—Están en la habitación de juegos. En este instante iba a ver si ya te habías despertado.

Cuando llegaron a la habitación, Beau estaba jugando con un camión sobre la moqueta y Amy estaba sentada en el suelo, a su lado, examinando con detenimiento la cara de la muñeca que tenía en las manos.

Los dos niños los miraron, pero sólo la pequeña respondió favorablemente. Dejó la muñeca a un lado y gateó hacia su tío con la atención centrada en Colleen. Él se inclinó para tomarla en brazos.

Beau dejó de jugar, pero no se movió del sitio. Cade no le hizo caso a propósito e invitó a Colleen a sentarse en el sofá.

Amy, señalando a Colleen, pronunció unas cuantas palabras ininteligibles y Cade le contestó como si la hubiera entendido a la perfección.

—Ésta es tu tía Colleen. Dile hola.

—Hola —repitió la pequeña con lengua de trapo.

—Hola —le respondió Colleen, sonriendo pero con la voz entrecortada; desde el accidente se emocionaba con mucha facilidad.

El niño seguía mirándolos sin decir nada. Su hermana, demasiado traviesa para estarse quieta, se había bajado del sofá y se dirigía gateando hacia sus juguetes.

Cade lo llamó.

Él agarró su camión y se puso de pie, después caminó con desgana. Se subió al sofá y se sentó al lado de su tío.

—Oye, que no le has dicho nada a tu tía.

El pequeño seguía con la mirada fija en el camión que tenía en el regazo. Cade no lo presionó; en lugar de eso, le preguntó qué tal lo había pasado en casa de Ángela.

Colleen escuchó la lista de cosas que habían hecho durante el día, pero notó que hablaba como un autómata. Entonces se sintió enferma, algo parecía marchar peor incluso que el día anterior. Ni siquiera ella se había imaginado que las cosas estuvieran tan mal.

¿Cambiaría de opinión Cade respecto a permitirle ver a los niños? Aunque le rompía el corazón, tenía que admitir que estaría obligado a reconsiderar el asunto. Quizá su presencia, después de todo, no fuera lo mejor para ellos. Sólo consiguió aguantar la actitud sombría del niño porque Amy estaba fascinada con ella. Había recogido algunos juguetes y se los había puesto en el regazo para que jugara con ella.

Beau se mantuvo a distancia, vigilando a su hermana como si en algún momento pudiera tener que apresurarse a rescatarla.

La cena fue peor aún. Amy estaba sentada en su trona y Colleen le dio de comer. Pero, de nuevo, vio la cara de preocupación del niño.

Aunque quería pasar el máximo de tiempo con ellos, sintió alivio cuando la cena terminó y la niñera se los llevó a tomar el baño.

Cade y ella salieron al patio para disfrutar de la noche tan agradable que hacía y se sentaron en un banco de madera situado a

la puerta de la cocina.

—Creo que debería volver a San Antonio por el momento. Esta noche. Beau se siente demasiado presionado. Y si has cambiado de opinión con respecto a mi relación con ellos, yo…

Se quedó sin aliento y enseguida miró hacia otro lado para que él no viera las lágrimas que le quemaban los ojos y le humedecían la nariz.

—No he cambiado de opinión —dijo con voz áspera y serena, y con firmeza.

—Quizá deberías hacerlo —respondió ella—. Beau está claramente enfadado conmigo. Estaba aterrorizado de que fuera a hacerle daño a Amy. Lo podía ver en sus ojos.

—No es lógico que esté enfadado.

La poca importancia que le daba Cade a los sentimientos del niño la molestó enormemente.

—No me importa si es lógico o no: estaba enfadado. Está claro que no puede evitarlo.

Una vez dicho eso se puso de pie, utilizando su bastón porque estaba cansada y abatida y sentía las piernas muy débiles.

De alguna manera, tenía que conseguir dejar clara su decisión.

—Quiero volver a San Antonio esta noche. No quiero hacerle pasar por otro momento como el de hoy.

—Colleen, dale tiempo al niño.

—Ya le hemos dado tiempo y lo único que hemos conseguido ha sido empeorar la situación. No quiero presionarlo. Me prometiste que me conseguirías otro coche de alquiler. Lo quiero ahora, por favor.

Por fin, se atrevió a mirarlo para dejarle ver que esperaba que cumpliera su promesa. Cade se recostó en el banco y estudió su cara arrebolada.

—No estás en condiciones de conducir.

—Entonces llamaré a alguien para que me recoja o pagaré a alguno de tus trabajadores para que me lleve —le dijo con calma pero muy seria—. Me iré caminando si hace falta. Beau ya ha sufrido mucho y yo no quiero ser la causa de más sufrimiento. Me gustaría que supiera que me he ido antes de que la niñera lo acueste. No quiero que tenga pesadillas por mi culpa.

—¿Y qué pasa contigo? —preguntó él con la voz aún tranquila.

La pregunta la emocionó.

—Yo soy adulta, no soy un niño de tres años que acaba de perder a su madre y a su padre —respondió, incapaz de esconder su frustración durante más tiempo.

Él la estaba mirando como si no comprendiera. ¿Por qué no quería entender sus razones?

—Precisamente, por eso te necesita.

Entonces, las lágrimas comenzaron a correr con tanta fuerza que su visión se nubló.

—Te necesita a ti, Cade Chalmers. Necesita un hogar tranquilo y pacífico donde lo cuiden y lo adoren…

No pudo terminar con su declaración porque el esfuerzo por contener sus emociones le impedía hablar. Entonces se dio la vuelta y se dirigió hacia la casa.

Cade la tomó de los brazos impidiendo que se marchara. Ella agachó la cabeza.

—Maldita sea, déjame marchar —dijo entre dientes.

Colleen no solía decir palabrotas, no era su estilo. También debió de sorprenderlo a él, porque la soltó un poco.

—Con una condición. Que me dejes llevarte, pero que te prepares para volver cuando yo vaya a buscarte dentro de un par de días.

—He contado dos condiciones.

—Yo no. He contado una para ti y otra para mí.

—Quiero irme a mi casa ahora —dijo en un susurro, sintiéndose como si estuviera en una pesadilla de la que no podía escapar—. Lo otro no puedo prometértelo.

Entonces Cade hizo una cosa sorprendente para la que ella no estaba preparada: la atrajo contra su cuerpo firme y grande y la envolvió en sus brazos con una tierna fortaleza que la hizo sentirse en la gloria.

No podía creer lo que estaba sucediendo.

Su cuerpo trémulo se derritió en los brazos de Cade y pareció que se iba a fundir con el de él. Casi no oyó el ruido del bastón al chocar contra el suelo cuando lo rodeó por la cintura. En ese momento, sólo podía preguntarse qué podía hacer para quedarse en esos fuertes y gentiles brazos toda la vida.

Capítulo 5

La vuelta a San Antonio parecía que no iba a acabar nunca. Colleen estaba tan cansada que apenas podía mantener los ojos abiertos; pero por otro lado, tenía tanto miedo que no lograba relajarse. El coche de Cade era grande y poderoso, y aunque se sentía más segura que en su coche de alquiler, la potencia del vehículo no se podía comparar con la de los camiones con los que compartía la autopista.

Cuando llegaron, ella se las arregló para dirigirse sola hasta el edificio y hasta su piso. Pero, obviamente, se estaba excediendo y ya lo pagaría con una noche en vela y con dolores al día siguiente.

Él le llevó la maleta y le sujetó la puerta para que pasara. Después, la acompañó hasta la habitación que ella le indicó.

Había sido maravilloso y ella se sentía adulada y confundida. No entendía nada.

—¿Hay una cama en el otro cuarto?

Colleen no se dio cuenta del significado de esas palabras y respondió:

—Sí, Sharon y los niños usaban esa habitación cuando venían a la ciudad.

Cade abrió la puerta y ella parpadeó sorprendida; la habitación se había convertido en una especie de santuario. Era más grande que su propio cuarto porque su hermana siempre llevaba a los niños y necesitaba más espacio que ella. Había una cama de matrimonio, una cama pequeña y una cuna. El último mes de la vida de Sharon, se habían quedado allí y, aunque todos habían estado tristes por la

separación, para Colleen había sido fantástico tener tan cerca a todas las personas que amaba.

Colleen se dejó caer en uno de los sillones de la sala y observó a Cade. Éste había encendido la luz de la habitación, pero, en lugar de entrar, se había quedado en la puerta mirándolo todo. Después, volvió a apagar las luces y cerró la puerta con suavidad.

—Gracias por traerme a casa —dijo Colleen.

La mirada oscura de él la recorrió de los pies a la cabeza y el recuerdo de estar apretada contra su cuerpo le provocó a Colleen una oleada de placer. Él se paró a dos pasos y le dirigió una mirada implacable.

—No voy a dejarte sola. El sofá me servirá.

A ella le llevó un momento comprender sus palabras.

—No puedes quedarte aquí —estalló Colleen, e inmediatamente contuvo el aliento sorprendida consigo misma. Después se apresuró a corregir esa rudeza y falta de gratitud—. No pretendía sonar tan… ¿Estás cansado?

Seguro que ése era el motivo por el que quería quedarse. Para volver tendría que conducir durante dos horas más, y nadie sabía mejor como ella lo fatigoso que podía ser pasar tantas horas al volante. Debería haber tenido en cuenta que estaría demasiado cansado.

La mirada de Cade reflejaba tranquilidad.

—No estoy cansado; pero no quiero que te quedes sola esta noche.

Ella lo miró sorprendida.

—Estoy bien —afirmó, mientras una débil sonrisa se dibujaba en su cara.

—Eso es una mentira. También me mentiste ayer.

—No… ¿Cuándo?

—Debe ser cada vez que pones las palabras «estoy» y «bien» juntas. Porque estás muy lejos de estar bien cuando las pronuncias.

No era que él desaprobara ese tipo de mentiras, eso estaba claro por el suave timbre de su voz y la dulzura de su mirada, pero, obviamente, quería dejar claro que se había dado cuenta.

Colleen sintió que se enfadaba por momentos.

—Ése es mi problema, Cade. No tienes que preocuparte por mí.

—Antes era tu problema. Y la gente se preocupa cuando quiere.

Colleen dirigió la mirada hacia otro sitio, frustrada y un poco atemorizada por la determinación que mostraban sus palabras. A causa del comportamiento de Beau, quizá no volvieran a verse nunca más. Por ese motivo, aquella repentina irrupción en su vida, aunque aduladora, podía acabar haciéndole mucho daño.

No podía permitirse ir más lejos. Era demasiado maravilloso estar con un hombre al que parecía que ella le importaba. Pero no debía creérselo; no cuando no tenía ninguna esperanza de volver a tenerlo cerca. El abrazo que le había dado antes de abandonar el rancho ya era bastante inolvidable.

Él había mostrado una postura muy dominante, pero había sido muy amable y ella tenía que elegir bien sus palabras para no ofenderlo.

—Sé que quieres lo mejor para mí —afirmó sin mirarlo a la cara —. Sé que, a pesar de esa actitud de macho dominante, eres un hombre generoso y amable…

Sus labios se movían más rápido que su mente. «Actitud de macho dominante…». ¡Qué metedura de pata! Colleen se sintió muy avergonzada.

Cade dejó su sombrero vaquero en un brazo del sofá.

—El macho dominante se va a quedar en este sofá.

El estrés sufrido durante los dos últimos días la hicieron reaccionar de una manera muy peculiar: riéndose a carcajadas.

—No pretendía decir eso —afirmó ella, y volvió a reírse—. De… de verdad —dijo, intentando contener la risa—. Ni siquiera sé lo que iba a decir cuando me salió esa expresión.

Intentó recobrar la compostura y ensayó una expresión seria mientras, con coraje, lo miraba directamente a los ojos.

—No quería… —Otra carcajada interrumpió su frase—… faltarte… al respeto —continuó entre carcajadas—. ¡Oh Dios!, lo siento.

Pero Cade también se estaba riendo.

El cambio en su cara era extraordinario.

—Estás guapísimo cuando te ríes, tu sonrisa es… —Las palabras continuaron hasta que, consternada, logró contenerse. Su cara estaba roja de vergüenza; aun así, no podía borrar la amplia y tonta sonrisa de su cara—. Lo siento, de nuevo. Ya no sé ni lo que digo — afirmó.

Las risas desaparecieron y la vergüenza se tornó en lágrimas.

Entonces Cade la tomó en brazos y clavó su mirada oscura en los ojos de ella.

—Esta noche, estás muy divertida, Colleen, pero necesitas dormir un poco.

La cabeza le daba vueltas por la sensación que le producía estar en sus brazos: era maravilloso. Él la llevó a su habitación mientras las confusas emociones de ella se reflejaban en sus lágrimas mezcladas con risas. Por fin, la tristeza venció a la alegría y su corazón se hundió en la miseria.

—Por favor, no lo hagas.

Él se detuvo al lado de la cama, pero sin soltarla.

—¿Que no haga qué?

—No cuides de mí, por favor.

Entonces él se puso rígido.

—¿Qué vas a hacer para detenerme, Colleen?

—Sé que quieres ser amable…

Él se inclinó y la depositó con suavidad en el borde de la cama. Después se enderezó, colocó el bastón en la mesilla y le dirigió una mirada seria.

—Tú no sabes nada.

—Sí lo sé. Amy y Beau te quieren con locura. Si no fueras tan bueno y amable…

Ella se atragantó con sus propias palabras. Mencionar el amor de los niños era un recordatorio demasiado amargo de que el pequeño Beau desconfiaba de ella y le tenía miedo. Si ese amor era el criterio para evaluar a las personas, eso significaba que él era muy bueno y que ella era horrible.

Se quedó atónita cuando la mano enorme de Cade acarició con suavidad su hombro.

—Lo mejor que puedes hacer esta noche es descansar. Si necesitas algo, yo estaré cerca; si te despiertas y no puedes dormir, vendré a sentarme a tu lado.

Colleen se llevó las manos a la cara y se apretó los ojos para evitar derramar más lágrimas.

—Por favor, Cade, no lo hagas. No puedo soportarlo.

Cade le apretó los hombros y los sacudió con suavidad.

—Beau va a entrar en razón. Cuando lo haga, va a necesitarte.

—No puedo contar con eso. Ni siquiera me atrevo a tener esperanzas.

La habitación se quedó en silencio durante un momento. Colleen no se atrevía a mirarlo; sin embargo, podía sentir su enfado.

—Me pregunto cómo diablos has logrado llegar tan lejos, Colleen James —exclamó con el semblante rígido. Su mirada era dura y sus palabras sonaron igual de severas—: Agárrate a lo que te mantiene con vida desde el accidente y agárrate con fuerza, porque yo no tengo paciencia con una mujer que se da por vencida con un niño, especialmente cuando dice quererlo tanto.

Después, sin decir una palabra más, se agachó delante de ella y le desabrochó los zapatos. Con presteza se los quitó y los hizo a un lado.

Ella se quedó mirándolo perpleja y emocionada. La mirada dura de Cade se dirigió de nuevo hacia sus ojos y ella sintió confusión.

—Dime si quieres ir al baño. Puedo ayudarte a ponerte el camisón y acostarte si necesitas ayuda —aseguró con una débil sonrisa en los labios—. Tengo que cuidar dos niños pequeños y tengo mucha práctica…

Ya no parecía tan serio, en esos instantes sonaba directo y práctico. Colleen no pudo evitar estirar una mano para tocarle el hombro. Le salió de manera espontánea, aunque no era típico de su carácter. Le acababa de hacer un favor enorme, pero ella no encontraba las palabras para expresar su gratitud y temía decir alguna estupidez.

—Puedo continuar yo sola, gracias —dijo con calma—. Puedes dormir en el otro dormitorio, o si lo prefieres, yo puedo dormir allí y tú puedes utilizar mi cama.

Cade tomó la mano que descansaba sobre su hombro y se puso de pie.

—El sofá está bien.

A ella no le gustaba la idea, pero estaba demasiado cansada para discutir.

—De acuerdo. En el armario del pasillo hay ropa de cama y toallas, por si quieres darte una ducha.

Cade asintió y le soltó la mano.

—Muchas gracias, y buenas noches.

—Buenas noches —contestó ella, observándolo mientras salía de

la habitación. Más tarde, cuando ya estaba acostada, su corazón latía, preocupado y agradecido, con un sentimiento que se parecía mucho al amor.

* * *

Lo que sucedió al día siguiente hizo que Colleen se preguntara si estaba viviendo un sueño. Había dormido sorprendentemente bien, teniendo en cuenta el ejercicio que había hecho durante los dos últimos días y los disgustos que se había llevado.

Él había salido mientras ella se duchaba y había vuelto con un delicioso desayuno. Con suavidad, la había reñido por la falta de comida en el frigorífico y en los armarios de la cocina y, después del desayuno, la obligó a que lo acompañara a un supermercado.

Se marchó justo antes del mediodía. Ella se quedó sentada en su salón disfrutando del recuerdo. Había pasado una mañana muy agradable con él. No habían hecho nada en particular, pero Cade había estado muy atento, a pesar de su seria apariencia.

Y las pequeñas cosas que había hecho… Había desenredado la cuerda que tenía en la terraza y había arreglado el grifo de la cocina. Cosas sin importancia, pero que a ella le resultaban muy complicadas.

Cade la había cuidado y la experiencia había sido maravillosa. A pesar de lo que le había dicho el día anterior, necesitaba que alguien entrara en su vida y le ofreciera algo que nunca había tenido.

Tenía un montón de afirmaciones positivas que podía repetirse toda la vida, pero si no había nadie para revalidarlas no significaban lo mismo.

La esperanza brillaba de nuevo. Las cosas con Beau se podían solucionar.

Acababa de salvar un escollo muy importante para su recuperación. Por primera vez en mucho tiempo, estaba animada. Gracias a Cade. No le extrañaba que los niños lo adoraran.

Esa misma tarde, se fue a su sesión de rehabilitación y pidió ejercicios más duros. Su fisioterapeuta le comentó que su actitud había mejorado mucho. Se sintió muy contenta, pero también un

poco avergonzada por haber permitido que la depresión hubiese atenuado su determinación.

De vuelta a casa, se bajó del autobús dos paradas antes de la suya para hacer un poco de ejercicio. Enseguida se dio cuenta de que caminar sobre el asfalto resultaba doloroso, pero la tierra que había al lado de las aceras no era lo bastante dura.

Cuando llegó a casa, estaba exhausta, pero esa vez consideró el cansancio como un buen síntoma. Lo había aprendido ese mismo día. La próxima semana, quizá se cansara un poco menos; tal vez, incluso estuviera un poco más fuerte. Estaba deseando esforzarse al máximo para recobrarse lo antes posible.

Se dio una ducha, se preparó un sándwich y se durmió escuchando las noticias. El timbre del portero automático la despertó con un susto. Se dirigió al telefonillo para ver quién podía ser y la voz de Cade la pilló por sorpresa.

—Tengo que hablar contigo, Colleen.

Sorpresa y placer se entremezclaron mientras esperaba en la puerta de la entrada. Llevaba pantalones vaqueros y una camiseta y, afortunadamente, se había secado el pelo con el secador, así que tenía un aspecto bastante aceptable. Escuchó sus pasos en el descansillo y abrió la puerta sin esperar a que llamara.

Cade iba vestido bastante formal. Aunque llevaba sus vaqueros, se había puesto una chaqueta negra y una corbata de cordón con un pasador de plata. Se quitó el sombrero y esperó a que lo invitara a pasar.

Tanta formalidad la hizo temblar de miedo. Había sido una tonta al pensar que él había hecho el recorrido hasta San Antonio por una razón que no fuera seria. Y para ella, una razón seria que justificara el desplazamiento sólo podía significar que algo malo les había pasado a los niños.

—Por favor, pasa —dijo, y sin poder esperar hasta cerrar la puerta le preguntó—: ¿Beau y Amy están bien?

—Los niños están bien.

Inmediatamente sintió alivio, pero Cade seguía tan serio que temió que algo malo sucediera.

—Por favor, siéntate. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias —contestó, pero no hizo ningún movimiento—. La noche es muy agradable, ¿te importa si nos sentamos en la terraza?

Ella tuvo la impresión de que estaba incómodo por algo.

—Si estás más cómodo fuera… —respondió, mientras se dirigía hacia las puertas correderas.

Él se adelantó para abrir las puertas. Cuando salieron volvió a cerrarlas y juntos se sentaron en un banco.

Cade se echó hacia delante, con los antebrazos apoyados sobre los muslos y el sombrero entre las manos. Unas manos grandes, recias, duras y morenas.

Colleen se recostó y, en secreto, espió su perfil.

Aquel persistente silencio la asustaba.

De repente, temió que hubiera cambiado de opinión con respecto a ella. Que hubiera decidido que Beau nunca iba a superar su miedo. Si era así, quizás se arrepintiera de las cosas que le había dicho la noche anterior, de haber creado en ella esperanzas que no se iban a cumplir.

—Si son malas noticias, preferiría que me las dieras cuanto antes —dijo, tranquila pero conteniendo la respiración.

Cade la miró y, después, volvió a mirar el sombrero.

—No son malas noticias —afirmó, aunque por la manera en que lo dijo no sonaba muy convencido.

Ella no podía relajarse. Tampoco pudo animarlo a que continuara, aunque estaba claro que algo tramaba. Cuando por fin habló, su voz sonó tranquila, pero arrastraba la misma tensión que su postura.

—¿Hay algún hombre especial en tu vida, alguien con quien quieras… hacer planes?

A Colleen la sorprendió que le hiciera esa pregunta. Estaba claro que ella era la última mujer del mundo que podía tener a alguien especial. Cualquiera podía verlo. Nunca había tenido una cita, ni siquiera la habían besado. Y eso antes del accidente.

Aparte del orgullo, no había ninguna razón para no ser sincera con él. No tenía ningún motivo para pretender que era la mujer que no era.

Su voz sonó tranquila.

—Digamos que no soy la primera mujer que les viene a la mente a los hombres cuando buscan a alguien para salir el sábado. Nunca he quedado con nadie.

Él le dedicó toda su atención.

—¿Por qué no? —preguntó sorprendido.

—Bueno, tienes ojos para verlo por ti mismo —replicó ella con sencillez.

Entonces, esos ojos oscuros la escudriñaron con tanta intensidad que ella se sorprendió. Primero la cara, luego el pecho y, después, el resto de su anatomía. Nunca ningún hombre la había mirado de aquella manera. Estaba a punto de cubrirse cuando él levantó la vista.

—Me gustaría verte menos delgada y con el pelo más largo, pero, por lo demás, a mí me parece que estás bien. Muy bien, diría yo.

Colleen se quedó atónita, tan desconcertada que sintió que el mundo se movía bajo sus pies. Le llevó un momento recordar que tenía que respirar. Era la cosa más dulce que ningún hombre le había dicho jamás y, además, ¡había sonado realmente convincente!

Entonces, él miró para otro lado.

—Esto te va a caer como una bomba, pero hay una cosa sobre la que quiero que pienses.

Él había cambiado de tema y ella intentó concentrarse en lo que estaba diciendo.

—Los niños necesitan una madre y un padre que los quieran, unos padres que los hagan sentirse seguros y que los eduquen con amor.

Colleen se sobresaltó e, inmediatamente, entendió lo que había ido a decirle: quería casarse. La razón de que aquello le doliera no era un misterio para una mujer que acababa de oír un cumplido, y el de Cade le había sonado a verdadero.

Por desgracia, los días de soltería de ese hombre estaban a punto de terminarse. Por desgracia también, el único hombre que le había dicho que estaba muy bien, nunca la elegiría para algo tan sagrado como el matrimonio.

Colleen observó sus manos enormes mientras él jugueteaba con el sombrero. Cuando, por fin, Cade hablo, su voz sonó ronca:

—Nunca había planeado casarme, no creo en el amor. Craig tuvo a los niños y la familia tenía sus herederos, por lo que no había ningún motivo para que me preocupara por buscar mujer. Nunca vi en el matrimonio nada que pudiera compensar el infierno de los últimos matrimonios de los Chalmers.

El sombrero volvió a girar en sus manos y ella intentó calmar el impaciente latido de su corazón. La actitud de Cade ante el matrimonio era toda una sorpresa.

No parecía muy cómodo confiándole asuntos tan personales, pero estaba dispuesto a continuar, independientemente de cómo se sintiera ella al respecto.

—Hoy he cambiado de opinión. Los niños necesitan estabilidad. Tú los quieres tanto como yo y creo que podemos darle esa estabilidad.

Colleen presintió lo que venía a continuación. Lo sabía, pero no podía creérselo.

—A Beau se le pasará el enfado y a Amy le gustas. Podrían tener una madre y un padre de nuevo, sólo que más mayores y más sensatos que los que tuvieron antes. Quizá eso podría ayudarlos a olvidar las malas experiencias que han vivido.

Colleen comenzó a sentirse mareada. Cade se apoyó en el respaldo y se concentró en su cara pálida. La miraba fijamente, sin pestañear.

—Creo que deberíamos casarnos, Colleen.

El corazón le dio un vuelco y sintió que se iba a desmayar en ese mismo instante.

No se podía mover, ni hablar. Su pulso latía aceleradamente.

Tenía que ser un sueño.

Si alguien le hubiera preguntado cuál era la cosa más inverosímil que le podía suceder, a ella no se le hubiera ocurrido nada más increíble que la declaración que acababa de escuchar.

Apenas se conocían el uno al otro, así que no había amor… ¿Cómo iban a casarse?

Cade dejó el sombrero a un lado y tomó sus manos frías entre las de él.

—¿Demasiado directo? —preguntó con su habitual tono serio mientras su boca mostraba una ligera curvatura—. ¿Estás bien?

Colleen hizo un esfuerzo para hablar.

—Nunca me imaginé…

Sus manos la apretaron más fuerte.

—Los niños necesitan una familia completa, no sólo un tío que no puede estar con ellos todo el tiempo o una tía que viene a verlos de vez en cuando.

—Apenas nos conocemos, y Beau… —Odiaba mencionar el rechazo de su sobrino y Cade sabía de qué estaba hablando, así que no tuvo que acabar la frase.

—Yo estoy satisfecho con lo que sé de ti. Me admiró descubrir lo que habías hecho para estar con los niños. Después, me conmovió comprobar que estabas dispuesta a renunciar a ellos si eso era lo mejor. Lo único que te importaba de mí era que te permitiera verlos.

¿Cómo podía ser eso suficiente para él?, se dijo ella para sus adentros.

Además, estaba muy equivocado. Por supuesto que le importaba él, demasiado. Aunque no lo conocía mejor de lo que él la conocía a ella.

—Estoy cansado de las mujeres que sólo me buscan por mi dinero. O como un trofeo. Pero en tu caso, si yo no fuera la puerta para estar con los niños, probablemente no me habrías dedicado ni un minuto. Y eso habla de prioridades que yo admiro.

Colleen miró hacia abajo, hacia sus manos grandes, incapaz de hablar, sintiéndose culpable. Él estaba equivocado, tan equivocado que ella le habría dedicado todo el tiempo que él hubiese deseado.

Pero ¿cómo podía rechazar semejante proposición?, sobre todo cuando sospechaba que se estaba enamorando de él. Además, tendría la oportunidad de criar a sus sobrinos ella misma. Era una oportunidad que sólo se presentaba una vez en la vida, sobre todo para una mujer que no tenía ninguna esperanza de casarse ni de tener familia. Pero, por otro lado, él no la quería…

¿Podría salir bien si él no la amaba? ¿Cómo afectaría eso a Beau y Amy? ¿Qué pasaría si nunca llegaba a amarla? ¿Acabaría su matrimonio siendo una pesadilla, como había sido el de sus padres? Los niños sufrirían extraordinariamente, como les había sucedido a su hermana y a ella.

El silencio se prolongó.

Podía corregir la opinión que Cade tenía sobre ella, podía rechazar con amabilidad su proposición… pero no lograba encontrar el valor para hacerlo.

Tuvo que esforzarse para mirarlo a los ojos y rezó para que sus sentimientos hacia él no se notaran.

—Entre nosotros no hay… amor. Los dos queremos a los niños,

pero entre nosotros sólo existe amistad.

—La amistad es un buen comienzo —afirmó, tenso, antes de añadir—: Yo no creo en el amor, al menos no en ese amor romántico de corazones rojos, de flores… Y no voy a cambiar al respecto. Pero puedo considerar el amor como una responsabilidad. Puedo ofrecerte cuidados, respeto y compromiso. Responsabilidad, amistad, deseo, afecto… Otras cosas mucho más dignas de crédito que el amor.

Era una lista impresionante, pero ¿cómo era posible tener todas esas cosas si no había amor? ¿No era el amor la chispa que hacía todo lo demás posible? ¿No se podía definir el amor verdadero como la suma de todas las cosas que acababa de enumerar? Y, sin embargo, todas esas cosas estaban separadas del amor en su mente. ¿Por qué?

—¿No crees que todas esas cosas son parte del amor?

—No. Mi propio padre se enamoró de una mujer que no merecía un minuto de su vida. Craig se enamoró de Sharon y los dos sabemos el infierno que ellos vivieron durante su matrimonio. Y he visto otros ejemplos. Demasiados.

—Nunca pensé que lo que había entre Craig y Sharon fuera amor. Por lo menos, no me parecía muy sano —le dijo con calma, pero con las mejillas teñidas de rojo.

—No voy a permitir que la historia se repita, Colleen. Te ofrezco un matrimonio basado en el sentido común, cuyo principal objetivo es la seguridad de los niños. Nada se puede interponer ante eso.

Le costaba mucho creer que un hombre que podía querer tanto a los niños y podía ser tan amable con ella estuviera tan en contra del amor.

Dada su propia historia, y el triste testimonio del matrimonio de sus padres y del de su hermana, debería haber sentido lo mismo que él. En lugar de eso, esos matrimonios fracasados le habían proporcionado una imagen clara de lo que era y de lo que no era el amor. Siempre había estado segura de que si el amor verdadero se le presentara, lo reconocería.

Por eso le daba tanta pena que Cade no tuviera en cuenta el amor.

¿Cambiaría alguna vez de opinión?

¿Qué podía hacer? ¿Qué debía hacer? Lo más sensato era

rechazar su oferta, pero también sabía que probablemente nunca tuviera otra mejor.

Su corazón comenzó a temblar bajo el peso de la decisión.

Capítulo 6

Inmediatamente después de haberle propuesto matrimonio a Colleen, se arrepintió de la forma en la que lo había hecho. Se había dado cuenta de que, al contarle lo que pensaba con respecto al amor, la había preocupado. Y quizá había herido sus sentimientos.

Las mujeres como ella eran muy inocentes y, como tenían tan poca experiencia, estaban llenas de esperanzas románticas. En su caso, había pasado tiempos muy duros, así que merecía que le empezaran a pasar cosas buenas.

Él quería ofrecerle esas cosas buenas. En primer lugar, estaría cerca de los niños y ayudaría a criarlos. También se iba a asegurar de que todos cuidaran de ella y de que nunca le faltara nada material. Sería un marido amable y considerado, y le daría lo mejor.

Sería tan bueno con ella que nunca se daría cuenta de que no pronunciaba las palabras bonitas. Estaría contenta con todo lo demás, de eso se encargaría él. Tendría un pequeño trozo de su corazón; bueno, en realidad, ya lo tenía, porque le gustaba. Pero nunca le daría un trozo tan grande que pudiera utilizarlo para hacer de él un idiota. Ninguna mujer le haría eso. Nunca le daría a una mujer ese poder, ni siquiera a ella.

Colleen lo miró y a él lo sorprendió la tristeza que vio en sus ojos.

—Me has dicho que te gustaría que me lo pensara. Lo haré. Pero las cosas con Beau todavía no están resueltas.

Eso era lo que había hecho que confiara en ella desde el principio, que ponía los sentimientos de los niños por encima de los

propios.

—Y… —comenzó a decir de nuevo, y luego se paró—… y tengo muchas limitaciones.

—¿Como cuáles?

Sabía que iba a hablar de eso, podría haber apostado por ello. Ésa era otra de las razones por la que había cambiado de opinión acerca del matrimonio: ella siempre estaba dispuesta a decirle lo que consideraba que debía saber.

—Todavía no puedo encargarme de los niños. Me llevará un tiempo antes de estar bien del todo y no puedo decirte exactamente cuándo será eso. Incluso hay una posibilidad de que no me recupere al cien por cien. Todavía no puedo hacer complicadas operaciones matemáticas, estoy mucho más emotiva y, además, no puedo atarme los zapatos. Y tengo… tengo cicatrices. Muchas.

Él se dio cuenta, por la ansiedad que vio en su mirada, que la preocupaban mucho ese tipo de cosas y que era importante para ella confesarlas. Como si una lista de ese tipo pudiera hacerlo cambiar de opinión. Lo emocionaba que ella fuera tan sincera y sintió que un extraño calor le inundaba el pecho.

—Entonces tendremos una niñera —concedió apretándole las manos—. No tienes que trabajar en la casa y puedes utilizar el ordenador para las matemáticas. Todos llevaremos botas o zapatos con velcro. Y yo también tengo muchas cicatrices.

La enumeración hizo que Colleen sonriera un poco, pero se había dejado una cosa.

Entonces Cade puso un gesto tan preocupado que ella supo que estaba fingiendo.

—En cuanto a las emociones… —comenzó poniendo énfasis en la palabra. Después vio la inquietud que reflejaba su rostro y supo que tenía que ser cuidadoso con el tema—. Reconozco que mi lado de «macho dominante» puede manejar las emociones —dijo, riéndose para mostrar que el comentario sobre el «macho dominante» todavía le hacía gracia—. Aunque yo tengo mis propios sentimientos.

Colleen comprendió que se estaba burlando de ella, que quería hacerla sonreír.

El gesto la tranquilizó un poco, pero todavía no había acabado con el tema.

—Ahora tengo mucho más temperamento. Y lloro más que antes. Mucho más.

Él se lo tomó en serio.

—Siempre que no utilices las lágrimas para manipularme… y no pierdas los estribos con los niños, no hay ningún problema. ¿Algo más?

Ella había entendido el mensaje sobre la manipulación. También vio en sus ojos que estaba comenzando a cansarse.

—Nada más, gracias —respondió con suavidad—. Ya pensaré en el tema, pero primero tenemos que esperar por Beau.

Cade se puso tenso. Agarrándola por las manos la hizo ponerse de pie. Le alcanzó el bastón y esperó hasta que ella lo tuvo firmemente agarrado. Después, la llevó hacia el interior de la casa, cerró la puerta de la terraza y la agarró por el codo para asegurarse de que caminaba con él hasta la puerta de la entrada.

Colleen tenía que saber, desde el principio, que su matrimonio tendría un lado físico. Estaba seguro de que ella era virgen y, como tenía pensado que se casaran lo antes posible, necesitaba que empezara a conocer el lado sexual de la relación. Empezaría en ese mismo instante.

Ella se paró en la puerta y la fina tensión entre ellos estalló cuando él le deslizó una mano alrededor de la cintura. Había pensado que se despediría con brevedad y se marcharía al instante. En lugar de eso, se giró hacia ella y la rodeó con la otra mano.

—No quiero que te preocupes por Beau. Sólo tienes que pensar en nuestro matrimonio.

Entonces, la apretó contra su cuerpo y ella presintió lo que iba a suceder. Las rodillas empezaron a fallarle y el corazón, a latir desaforadamente. Intentó dar un paso hacia atrás, pero él no se lo permitió.

—Nos vamos a casar por los niños, pero no pretendo que vivamos en celibato.

Sin dejarle decir nada al respecto, su boca descendió sobre la de ella.

Colleen no pudo evitar echarse para atrás de manera instintiva, pero él no le dejó ir muy lejos. Los labios de él eran cálidos, seguros y expertos, y enseguida borraron cualquier sombra de duda.

Más tarde, no se acordaría de que el bastón se le cayó al suelo

cuando, con manos temblorosas, lo abrazó. Las piernas dejaron de sujetarla casi de manera inmediata, pero él estaba preparado.

Su beso, el primero para ella, fue un gesto muy sensual. Cuando le introdujo la lengua entre los labios, casi se desmaya por la sensación. De repente, sintió que el cuerpo dolorido se volvía ligero y que la sensual invasión de la lengua enviaba ondas de calor y excitación al resto del cuerpo.

Demasiado pronto, la presión devoradora de la boca de Cade comenzó a decaer. Ella no podía hacer nada, de lo embriagada que estaba por el placer. Cuando él se separó, estaba agarrada con fuerza a sus brazos. Era como si le hubiera ocasionado un cortocircuito en el cerebro y nada funcionara.

Luchó para hacer que las piernas la sostuvieran. Cuando por fin lo consiguió, la debilidad fue remplazada, poco a poco, por un sentimiento de frustración.

Cade debía pensar que era una chica fácil, tan inexperta que un solo beso la había convertido en una mema temblorosa. Una mema temblorosa… ¡y gemidora! Con horror recordó que mientras se besaban había dejado escapar una serie de gemidos que ahora la avergonzaban.

Una mujer más sofistica no habría sido seducida con tanta facilidad. Además, habría sabido cómo hacer que un hombre como él sintiera lo mismo.

Cuando por fin se atrevió a mirarlo a la cara, vio que una sonrisa de satisfacción se dibujaba en sus labios.

Su voz sonó ronca:

—Piensa en eso también.

Eran las palabras de un experto que estaba completamente seguro de su sexualidad y sabía el impacto que causaba en la mujer que él elegía. Esa arrogancia masculina la habría ofendido en otras circunstancias, pero por un beso como ése se lo perdonaba todo. Nunca había pensado que esa caricia pudiera ser tan demoledora, tan increíble.

Él continuaba sonriéndole.

—Duerme bien, cariño. Traeré a los niños mañana.

«Cariño». La afectuosa palabra dicha con su tono grave sonó posesiva. Claramente posesiva.

Cade recogió el bastón y se lo puso en la mano. Ella luchó por

parecer tranquila.

—Buenas noches —dijo él.

Y se marchó, cerrando la puerta tras de sí, dejándola con el corazón en un puño.

«Yo no creo en el amor romántico de corazones rojos, de flores… Pero puedo considerar el amor como una responsabilidad».

Colleen creyó que había entendido lo que había querido decir al afirmar tales cosas, pero ahora se sentía confusa. ¿Qué diferencia habría entre su beso y un beso dado con amor? ¿Podría haberlo superado?

* * *

Al día siguiente, Colleen intentó prepararse para la visita de Cade. Le había dicho que iba a llevar a los niños con él, pero no a qué hora.

Los tres llegaron bien entrada la mañana.

Beau entró con timidez, pero cuando la miró, no había miedo en sus ojos. Cade había realizado el milagro.

Su enorme mano descansaba sobre la cabeza del niño a modo de guía, y también de freno. Cuando lo soltó, Beau dejó la bolsa que llevaba en el suelo y corrió a través de la sala hacia la habitación que había compartido con su madre y su hermana. La familiaridad de ese gesto dio esperanzas a Colleen.

Su mirada ansiosa se dirigió entonces hacia Cade. Todavía llevaba a Amy en brazos y del hombro le colgaba otra bolsa. Colleen dedujo que se trataba de una visita larga.

—No te preocupes, te dije que Beau estaría bien.

Como si todo lo que él tuviera que hacer fuera chasquear los dedos y los planetas se alineaban. Pensaría que era así si hubiera hecho un milagro con el niño. Su impulso era seguirlo a la habitación, pero aún temía presionarlo. No había nada que no pudiera ver en aquel lugar, por lo que le dejó que entrara a explorar él solo.

Amy tenía un brazo alrededor del cuello de Cade y los dedos de la otra mano en la boca. En su carita se dibujaba una sonrisa húmeda. Parecía encantada con su tía. Para demostrarlo se sacó los

dedos de la boca y emitió una carcajada.

Colleen no pudo evitar reírse.

—Hola, preciosidad.

De repente, la niña extendió las dos manos para que la tomara en brazos y ella se sintió frustrada; no tenía fuerzas para sujetarla y mantenerse en pie al mismo tiempo.

Cade intervino rápidamente.

—Siéntate en algún sitio.

Colleen se dirigió hacia el sofá y se sentó. Dejó el bastón a un lado y alzó los brazos. Amy le rodeó el cuello y ella pudo darle un fuerte abrazo, sin importarle el daño que le estaba haciendo con las rodillas y los pies sobre los muslos. Los ojos se le inundaron con lágrimas de felicidad y tuvo que apartárselas para que la niña no las viera. Después, depositó un montón de besos sobre la cabecita perfumada con colonia de bebé.

Por fin, consiguió mirar a Cade, que no se había perdido detalle.

—Gracias.

Cade se fijó en que las rodillas de la niña estaban hincadas sobre los muslos de Colleen.

—¿Te está haciendo daño?

—No importa —respondió ella sin aliento.

Él se sentó a su lado y con suavidad colocó las rodillas de la niña a ambos lados de la pierna de Colleen. Entonces, Amy descansó la cabeza sobre el pecho de su tía y se volvió a meter la mano en la boca.

Colleen se olvidó de la vergüenza del beso de la noche anterior y, mientras abrazaba a su sobrinita, estudió las facciones de Cade. Ese hombre nunca le haría daño, nunca podría.

Quizá no creyera en el amor, pero si su esfuerzo por reunirlos no era amor, entonces ella no sabía nada sobre ese sentimiento.

Cade se reclinó en el sofá. Estaban tan cerca que sus cuerpos se tocaban.

—Beau y yo hablamos ayer y hemos vuelto a hablar esta mañana. Se trata de una historia muy larga y rebuscada, pero en resumen te diré que alguien le contó las cosas de manera equivocada. Ya le he aclarado unas cuantas cosas. Cuando vea esa habitación y empiece a recordar cómo era todo antes, dejará a un lado las reservas.

Colleen observó la tranquilidad de su rostro mientras hablaba y sintió crecer su afecto por él. Sabía que quería lo mejor para los niños, pero a ella le parecía que su propuesta de matrimonio rebasaba los límites. Se estaba sacrificando a sí mismo al proponerle matrimonio a una mujer a la que no amaba.

—Pase lo que pase con Beau, puedes cambiar de opinión con respecto a tu propuesta —dijo ella con calma, sintiendo que tenía que ofrecerle una salida. Era un hombre demasiado maravilloso. Tenía que darle la oportunidad de pensar qué era lo que de verdad quería.

—Ya he tomado una decisión.

Su concisa respuesta hizo que ella mirara hacia abajo. Estaba tan seguro… Con toda certeza, era un hombre que nunca sufría ningún tipo de indecisión. Colleen lo envidió por eso.

Volvió a dirigir su atención hacia Amy. Era delicioso sentir el calor de su cuerpo entre los brazos. Pero todavía había una nube en el horizonte. De la habitación no salía ningún ruido. ¿Qué estaría haciendo el niño?

Cade debió pensar lo mismo, porque se puso de pie.

—Demasiado tranquilo —dijo mientras se dirigía hacia la habitación. Al llegar a la puerta exclamó—: ¿Por qué no los traes aquí a la sala?

Cade volvió al sofá y Beau salió de la habitación, tirando de un cordón atado a una pata con sus patitos. Los graznidos de la familia palmípeda llamaron inmediatamente la atención de Amy, que se volvió hacia el tesoro que había encontrado su hermano. Se deslizó por el sofá y gateando a toda velocidad fue hacia él. Al llegar, éste le ofreció la cuerda.

—La tía Colleen me los compró una vez. No te comas el cordón.

Y, por supuesto, la primera cosa que la niña hizo fue llevarse el cordón a la boca. Beau se lo quitó, pero ella lo agarró de nuevo y volvió a intentarlo.

Colleen los observó, tan emocionada que tuvo que luchar por contener las lágrimas.

—Tío Cade, Amy no deja de babear el juguete.

Él se estaba riendo, y el cálido y masculino sonido de su risa envolvió el corazón de Colleen. Al ver su tierna mirada, él la rodeó con un brazo y la apretó contra él.

—Déjala. Luego lo secamos.

Entonces el pequeño desvió la mirada hacia su tía. Ella contuvo el aliento e intentó dedicarle una sonrisa.

—En la cuna hay un mordedor, Beau —se atrevió a decir con amabilidad—. Tráeselo a Amy, aunque antes tienes que deslavarlo un poco en el lavabo.

Él se puso de pie al instante y corrió hacia la habitación. En unos segundos atravesó la sala hacia el baño y luego se oyó un estruendo. El ruido lo había producido al arrastrar el taburete que necesitaba para llegar al lavabo.

—¡Ten cuidado con el agua caliente! —exclamó ella de manera automática. ¿Cuántas veces le había prevenido sobre el agua caliente durante el mes que habían vivido con ella?

Sharon estaba viva entonces. Todos estaban sanos y enteros. Y unidos. Pero ahora todo había cambiado. Ya nadie estaba entero, ninguno de ellos. Incluso Cade estaba herido, especialmente, por la muerte de Craig. La unión también había desaparecido. Pero quizá estaba a punto de volver… «¡Por favor, Dios mío!».

Beau volvió corriendo.

—¡Todavía tienes mis juguetes para el baño! —exclamó, mostrando un dinosaurio de goma.

Tenía la cara resplandeciente y estaba sonriendo cuando se acercó a Colleen y se subió al sofá. Se había olvidado por completo de darle a su hermana el mordedor.

—Mira, tío, éste es *Rocky*. Siempre se bañaba conmigo.

Entonces soltó el mordedor y apretó la gran barriga del dinosaurio. El pitido que salió de la criatura lo hizo reír.

Amy también escuchó el sonido, abandonó los patos y se dirigió hacia el sofá para investigar. Se agarró a los vaqueros de Colleen para ponerse de pie y, después, intentó escalar a su regazo. Cade la agarró y la sentó sobre sus piernas.

Beau empezó a saltar en el sofá y miró a Colleen. Ella hizo lo que pudo para contener las lágrimas. Deseaba tanto que recordara los viejos tiempos con ella…

—El tío Cade me ha dicho que me has echado de menos un montón —dijo, y su voz sonó tranquila—. ¿Te duelen las piernas?

—A veces —dijo ella con esfuerzo—. Aunque ya estoy mucho mejor.

—Me alegro —dijo él con sinceridad—. Sabes que mi mamá murió, ¿verdad?

Estaba claro que todavía estaba confuso acerca del accidente. Aunque, por otro lado, quizá fuera la única pregunta que se le ocurría para sacar el tema.

—Sí, Beau, lo sé. Me da mucha pena.

Él se sentó a su lado, con el muñeco todavía en sus manos. Colleen se arriesgó y lo rodeó con un brazo. Para gran alivio suyo, el niño se recostó sobre ella, aceptando el abrazo.

—El tío Cade dice que vas a venir a vivir con nosotros para que todos seamos una familia. ¿Puedes traerte a *Rocky* y a los patitos?

—Claro que sí.

Entonces el niño la abrazó.

Ella casi se ahoga intentando contener las lágrimas de alivio y gratitud. Como Cade había prometido, todo estaba resuelto. Y un milagro de tal magnitud, realizado en un espacio de tiempo tan corto, hacía que ella considerara imposible negarle nada a aquel hombre.

* * *

Cade los llevó a todos a comer fuera, y cuando volvieron acostaron a los niños para que durmieran una siesta. Ella también estaba agotada, pero intentó disimularlo. A Beau lo tumbaron en la cama grande y Amy en la pequeña. La niña ya era muy grande para la cuna, así que Cade desarmó ésta y la llevó al trastero.

Cuando volvió, los niños estaban profundamente dormidos y Colleen estaba dando una cabezada en un extremo del sofá. Entró sin hacer ruido, pero cuando le puso las manos sobre los hombros para recostarla un poco, ella se despertó.

—¿Quieres que te prepare un té? ¿Una limonada? Si lo prefieres puedo hacer café.

Todavía estaba emocionada por la reconciliación con Beau. Necesitaba hacer algo por él, aunque fuera una insignificancia, quería demostrarle lo agradecida que se sentía.

—¿Por qué no descansas unos minutos? Todavía no he leído el periódico y puedo despertarte en una hora —insistió él.

Ella meneó la cabeza.

—El sueño cura, Colleen.

—Lo sé. Puedo dormir cuando os hayáis ido.

—Había pensado llevarte a casa con nosotros —dijo él, sorprendiéndola—. Todavía no te lo había dicho, pero lo tenía en mente.

—Tengo una cita con mi fisio por la mañana.

—Por qué no lo llamas y le preguntas qué le parece si montas a caballo. Quizá sea tan bueno como los ejercicios que haces allí, o incluso mejor.

La cara de ella se tiñó de rojo.

—Tengo que hacerte una confesión.

—Seguro que tienes miedo a los caballos.

Ella miró hacia otro lado. No la sorprendía que lo hubiera adivinado, ella parecía el tipo de mujer que podía tener miedo de su propia sombra.

Sin embargo, muchos otros hombres parecían tan obtusos… Su propio padre nunca habría tenido en cuenta el miedo o el dolor de los otros, en especial de su mujer y sus hijas.

Cade prestaba atención a todo. Se sintió aliviada por ello, pero no por eso bajó la guardia.

—Sí, tienes toda la razón. Me veo demasiado frágil.

—Tendremos mucho cuidado. Te puedo asegurar que no te caerás. Mientras te estés curando, haré todo lo posible para que tus clases sean totalmente seguras. ¿Por que no llamas a tu fisioterapeuta? Después de eso, tenemos que hablar de unas cuantas cosas.

Cada palabra que le decía era amable y ella descubrió que le encantaba que cuidara de ella. Era como si fuera importante. No pudo evitar que esa actitud la sedujera.

Colleen murmuró algo sobre ir a llamar por teléfono y escapó de su lado.

Capítulo 7

Colleen llamó a su fisioterapeuta y concertó otra cita para más adelante. Cade estaba sentado en la mesa de la cocina leyendo el periódico cuando ella entró.

Colleen se sirvió un vaso de té frío y le sirvió a él otro.

—¿Todavía te resistes a echarte la siesta?

—Quizá me eche un rato antes de que los niños se levanten, pero llevo mucho tiempo sentada y necesito estar de pie un rato.

Cade dobló el periódico y lo hizo a un lado.

—Hay algo que tenemos que resolver.

Colleen percibió su tono serio y dejó el vaso sobre la encimera para dedicarle toda su atención.

—Tenemos que hacer un contrato prenupcial.

Ella sabía que los contratos prenupciales eran algo muy habitual entre los famosos y los ricos, pero no estaba de acuerdo con ellos. Para ella, mostraban una duda sobre lo que los novios esperaban de su unión. Además, todavía no le había dado una respuesta definitiva.

Sin embargo, la objeción principal ya estaba resuelta y quizá Cade diera por sentado que ella aceptaba. Pero todavía tenía sus dudas.

—¿Es necesario?

La expresión seria de él se tornó más remota y ella vio algo en su gesto que le hizo sentirse incómoda.

—Debo proteger los intereses financieros de los Chalmers, para Beau y Amy, por si las cosas entre nosotros no funcionan.

Colleen se dio cuenta inmediatamente de lo que implicaban esas palabras.

—No crees… que tú y yo…

Dudó un momento. Deseó no haberse lanzado a ese tema con tanta precipitación porque vio el peligro emocional que conllevaba. Pero ya había dicho demasiado y, además, necesitaba que él le diera una respuesta. Después de todo, era él quien había dicho que no pretendía que mantuvieran el celibato.

—¿No crees que podamos tener nuestros propios hijos?

Cade se echó para atrás y estudió su sonrojado rostro.

—En realidad no había pensado en eso. No tengo ningún sentimiento en contra ni a favor. ¿Tú quieres tener hijos?

El calor que Colleen sentía en la cara aumentó aún más.

—Ahora no podría arriesgarme con un embarazo, pero… sí. Si nos casamos, me gustaría tener hijos. Ellos tendrían partes iguales con Beau y Amy, ¿no?

—Así sería, pero de lo que trataría el contrato prenupcial sería del divorcio y de lo que tú recibirías en tal caso.

—No… no quiero… Si nos casamos, no quiero considerar el divorcio como una opción. Me parece como… mala… —se cortó, frustrada por su falta de elocuencia—. Quiero decir que me parece de mal agüero. No quiero gafar el matrimonio con planes para el divorcio.

—Gafe o no, quiero proteger los intereses de los Chalmers antes de pronunciar el «sí, quiero». Los dos tenemos que conocer los límites.

Y por la dureza de su rostro, ella supo que en ese tema no iba a cambiar de opinión.

—Si nos divorciamos durante los dos primeros años, no recibiríais ninguna pensión. Por cada año que permanezcamos casados después de eso, tu pensión se incrementará hasta que Amy cumpla los dieciocho años. A partir de ahí, no aumentará, independientemente de cuántos años más estemos juntos.

Cade pronunció una cifra que dejó a Colleen sin respiración. Era realmente generosa, pero la mayor sorpresa había sido su frialdad.

Había hablado como un hombre de negocios inflexible que tenía dinero y poder y sabía cómo protegerlo. Nunca había pensado demasiado en esa faceta, porque no pensaba que fuera importante

para ella.

Simplemente, lo había visto como un ranchero que quería a sus sobrinos. Un hombre duro que sería un marido gentil y fuerte.

Pero en el tema del dinero y del divorcio parecía implacable. Había algo oculto bajo todo ese tema. Enseguida escuchó de sus propios labios de qué se trataba.

—No voy a permitir que ninguna mujer sea una amenaza para los bienes de los Chalmers, Colleen. Ni siquiera tú. Si lo hacemos así, no tendré que pasar por ningún juzgado y tú no tendrás ni un céntimo de más.

La frialdad que había intuido en él antes se tornó brutal. Era una advertencia. Ese hombre podía llegar a hacerla pedazos si pensaba que ella amenazaba su fortuna.

Pero también podía destrozarla de muchas otras maneras más amenazadoras y mucho más importantes para ella.

A Colleen no le interesaba su dinero, pero había algo tan fundamental para ella como para él lo eran sus bienes. Ahora que había resuelto el problema con Beau, quizá era el momento de decir lo que pensaba.

—¿Podría poner yo algo en ese acuerdo?

La brutalidad de la expresión de Cade se suavizó un poco. Aunque sólo duró una fracción de segundo, fue suficiente para que ella se animara a continuar.

—No me importan ni el dinero ni los bienes. Pero espero que no pretendas convertir el matrimonio en un maratón.

—¿Qué?

—Estás diciendo que cuanto más tiempo esté casada contigo, más dinero me darás en el divorcio. Si resultas ser un mal marido, quizá no hagas ningún esfuerzo, si piensas que puedes pagarme por el tiempo que te aguante.

Ella vio la sorpresa en su mirada oscura y que la dureza de su rostro se suavizaba. Por fin, una sonrisa se dibujó en la boca de Cade.

—Ésa es una actitud muy desconfiada —afirmó soltando una risa—. Nunca habría pensado eso de ti. Anoche te hice promesas sobre el tipo de cosas que te estaba ofreciendo. Te di mi palabra de honor… ¿Quieres algo en el contrato? ¿Qué es?

Cade acababa de abrir la puerta que ella necesitaba.

—Anoche hablaste de cuidado, respeto, compromiso… Sé que el amor no estaba en tu lista, pero también faltaba otra cosa que considero muy importante para mí y para los niños.

Su expresión se endureció durante unos segundos, pero ella se dio cuenta de que sentía curiosidad.

—No quiero ofenderte —dijo mirándolo de manera solemne—. Mi padre nunca le fue fiel a mi madre. Cuando ella enfermó, él pensó que lo estaba haciendo adrede. Entonces sus infidelidades comenzaron a ser evidentes.

Ella calló porque el recuerdo la abrumó. Necesitó algunos instantes para recobrar el coraje.

—Sé que los hombres tienen aventuras —dijo con calma—. No podría evitar que las tuvieras, lo sé. Lo que no quiero es saber que las tienes. No quiero saber si hay otra mujer. Si yo, los niños o cualquiera de las personas que tratemos lo descubren, entonces pediré el divorcio. Me gustaría poner en el contrato que si nos divorciamos por una infidelidad, entonces me quedaré con la custodia de los niños. Tú nos mantendrás en una buena casa y mandarás una pensión para ellos hasta que acaben los estudios.

Cade no dudó un instante.

—Ellos pertenecen al rancho Chalmers.

Colleen se sintió decepcionada.

—¿Entonces, te niegas?

—Si no pudiera serte fiel, no me casaría contigo.

Era una declaración impresionante y muy creíble, pero no le costaba nada hacerla; la mayoría de los hombres hacían promesas que luego no cumplían.

—Pero si quieres puedes incluir eso en el acuerdo. Yo lo firmaré.

Su cara volvía a estar relajada. No había ni pizca de enfado ni de resentimiento, ni trazas de la dureza que había visto hacía un momento. Ya había pasado todo y ella había conseguido lo que quería.

De repente, sintió un gran alivio, pero le dolía la cabeza y comprendió que lo mejor sería irse a descansar un rato. Sin embargo, Cade no había terminado con el tema.

—Te daré lo que dices, pero quiero que me cuentes qué quisiste decir con que las infidelidades de tu padre se hicieron «evidentes».

Ella levantó la cabeza.

—Es una historia muy fea, Cade.

—Ya he visto y oído cosas feas antes, quizá alguna vez te lo cuente.

Colleen sintió que si eso llegaba a suceder, quizá tuviera alguna pista sobre su actitud negativa hacia el amor. Le llevó un momento controlar sus emociones para poder contestarle. No quería perder la compostura. Pero se sentía muy débil y la conversación sobre infidelidad había despertado recuerdos dolorosos. Estaba acostumbrada a evitarlos, por eso era peligroso recordarlos ahora. Lo último que quería era derrumbarse delante de él y que pensara que estaba intentando manipularlo.

—Como ya te dije, mi padre nunca le fue fiel a mi madre —comenzó a decir ella con cautela—. Se enfadó mucho cuando ella enfermó y la acusó de estar fingiendo para llamar su atención. Así que una tarde trajo a una de sus mujeres a casa. Hizo que mi madre saliera de la cama y cocinara para todos. Sharon y yo tuvimos que encargarnos de casi todo, porque mi madre apenas podía mantenerse en pie. —Colleen no pudo mirarlo. Se agarró los codos e intentó controlar su agitación. Su voz sonó ronca por el dolor—. Después, todos tuvimos que sentarnos a la mesa y comer con ellos mientras él coqueteaba con aquella mujer…

De repente, pensó que ya era suficiente. Si Cade no lo había entendido, entonces nunca lo haría.

—Ya sé que suena muy exagerado —dijo ella con calma—. No creo que tú pudieras ser tan cruel. Es desolador para un niño cuando uno de sus padres hace algo tan… deshonesto… Beau y Amy, probablemente, crezcan pensando que tú pusiste la luna en el cielo, así que… —Su voz se desvaneció—. Ahora necesito tumbarme un rato, espero que no te importe.

Dijo esto último muy rápido porque la cabeza le iba a estallar y sentía que no iba a poder contener las lágrimas durante más tiempo. Cuando fue a agarrar su bastón, Cade ya estaba a su lado. Él se inclinó y la levantó con cuidado en sus brazos. La llevó a su habitación y la depositó con suavidad sobre la cama.

—Hace un poco de frío. ¿Quieres una manta?

Ella se alegró de que él volviera a ser práctico. Si hubiera dicho algo compasivo, no habría podido evitar el llanto. La sorprendía que él se hubiera dado cuenta. Vio la preocupación en su rostro y sintió

el impulso de asegurarle que estaba bien.

—Hay una sobre la silla —indicó Colleen con una sonrisa cansada.

Cade le echó la manta por encima y ella se lo agradeció.

—¿Puedo hacer algo más por ti? ¿Puedo traerte algo?

Detrás de esas preguntas había otra escondida, y Colleen la respondió:

—Estoy bien, Cade. De verdad, sólo estoy un poco cansada.

Los ojos oscuros de él buscaron en su cara la confirmación de lo que acababa de decir.

El recuerdo de su beso se materializó en el aire y Colleen sintió que las mejillas le ardían. Lo miró a los ojos, intentando discernir cuáles eran sus pensamientos.

—Todavía no me has dado una respuesta.

—Lo sé —respondió ella.

—El matrimonio resolverá las cosas.

—Algunas cosas.

—Las otras las solucionaremos con el tiempo —dijo él mientras le acariciaba una mejilla—. Ahora, duerme. No te preocupes por nada. Yo cuidaré de los niños.

Cuando él se marchó, Colleen cerró los ojos esperando que el sueño la venciera.

La propuesta de Cade era la oportunidad de su vida, pero también podía ser su mayor error.

¿Es que nunca podría amarla?

Quizá ella fuera la que no entendía. Había tenido tan poco amor en su vida que quizá lo estuviera idealizando.

Mientras estaba allí tumbada pensó que ya no podía seguir pretendiendo que se estaba enamorando de él. La verdad era que ya se había enamorado. Hasta los huesos. Ya sólo le quedaba afrontar las consecuencias de ese amor, cualesquiera que éstas fueran.

Entonces, ¿cuál sería el error: aceptar su propuesta… o rechazarla?

* * *

Al final, Colleen no pudo evitarlo. Nunca había sido una persona

temeraria, pero, después de haber descansado, la imagen de Cade y los niños juntos era tan preciosa que supo que aceptaría cualquier riesgo por formar parte de ese grupo.

Lo que él le había ofrecido era la oportunidad de pertenecer a algún sitio, de tener una vida llena de sentido y de esperanza. Con niños a los que cuidar y amar, y con un marido que podía ofrecerle más de lo que ella jamás hubiera soñado.

Se marcharon hacia el rancho Chalmers cuando ya había oscurecido. Beau y Amy llevaban puesto el pijama y se quedaron dormidos en el coche.

Cade estacionó el vehículo junto a la entrada y llevó a los niños a sus habitaciones antes de recoger el equipaje de Colleen. Su voz sonó como un ronco suspiro.

—Parece que están agotados.

Colleen se inclinó para depositar un beso en la mejilla de Amy y después repitieron el proceso con Beau.

La casa estaba vacía y en silencio. Eran casi las diez. Esmeralda debía de estar en su casa con su marido y Colleen se preguntó dónde estaría la niñera.

Cuando le preguntó a Cade, éste le respondió que la había despedido. No hizo ningún otro comentario al respecto y la tomó del brazo para salir al patio a respirar el aire fresco de la noche.

—Si aceptas casarte conmigo, puedes decidir si quieres una nueva niñera o si tienes suficiente con alguna de las sobrinas de Esmeralda para que te ayude. Tú, mejor que nadie, sabes lo que puedes hacer y lo que no.

Colleen asintió cuando él la miró.

—Sé que te estoy presionando, pero una vez que he tomado una decisión, rara vez cambio de opinión. Creo que podemos formar un matrimonio respetable que nos satisfaga a los dos y que les ofrezca a los niños un entorno familiar seguro.

Cade no esperó su respuesta. Se volvió hacia ella y la rodeó con sus brazos para atraerla hacia sí.

Al cabo de un segundo, la estaba besando. La cálida noche los envolvió. Cada suspiro de ella estaba cargado de sensualidad y el beso de Cade era tan carnal… Esa vez ella le respondió, hasta que él se separó y los dos se quedaron temblando.

Su voz sonó temblorosa pero audible:

—Me casaré contigo.

En cuanto pronunció esas palabras, todas sus preocupaciones se esfumaron. Esa noche durmió tan profundamente que estuvo segura de que por fin había encontrado su lugar en el mundo.

* * *

Cade Chalmers era como un tractor humano, en cuanto a limpiar el camino de obstáculos se refería. En cuatro días, se hicieron los análisis de sangre y sacaron la licencia de matrimonio, consultaron con sus médicos y se compraron los anillos. Alguien fue a su piso a recoger todos sus objetos personales y firmaron el contrato prenupcial. Colleen donó todos sus muebles y demás enseres a un centro benéfico, y los interesados pasaron rápidamente a recogerlos.

Ella prefería una boda privada a la que sólo fueran los niños, y él se lo concedió.

Antes de que pudiera darse cuenta, estaba de pie con Beau y Amy en la puerta de una pequeña capilla.

Llevaba un traje de chaqueta blanco, con una camisa azul a juego con sus ojos y un pequeño ramo de flores de muchos colores. Cade estaba impresionante con su traje negro. La blancura de su camisa resaltaba el moreno de su piel y sus facciones toscas resultaban realmente atractivas.

Los pequeños estaban adorables. Beau llevaba un traje que era como el de Cade pero en miniatura. Amy lucía un vestido blanco de volantes, medias blancas y zapatos blancos. También llevaba un ramo sujeto a la muñeca con un precioso lazo azul.

Colleen no tenía ni idea de dónde habría sacado Cade el tiempo para ir de compras. Probablemente, durante una de sus siestas.

El anillo de compromiso que había elegido era el más precioso que había visto en su vida. El increíble diamante del centro estaba rodeado por pequeños brillantes. Era como llevar una pequeña galaxia en el dedo. Solía mirarlo con frecuencia, para asegurarse de que era real y para comprobar si era tan bonito como la última vez que lo había visto.

Si al final resultaba que había perdido la cabeza, esperaba no volver a encontrarla nunca. No sólo veía la felicidad al alcance de la

mano, sino que estaba rodeada por ella.

Comenzó a sonar el órgano y ella caminó acompañada por sus sobrinos hasta el altar, donde la esperaba Cade. Beau llevaba de la mano a su hermana porque ésta todavía no podía caminar sola. Sólo se le escapó una vez. Fue difícil evitar la risa al ver los esfuerzos del pequeño por mantener la compostura mientras ayudaba a su hermana a incorporarse.

Cuando, por fin, llegaron al altar, Beau dijo de manera espontánea:

—Aquí está tu novia, tío Cade.

Éste dejó escapar una risa al tomar la mano de Colleen. Los dos se quedaron mirando a los niños mientras éstos se dirigían al primer banco de la iglesia y se sentaban entre Esmeralda y su esposo, Lorenzo.

Cade y Colleen se giraron hacia el sacerdote.

Los dos se miraron a los ojos cuando éste los declaró marido y mujer.

Las palabras «ya puede besar a la novia» flotaron sobre ellos y Cade se inclinó hacia ella. Sus labios estaban fríos y rígidos, pero, en cuanto tocaron los de Colleen, se relajaron y se tornaron cálidos.

Todo había pasado tan rápido… Una ceremonia corta, con pocas palabras, un juramento y un beso solemne. El fotógrafo que habían contratado los reunió y los organizó para tomar varias fotografías. Cuando ya todos estaban en el coche, incluidos Esmeralda y Lorenzo, Colleen sintió como si se acabara de despertar de un hermoso sueño. Había sido una ceremonia corta, en un lugar muy pequeño, pero cada segundo había sido único e irrepetible para ella.

Entonces rezó para que su vida junto a Cade y los niños fuera tan preciosa para ellos como esperaba que fuera para ella. Ésa sería la oración que rezaría cada día desde aquel momento.

Cualesquiera que fueran las objeciones que Cade tenía con respecto el amor, ella se aseguraría de que nunca se arrepintiera de haberla elegido como esposa.

Capítulo 8

Había demasiado polvo en el camino hacia la casa, como si varios vehículos hubieran pasado por allí. Esmeralda y Lorenzo murmuraron algo y Colleen vio un gesto de extrañeza en el rostro de Cade.

En cuanto se acercaron a la casa, la causa de tanto polvo se hizo evidente: una gran fila de coches aparcados junto a la casa.

—¿Qué es esto? —preguntó Lorenzo desde el asiento trasero.

Esmeralda le ofreció la respuesta.

—Alguien ha organizado una fiesta. ¿Quién ha sido?

Colleen miró a Esmeralda y después a Cade.

—¿Una fiesta?

—Eso parece.

La seriedad de su rostro le indicó que él no tenía nada que ver con el asunto. Colleen se quedó mirando alrededor mientras él aparcaba en el hueco que, evidentemente, habían dejado para ellos.

Beau se soltó el cinturón de seguridad. Su expresión mostraba tanta excitación que casi brillaba.

—¡Tenemos una fiesta!

Cade giró la cabeza y vio la cara de felicidad del niño. Entonces, el enfado que Colleen había presentido en él empezó a desvanecerse, como si la alegría del niño le hubiera hecho reconsiderar el asunto. Luego la miró a ella.

—¿Te importa?

Ella le dedicó una sonrisa.

—No creo que tengamos mucho que decir al respecto. Me

imagino que tus amigos querrán felicitarte.

—También van a ser tus amigos. Vamos dentro.

No se sabe si Beau había entendido con exactitud lo que su tío acababa de decir, pero, desde luego, había captado el mensaje. Por eso, con un grito de alegría, se subió a las piernas de Lorenzo y saltó del coche. Esmeralda se quedó a cargo de Amy.

Cade salió del automóvil y dio la vuelta para abrirle la puerta a Colleen y ayudarla a descender. Después, colocó la mano de ella en su antebrazo y juntos caminaron hacia la entrada. Para entonces, Beau ya había entrado en la casa y volvía a salir con un grupo de invitados.

Cuando la pareja de novios llegó al porche, un coro de felicitaciones estalló en el aire. Cade se detuvo y tomó a su esposa en brazos para cruzar el umbral, tal y como mandaba la tradición. Una explosión de aplausos los siguió hasta el salón, donde dos sillas habían sido reservadas para los novios.

Beau los siguió trotando. Esmeralda dejó a Amy en el regazo de Cade y se marchó para ver quién había invadido su cocina.

La rubia alta y elegante que Colleen había visto el primer día salió de la multitud y se dirigió hacia ellos. Estaba tan hermosa que su sola presencia quitaba el aliento. Caminaba con la seguridad de una modelo y el porte de una reina. Su piel dorada no tenía ni una imperfección y su melena era espesa y brillante.

Llevaba un vestido ceñido y provocativo, y sus largas piernas bronceadas eran tan espectaculares como el resto de ella. Era la perfecta Miss América.

El contraste entre esa rubia perfecta y su cuerpo delgado y plano era evidente. Colleen se sintió un poco mareada al pensar que, probablemente, todo el mundo estaba haciendo la misma comparación.

La rubia sólo tenía ojos para Cade. Sin ni siquiera dirigirles una mirada a Amy y a ella, se inclinó sobre él y le plantó un beso en la boca.

La única emoción que fue capaz de experimentar en ese momento fueron unos terribles celos. Los sentimientos negativos alcanzaron cotas muy altas cuando la mujer acercó la mano a la cara de Cade para limpiarle con un dedo el carmín que le había dejado en los labios.

La familiaridad del gesto la revolvió y al mirarlo, vio que sus ojos estaban fijos en la rubia.

¿Era eso furia?

Colleen no podía equivocarse con el evidente brillo furioso de los ojos de Cade y sintió un profundo alivio. Estaba enfadado. Muy enfadado.

Entonces se regañó por sus celos. Por la vida de su marido habrían pasado varias mujeres, y no le debía extrañar que aquélla hubiese sido una de ellas.

La rubia la miró y, de manera fugaz, se presentó como Ángela Danner. Ella sintió en su mirada que estaba profundamente resentida.

Sin esperar a que le respondiera, la mujer se giró y se alejó, segura de que su rastro iba a ser seguido con magnetismo por los ojos de los hombres.

Colleen sintió una fiera satisfacción al comprobar que Cade no la miraba y le ofrecía una mano a un señor mayor que había estado esperando para felicitarlos. Aunque Cade tuvo que aguardar un segundo, porque el hombre sí se había vuelto.

Después, todos los asistentes acudieron a darles la enhorabuena y ella se olvidó de Ángela Danner.

* * *

Cade tenía mucho amigos, vecinos y colegas de trabajo que lo estimaban tanto como para aceptar una invitación a una fiesta organizada en el último minuto para él y su esposa. Colleen se sintió emocionada y orgullosa por estar casada con un hombre que era tan apreciado.

Nadie se responsabilizó de la organización del festejo, ni de los aperitivos y los refrescos que se sirvieron, ni de la tarta de cuatro pisos. La única nota discordante la dio Ángela Danner. A mitad de la recepción había bebido tanto que su padre, un hombre de pelo cano que apenas había pronunciado una palabra, se la llevó a casa sin armar escándalo.

A Colleen le pareció que todos empezaron a sentirse más cómodos cuando ella desapareció, Cade el primero.

Los asistentes la aceptaron de manera instantánea y eso le agradó. Durante la fiesta, se enteró de que su marido había sido el objetivo de románticas especulaciones durante años. Después de la muerte de Craig, se había recluido en el rancho y la gente que lo conocía bien comenzó a preocuparse. Luego, escuchó algunos cotilleos sobre la madre de Cade que decían que había sido injusta con su marido y había descuidado a sus hijos.

Él le había dicho que su padre se había casado con una mujer que no había merecido ni un minuto de su vida, pero ella siempre pensó que se trataba de un segundo matrimonio, nunca se imaginó que hablaba de su propia madre.

Después de esa experiencia y del problemático matrimonio de Sharon y Craig, no era de extrañar que fuera tan reticente a enamorarse.

Mientras Colleen iba saludando a los invitados, muchos de ellos le expresaron sus condolencias por la muerte de Sharon y también le desearon que fuera muy feliz con Cade y los niños. Para alivio suyo, nadie hizo referencia a la belleza de su hermana ni la compararon con ella.

Al final, había hecho tantos amigos que se olvidó del cansancio del día.

Cade había estado al cuidado de los niños mientras ella entretenía a los invitados. Los pequeños no habían querido dormir la siesta y estaban tan cansados que querían que su tío los tomara en brazos constantemente.

Él había sido la paciencia personificada, y todavía lo era. Cuando los últimos invitados comenzaron a despedirse, Amy ya estaba dormida sobre su hombro y a Beau le costaba mantener los ojos abiertos. Juntos los llevaron a sus habitaciones.

Cuando acabaron, Cade la rodeó con sus brazos.

—Todavía hay que acostar a alguien más —afirmó con una amplia sonrisa—. Hoy no ha salido como teníamos planeado, espero que no te hayan molestado demasiado.

—Ha sido perfecto —dijo ella con sinceridad.

La sonrisa de Cade se acentuó al inclinarse para tomarla en brazos y llevarla al cuarto.

Para sorpresa de Colleen, él se tumbó junto a ella para dormir la siesta. Pero la inquietud no duró mucho; Cade le dio un casto beso y

le deseó un buen descanso.

Ella se giró para dormir sobre el costado y él se acomodó detrás de ella. Era tan agradable sentir su cuerpo tan cerca que le costó quedarse dormida. La emoción la embargó y sus ojos se humedecieron; ya nunca volvería a estar sola.

—Gracias por el día —dijo ella con voz tenue.

Él notó la emoción contenida y reconoció el agradecimiento de una mujer que había tenido tan pocos momentos felices en la vida, que atesoraba cualquier cosa buena que le sucedía. El pensamiento le causó una agitación peculiar en el pecho.

Recordó la escena que había descrito de su padre con aquella mujer y la manera en que lo había contado. Su vocecita parecía la de aquella niña a la que habían obligado a sentarse a la mesa y a permanecer en silencio.

Entonces comprendió por qué Sharon había sido tan manipuladora y tan incapaz de pensar en otra persona que no fuera ella misma. Entendió por qué había estado tan empecinada en conseguir todo lo que pudiera y por qué parecía disfrutar enfureciendo a su marido.

Colleen era la antítesis de Sharon. Ella también podría haberse convertido en una amargada que hubiera intentado que todo el mundo pagara por su dolor; pero, en cambio, había desarrollado un corazón grande y un carácter muy dulce. Tan dulce…

De repente, se le ocurrió que estaba a punto de sentir la emoción que había jurado evitar. En sólo siete días, Colleen James, Colleen Chalmers a partir de ese mismo día, lo había arrastrado muy cerca del precipicio.

¿Cómo lo había conseguido? O quizá la pregunta más sincera sería: ¿por qué lo había permitido él?

La apretó aún más contra su cuerpo y empezó a sentir un deseo incontrolable. Tuvo que decirse a sí mismo que sólo era eso, deseo. Si no hubiera sabido que el pequeño cuerpo de su mujer estaba exhausto, quizá habría podido iniciarla en los placeres para los que sólo necesitaban atracción sexual.

La peculiar agitación que sentía en el pecho y el deseo que lo invadía tardaron demasiado en desaparecer.

* * *

Ninguno de los dos niños durmió mucho tiempo. Habían vivido demasiadas emociones y estaban muy intranquilos. Y tan llenos que, cuando se levantaron, ninguno quiso tomar la cena que Esmeralda había preparado.

Después de la cena, los llevaron a dar un paseo por el patio. Beau quería arrojar piedras y ellos le dejaron. Amy iba tranquilamente sentada en su cochecito, apaciguada por fin.

Al día siguiente de que hubiera aceptado casarse con él, Cade le había preguntado si quería ir a algún sitio de luna de miel. Él le sugirió varias posibilidades, pero ella decidió que era mejor posponerla. Como se habían casado por los niños, pensó que lo mejor era darles tiempo para ajustarse al repentino cambio en sus vidas. ¡Sólo habían pasado siete días desde que había hecho el viaje al rancho para hablar con Cade!

Todos necesitaban una rutina después de tanto ajetreo.

Ahora estaba casada con él. Iba a comenzar una nueva vida, tan diferente de la que había imaginado que no la sorprendería mucho si alguien le pellizcara y le dijera que despertara.

La magnitud de lo que habían hecho inundaba su alma. De repente, un sentimiento de pánico la embargó.

—Colleen, ¿pasa algo? —preguntó él, como si hubiera notado su terror.

Ella lo miró con ansiedad y luego desvió la mirada. Le tenía que dar alguna explicación, porque parecía realmente alarmado.

Ensayó una sonrisa, pero se notó mucho que era forzada.

—El… el primer coche que compré era muy barato. Sólo me costó tres mil dólares, pero aun así, tuve que pagarlo a plazos. No me quedaba mucho dinero después de pagar la renta, pero estaba segura de que podía hacer frente a los pagos. El plazo de financiación era el máximo, para que la mensualidad fuera muy baja…

Entonces lo miró, nerviosa, y se sintió fatal por haber empezado a contarle esa historia. Cade Chalmers tenía un coche de lujo y multitud de otros vehículos para moverse por el rancho. Todos nuevos.

Seguro que a él le darían más de tres mil dólares por cualquiera de ellos. La cara empezó a teñírsele de rojo.

—¿Y?

Cade se estaba tomando la historia en serio. Sin lugar a dudas, le parecería ingenua e inexperta. Y pobre, muy pobre. Después de aquel coche, le había ido bastante bien, económicamente hablando, pero nada que se pudiera comparar con la fortuna de él y su familia.

—En el mismo instante en que me monté en el coche, sentí pánico. Me aterró que pudiera haber hecho mal los cálculos y que, cuando llegara a casa y volviera a sumarlo todo, no me llegara para cumplir los pagos. Pero ya había firmado los papeles comprometiéndome. ¿Qué pasaría entonces? ¿Qué pasaría si se averiaba y el arreglo costaba demasiado?

Sintió que Cade no dejaba de mirarla. Cuando, finalmente, tuvo la valentía de alzar la vista, descubrió que él estaba sonriendo.

—Remordimientos de comprador —dijo sin dejar de sonreír—. O, en este caso, remordimientos de recién casada.

—Esto es peor.

Entonces él se rió abiertamente. Beau se acercó a ellos saltando.

—¿De qué te ríes, tío Cade?

—Cosas de mayores, ratón. ¿Estás quitando todas esas piedras del césped?

El niño asintió.

—Sólo dejo las del camino, como tú dijiste.

—Buen chico. ¿Por qué no llevas tú el cochecito de Amy de vuelta?

—¿Ya?

—Se está haciendo de noche —dijo Cade con firmeza— y todavía tenéis que bañaros —afirmó, alborotándole el pelo.

Beau, obedientemente, se hizo cargo de su hermana y se encaminó hacia la casa. Ellos iban detrás.

—No te preocupes por los pagos de este matrimonio, Colleen. Y si todo esto tiene algo que ver con la noche de bodas, también puedo arreglarlo.

Ella vio una esperanza en sus ojos y su cabello se erizó. Aunque él le había estado dando un curso acelerado durante esos días, todavía no habían pasado de los besos y los abrazos. Como no tenía ninguna experiencia anterior, estaba nerviosa y más que un poco preocupada al respecto.

—Sólo llevamos juntos una semana, cariño. Pretendo seducirte, pero no me he puesto fecha.

La promesa oculta tras aquellas palabras consiguió que se relajara.

* * *

Mucho antes de lo que había imaginado, los niños ya estaban bañados y listos para ir a la cama. Como todavía estaban cansados por el día tan agitado, se quedaron dormidos rápidamente.

Colleen, en cierto modo, estaba llena de energía por los nervios que tenía. Cade había ido a su oficina, en la otra ala de la casa, y ella se había quedado en la sala, pretendiendo que veía un programa de televisión. Cuando se cansó, fue a su cuarto.

La habitación de Cade se había convertido en su cuarto. Esa misma mañana, Esmeralda la había ayudado a trasladar todas sus cosas de la habitación de invitados que había estado utilizando. Su modesto guardarropa colgaba ahora en un enorme armario situado enfrente del de Cade. Su sencilla ropa interior estaba doblada en uno de los cuatro cajones que se habían vaciado para ella en la enorme cómoda y sus cosas del baño habían ocupado un cajón vacío en una estantería del cuarto de baño. Las pocas joyas que tenía se quedaron en una caja forrada de terciopelo sobre la cómoda.

Sus pertenencias eran pocas y casi no se veían entre todas las de él. Se sintió igual de pequeña e insignificante y temió no ser más que una sombra en su dinámica vida.

Sin embargo, se había casado con él, y en esos instantes estaba en su enorme dormitorio esperando que se uniera a ella. Y que compartieran la gran cama.

Estaba demasiado nerviosa para esperar plácidamente, de modo que agarró su camisón y se dirigió al cuarto de baño para darse una ducha. El agua caliente suavizó un poco la tensión, especialmente después de repetirse una docena de veces que le había dicho que no tenía fecha.

«Sólo llevamos juntos una semana, cariño». «Cariño». Hasta entonces, él había sido muy considerado con ella y cuando la

llamaba «cariño», ella se sentía tan protegida… Él sabía que no tenía ninguna experiencia sexual y que estaba muy nerviosa al respecto. Seguro que no esperaba una verdadera noche de bodas. Eso había dicho, ¿verdad?

«Sólo llevamos juntos una semana, cariño. Pretendo seducirte, pero no me he puesto fecha». No era muy preciso, pero sí había sido lo suficientemente claro para que se pudiera relajar. Se había tranquilizado cuando lo dijo, ¿por qué no podía relajarse en esos momentos? Probablemente, porque en lo más profundo de su corazón, sabía que siempre estaría nerviosa.

Más tarde, delante del gran espejo del baño estudió su aspecto. Se acababa de duchar y su pelo estaba recién peinado. Llevaba un camisón blanco de algodón que llegaba hasta el suelo y una bata a juego que había comprado la semana anterior. Tenía los ojos muy abiertos.

Su aspecto era totalmente virginal y vulnerable.

«Pretendo seducirte…».

Las palabras resonaron en su mente y la hicieron temblar. El contraste físico entre la masculinidad de Cade y su propia fragilidad bastaba para debilitarla, con un sentimiento que era mitad miedo mitad excitación. Entonces, la inseguridad que había sufrido toda la vida hizo que ese miedo se convirtiera en terror.

Era tan poca cosa comparada con lo que un hombre como Cade podría haber tenido… Él nunca había planeado casarse, pero había cambiado de opinión porque los niños necesitaban la normalidad de dos padres y un hogar seguro. Estaba sacrificándose por ellos y recibiendo muy poco a cambio.

Para ella no había sido ningún sacrificio, él le estaba dando el universo. Cade, en cambio, se llevaba sólo una esposa, una pareja para educar a los niños, pero una pareja que iba a necesitar casi tanto cuidado como los pequeños. Pronto podría verla como una carga.

Su propio padre, que nunca había tenido paciencia con la enfermedad de su madre, las abandonó.

Cade no era como él, de ninguna manera, pero ¿cuánta paciencia tendría si ella no podía hacerse cargo de los niños en poco tiempo?

La tardanza de él en ir a la cama y su acentuado cansancio

hicieron que las preocupaciones de Colleen sobre el futuro se multiplicaran.

¿Qué pasaría si se impacientaba con su necesidad de acostarse pronto y de dormir siestas? A menudo, dormía mal por la noche, y por las mañanas, se levantaba con espasmos musculares que a veces eran tan dolorosos que se le saltaban las lágrimas.

Ya había utilizado alguna vez relajantes musculares, pero la aterraba la adicción a los calmantes que su madre había desarrollado y odiaba que las pastillas la dejaran fuera de combate. Aunque tendría que volver a considerarlo si no quería molestar a Cade, o incluso despertarlo durante la noche.

En su cabeza daba vueltas todo tipo de preguntas. Algunas se habían convertido en cuestiones de vital importancia desde el matrimonio.

En ese momento, oyó que él entraba en la habitación. Al principio, sólo podía oír sus propios latidos; después, escuchó cómo dejaba las cosas de los bolsillos sobre el cristal de la cómoda. Inmediatamente, tomó su bastón; a Cade le apetecería darse una ducha y no quería hacerlo esperar.

Colleen suspiró hondo para mantenerse firme y abrió la puerta. Intentó borrar las preocupaciones de su rostro y rezó por conseguirlo. Después, atravesó la puerta que daba al dormitorio.

Capítulo 9

En el mismo instante en que Cade vio a su flamante esposa, sus buenas intenciones se evaporaron con una ardiente llama de deseo. Colleen tenía la cara pálida cuando salió del baño, pero enseguida la timidez tiñó sus mejillas de rojo.

Parecía tan frágil y femenina, y tan virginal, que algo duro, fiero y primitivo en él lo obligaba a reclamarla. Reclamarla y marcarla como suya.

«Hoy. Ahora mismo».

Entonces vio el pánico en el semblante de su esposa e, instantáneamente, sintió remordimientos. Él mismo no entendía el poder de sus sentimientos, así que estaba convencido que ella tampoco. Sin embargo, debía haberle notado algo extraño en la cara porque, nada más verlo, había sentido pánico.

Cade se obligó a sonreír con suavidad y se sintió recompensado cuando de la cara de Colleen desapareció el miedo y le dedicó una débil sonrisa.

Nunca se había acostado con una mujer virgen y, de repente, se dio cuenta de que él sería el único hombre para ella. Si se quedaba con él, la actitud que tuviera con respecto al sexo dependería de esa primera vez.

Y era su esposa. Se acababan de casar ese mismo día. Le chocaba pensar que el sexo ya nunca volvería a ser lo mismo. Vio todo desde un nuevo punto de vista, uno más profundo. En su mente aparecieron las palabras «sagrado» y «especial».

Con ella, el sexo no sólo sería la unión de un hombre con

cualquier mujer, sino la de un marido y su esposa. Y no sólo una o dos veces, sino todas las noches. Con esa mujer.

Esa mujer vulnerable, frágil, gentil y tímida. E inocente. Era su deber darle algo a cambio de esa inocencia, algo de igual valor.

La responsabilidad le pareció enorme, pero no lo suficiente como para hacer que se echara atrás. Sentía la sangre espesa por el deseo, todo su cuerpo lo sentía. Sabía que le había dado la impresión de que podían posponer las relaciones. En realidad, había dicho esas palabras con ese sentido, pero la dulce imagen de ella le había hecho cambiar de opinión.

Si tenía cuidado, si era cariñoso, ella nunca se arrepentiría de ese momento, ni él tampoco. Una vez tomada la decisión, extendió una mano y la llamó:

—¡Ven aquí, Colleen!

Ella dudó un instante, después se acercó a él. Estaba temblando, pero, al tomar su mano, los dedos de él la sujetaron con fuerza.

Él percibió un brillo de determinación en su mirada azul y comprendió que tenía que ser difícil para ella. Estaba luchando por confiar en él, para cumplir sus deseos aunque éstos pudieran atemorizarla.

Para calmarla, la atrajo hacia él y la abrazó con fuerza.

Los brazos de Cade la rodearon por la cintura y Colleen sintió que una tormenta de sentimientos crecía en su interior. Él se inclinó despacio, pero, en lugar de besarla en la boca, sus labios le acariciaron la nuca, despacio, sin prisas. Ella sintió que su tensión comenzaba a aflojarse.

La voz de Cade sonó ronca:

—Confía en mí, cariño —dijo mientras seguía explorando su sofocada piel con los labios. Su cuello, su lóbulo, su mandíbula…

Después, le apartó un poco la bata para besarle el hombro.

Colleen sintió que la bata se deslizaba por sus brazos y comprendió que él se la estaba quitando. Apenas se podía mantener de pie sin su bastón. Cuando la bata cayó sobre la moqueta, ella alzó los brazos para sujetarse a sus hombros. Él dio un paso hacia atrás y, como en una nube, la guió hasta la cama.

La habitación comenzó a dar vueltas cuando los labios de él, por fin, descendieron sobre los de ella. Después, sin darse cuenta, se encontró tumbada en la cama debajo de él.

Los labios de Cade le acariciaron todo el cuerpo, entreteniéndose, eternizando la caricia hasta hacerla temblar. Su respiración se volvió pesada y sintió que su sangre comenzaba a arder.

A partir de ese momento, se sintió tan abrumada y hechizada con los placeres que él le proporcionaba que apenas sintió la punzada de dolor. Fue un dolor pequeño que olvidó al instante, borrado por cada momento de gozo que lo siguió. Hasta que la intensidad del acto la llevó tan alto que sintió algo así como un esplendor sensual que estalló en haces de luz blanca. Después volvió a la tierra bajo una lluvia brillante de felicidad.

* * *

Colleen salió con cuidado de la cama a la mañana siguiente. Con cuidado recogió su ropa y se escapó al baño de la habitación de invitados para ducharse y vestirse allí.

Era tan temprano que apenas había empezado a amanecer, pero los espasmos musculares que solía tener por las mañanas ya habían comenzado y quería caminar para que se le pasaran.

Había sido muy doloroso escurrirse de sus brazos, forzarse a sí misma a alejarse de la seguridad que le proporcionaba su fornido cuerpo.

En la ducha, dirigió el agua caliente hacia sus piernas para suavizar el dolor.

Todavía no estaba preparada para enfrentarse a él. Acababa de romper con toda una vida de timidez y modestia, y Cade ya sabía más cosas sobre su cuerpo que ella misma. Desde luego, había sabido utilizar ese conocimiento para provocar una respuesta. Una respuesta que, a la luz del día, le parecía demasiado salvaje y abandonada para que hubiera provenido de ella. ¿Qué habría pensado él? ¿Mostraría rechazo?, ¿desaprobación?

Aunque nunca se había considerado una chica inocente, tampoco se había podido imaginar que el sexo pudiera ser… así. ¿Tan ignorante era? La hábil iniciación de Cade no sólo la había despertado, sino que había provocado que deseara más. Eso la hacía sentirse aún más vulnerable ante él.

La palabra «sexo» siempre le había parecido dura e impersonal, pero lo que ella había vivido la noche anterior no tenía nada que ver con eso. Sólo había experimentado cariño y dulzura. Y placer. Un placer intenso que le cortaba la respiración. Mirándolo bien, le parecía que había sido casi místico.

¿Y si estuviera equivocada? ¿Y si Cade no le hubiera hecho el amor y aquello hubiera sido sólo sexo? Entonces estaba claro que ella nunca entendería la diferencia.

Colleen acabó con su ducha, se aplicó crema y se secó el pelo con el secador. Después, se puso unos vaqueros y una blusa de algodón. Un golpe de nudillos en la puerta la sorprendió y se apresuró a abrir.

Allí estaba Cade. Vestido con unos vaqueros gastados y una camisa de rayas. Todavía llevaba el pelo mojado de la ducha y estaba recién afeitado.

El poder de su masculinidad y lo que ya sabía de él la hizo desearlo de una manera que la sorprendió. No pudo evitar mirarlo de arriba abajo antes de fijarse en sus ojos.

El calor le tiñó las mejillas e hizo que desviara la mirada; de repente, era demasiado consciente de lo que había pasado entre ellos.

—Tenemos una ducha en nuestra habitación. ¿Por qué has utilizado ésta?

Colleen detectó un ligero reproche en su voz.

—No quise despertarte.

—A partir de ahora, vamos a despertarnos el uno al otro muchas veces, Colleen.

Ella vio calor en sus ojos y un temblor le recorrió el cuerpo. Él alzó una mano para acariciarle la mejilla y la avalancha de placer que provocó hizo que le temblaran las rodillas. Entonces, Colleen dio un paso hacia delante para refugiarse entre sus brazos y sus labios se encontraron. Casi había perdido el conocimiento cuando él se separó.

Al abrir los ojos, se encontró con el fuego de su mirada.

—Nunca se sabe cuándo nos va a apetecer empezar el día igual que acabamos el anterior.

El comentario era una firme promesa y las preocupaciones de Colleen sobre lo que él pudiera pensar de ella se disiparon. La única

molestia que había visto en sus ojos fue cuando le preguntó por qué no había utilizado la ducha de su baño. Su baño. Su habitación. Él lo había dejado muy claro y era el pequeño estímulo que ella necesitaba.

«A partir de ahora, vamos a despertarnos el uno al otro muchas veces, Colleen». Era una promesa de seguridad. Entonces sintió confianza.

Cade se separó de ella y la tomó de la mano.

—Vamos a desayunar antes de que los niños se levanten.

Las tres sobrinas de Esmeralda llegaron antes de que ella acabara de comer. Cade le presentó a Carmen, Rosalie y Angelina y le informó de que ellas se encargarían de los niños aquella mañana.

También le dijo que no hacía falta que esperaran en la casa a que los pequeños se levantaran. La clase de montar a caballo que habían pospuesto hasta después de la boda podía tener lugar aquella misma mañana. Mientras todavía era temprano y no hacía demasiado calor.

Colleen estaba nerviosa, pero no protestó. Él preparó una pequeña yegua pinta, con manchas marrones sobre un pelaje blanco como la nieve. Se trataba de un animal muy dócil y con muy buen temperamento.

Cade le enseño cómo colocar la silla y le explicó el motivo de cada paso. Cuando llegó el momento de la verdad, le quitó el bastón, la subió a la montura y le dio las riendas del animal, aunque él no las soltó.

Con paciencia, le ajustó los estribos y la instruyó sobre la postura más apropiada y sobre cómo sostener las riendas. Al cabo de un rato, él dirigió la yegua fuera del establo, sin perderla de vista a ella. Cuando le pareció que estaba más cómoda, soltó las riendas para que fuera Colleen la que llevara todo el control.

La clase duró unos veinte minutos y después volvieron al establo para desmontar. Cuando Cade la bajó del caballo, sus piernas no la sostenían, de modo que tuvo que sentarse un rato mientras él desensillaba la yegua.

En lugar de poner a *Chica* en su establo, la llevó a uno de los corrales. Cuando volvió, Colleen ya se había puesto de pie.

—¿Todavía estás temblando? —le preguntó él.

—No —respondió con una sonrisa.

El paseo había ejercitado músculos que no estaban acostumbrados al ejercicio, pero se sentía bien. *Chica* era un encanto y se sorprendió al darse cuenta de que estaba deseando que llegara la próxima clase.

Cade le devolvió la sonrisa.

—La primera vez es dura para todo el mundo. Pero los músculos se fortalecerán con más rapidez que con tus ejercicios regulares. También tengo un buen linimento, así que dímelo si crees que lo necesitas.

—Ya estoy bien.

—Bueno. Me gustaría enseñarte el rancho. Vamos a ver si ya se han levantado los niños.

Volvieron a la casa y Colleen se sorprendió de encontrarse tan llena de vigor. Nada en particular sucedió durante la visita al rancho, pero comenzó a sentir una cercanía especial entre los dos.

Aunque después de comer necesitó una siesta con tanta urgencia como los niños, el resto del día fue tan pacífico como la mañana. Para la hora de la cena, envió a las sobrinas de Esmeralda a casa y Cade y ella pasaron un rato agradable con los niños antes de darles su baño y acostarlos.

Cuando se encontraron solos en su habitación, la tierna pasión con la que Colleen había soñado durante todo el día se desató en el mismo instante en el que él cerró la puerta. A ella le pareció una pasión más profunda y más significativa que la de la noche anterior.

Pero, a pesar de toda la pasión y toda la ternura, él no había pronunciado palabras de amor. Y aunque sabía que él no quería amarla, se preguntó cuánto tiempo tendría que silenciar ella sus sentimientos. Le parecía imposible haberse enamorado tan rápidamente, pero así había sido, y lo que sentía por él cada vez era más profundo. ¿Cómo se tomaría Cade que le dijera que lo quería?

Los temores y las inseguridades inevitables crecieron en su interior y pensó que nunca iba a ser lo suficientemente valiente como para exponerse a correr ese riesgo.

* * *

Los días y semanas siguientes fueron los más idílicos de su vida.

Estaba con Cade y los niños todos los días, y cada momento que pasaba a solas con su marido era maravilloso. Las noches eran especialmente dulces y, aunque no la quisiera, su forma de hacerle le amor la hacía sentirse amada.

Ella no le abrió su corazón por completo. Se sorprendía de poder mantenerlo en secreto, pero la preocupaba que una confesión pudiera estropearlo todo.

Durante esos días y semanas, mientras Cade volvía al trabajo del rancho, ella se centraba en esforzarse al máximo y hacerse cargo de los niños. Pero todavía no podía llevar a Amy en brazos, así que acostarla y levantarla era todo un reto.

Cambiarle los pañales era un desafío aún mayor. Tumbarla en la cama o en su cambiador era imposible, y ponerse de rodillas en el suelo era demasiado doloroso, así que le enseñó a subirse a uno de los sofás.

Normalmente, Amy se conformaba con jugar tranquilamente en la casa, pero Beau era un torbellino de energía. No podía pasar todo el tiempo metido en casa, así que los tres pasaban largas horas fuera, beneficiándose del aire libre. Al principio, el calor era agotador, pero pronto comenzó a habituarse.

Mientras tanto, la pequeña Amy aprendió a andar.

Los tres iban a visitar a Cade con frecuencia para ver el trabajo que se hacía en el rancho o para ver el ganado.

Habitualmente, las siestas se las echaban los tres juntos en la habitación de juegos, sobre unos colchones.

Cade solía volver justo antes de la cena y el baño era una actividad que hacían juntos. Cade bañaba a Beau y Colleen se las arreglaba con Amy. *Rocky*, el dinosaurio, y muchos otros juguetes hacían del baño un juego divertido.

Después, con los pijamas ya puestos, se convirtió en una costumbre sentarse en el sofá para leer cuentos. Cade sentaba a los dos niños sobre su regazo y Colleen, recostada sobre él, leía los cuentos. Rara vez acababa un libro, porque los pequeños solían quedarse dormidos antes de que pudiera terminar.

Colleen conoció a más amigos y vecinos durante la primera fiesta de cumpleaños de Amy. Y fueron al juzgado para adoptar legalmente a los niños, lo que fue ocasión de otra celebración.

Finalmente, aceptó la oferta que le hizo la empresa propietaria

del camión que las arrolló. Ésta incluía la retribución de los sueldos perdidos, los gastos del hospital y una substanciosa suma en calidad de compensación. El asesor financiero de Cade la ayudó a decidir qué hacer con semejante suma de dinero.

En menos tiempo del que había imaginado, los paseos que se daba con *Chica* y con Cade la fueron fortaleciendo. Ya caminaba sin su bastón y, aunque no podía saltar vallas ni correr un maratón, estaba mucho más fuerte y la facilidad de movimientos se asemejaba a la que había tenido antes del accidente.

Su energía después de esas primeras semanas, en las que se esforzaba al máximo, comenzó a aumentar de tal manera que rara vez necesitaba una siesta. Durante los siguientes meses, ganó peso y su pelo creció. Su piel tenía el mismo brillo que parecía iluminar su alma y ella notó que casi se podía decir que era bonita. El efecto de Cade Chalmers en su vida había sido arrollador y profundo.

Cada vez se le hacía más duro acallar las palabras que tanto deseaba pronunciar: «te quiero». Palabras muy simples y sentidas, pero que podían estropearlo todo si él no quería escucharlas. Aun así, parecía que le iban a salir sin querer. Muchas veces, había empezado a decirlas, pero siempre lograba contenerse.

Quizá se estaba preocupando por nada. Cade era muy perspicaz, y probablemente, ya se habría dado cuenta de lo que sentía por él, porque ella no había hecho nada para ocultar su cariño. Por su parte, él tampoco se había mostrado reservado.

Sólo se había reservado las palabras.

Al final, estaba convencida de que no se tenía que preocupar por nada. Seguro que Cade no se sorprendía cuando le dijera que lo amaba; sobre todo, dado que él mismo había hecho todo lo posible para que así fuera.

Fue durante uno de sus paseos a caballo cuando Colleen sacó el tema. Había encargado a las sobrinas de Esmeralda que se quedaran con los niños toda la mañana. Así no tendrían que apresurarse para volver a casa.

Esa mañana, ella le había pedido que se desviaran hacia un arroyo que atravesaba el rancho.

Aunque sólo se trataba de un pequeño torrente, era uno de sus lugares favoritos. Cuando llegaron, sorprendieron a cinco ciervos que, rápidamente, desaparecieron en la bruma de la mañana.

Por el este acababa de explotar un amanecer con distintos tonos rosados, sutiles naranjas y dorados. Colleen se detuvo para disfrutar de la escena y Cade se paró a su lado.

Al mirarlo, vio la curiosidad reflejada en sus ojos y sintió que su coraje decaía. Estaba tan enamorada que el solo hecho de poder mirarlo le resultaba un regalo precioso. Le encantaba el tono bajo y ronco de su voz, y vivía por una caricia suya.

¿Realmente habría trazado una línea entre los dos que nunca cruzaría? ¿Habría trazado esa línea para evitar que ella la cruzara? Al final, cualesquiera que fueran sus objeciones al amor, era un buen hombre y seguro que eso no cambiaba.

Ella intentó sonreír y la curiosidad en sus ojos se acentuó.

—Esa sonrisa significa que tramas algo —dijo él, serio, pero la seriedad de su voz y de su rostro quedaba anulada por un brillo de humor en la mirada.

Colleen extendió una mano y él la tomó. Sus dedos se entrecruzaron con los de él.

Ella tomó aliento.

—Me has dado tanto…

La emoción la embargó y tuvo que hacer un esfuerzo para contener las lágrimas. La cara de Cade se tornó seria y el brillo de humor desapareció.

Ella notó una sensación extraña.

—No sé dónde estaría ahora si no me hubieras invitado a entrar en tu vida. Si no hubieras decidido compartir a Beau y Amy conmigo. Sé que me advertiste sobre el amor de los corazones rojos y las flores, que nunca lo sentirías, pero yo…

Cade apartó la vista y ella se interrumpió. Observó que se ponía rígido y el miedo la invadió. A pesar de todo, decidió continuar.

Quizá pudiera hacerle entender por qué tenía que decírselo.

—Después de todo lo que has hecho por mí, todo el cariño que me has dado, tendría que ser de piedra para no enamorarme de ti. De hecho —su voz tembló por la emoción—, no creo que ninguna otra mujer del mundo pueda querer a un hombre más de lo que yo te quiero a ti.

Su fina voz se perdió en la brisa de la mañana. La completa rigidez de Cade era evidente. Su mirada oscura estaba fija en el horizonte como si no hubiera oído sus palabras. Sus dedos estaban

fríos y ella sintió que le dolía el alma cuando él aflojó la mano y la soltó.

La voz de Cade sonó más ronca que de costumbre:

—Voy a estar fuera hasta mediodía, después tengo que marcharme a Austin. No sé cuando volveré.

Una oleada de temor la invadió y le quitó el aliento.

—Por favor, Cade, no lo hagas.

Él continuó como si no hubiera escuchado su ruego.

—Probablemente, los niños ya se hayan levantado.

Colleen lo vio girar a caballo y alejarse. No miró hacia atrás en ningún momento. Primero se marchó al trote y, después, al galope.

El corazón de Colleen latía tan desaforadamente que se sintió mareada y enferma. Las sensaciones eran tan fuertes que se tuvo que agarrar con fuerza a la montura porque no estaba segura de si podría permanecer erguida.

De alguna manera, *Chica* la llevó de vuelta al establo. Las sobrinas de Esmeralda estuvieron de acuerdo en quedarse el resto del día, así que ella se retiró a su dormitorio; el mareo había ido en aumento y le había provocado un terrible dolor de cabeza. Estaba demasiado asustada para llorar y deseó encontrar refugio en el sueño.

Una aspirina y una cabezada acabaron con el dolor de cabeza, pero no con el dolor del corazón. Se sentía demasiado frágil para esperar a que llegara Cade, así que después de jugar unos minutos con los niños, le dijo a Esmeralda que se iba de compras.

El trayecto hasta San Antonio le sentó muy bien. No tenía ni idea de qué comprar, pero su principal objetivo para el resto del día era hacerse a la idea de que su vida había vuelto a cambiar, y esa vez, no para mejor.

Capítulo 10

Cade sabía que se había excedido. Colleen lo había pillado por sorpresa, aunque no debería haberse sorprendido tanto. Una mujer no miraba a un hombre como ella lo miraba a él, no respondía a una caricia como ella lo hacía, a menos que estuviera enamorada.

Sin embargo, al escuchar las palabras prohibidas, se había asustado. No quería oírle decir «te quiero» porque era demasiado arriesgado responderle lo mismo. Pero, en ese instante, lo invadía un sentimiento de culpa terrible por haberse quedado callado. Alejarse de ella no había mejorado la situación, y su conciencia lo castigaba sin piedad desde que se había marchado.

La terquedad lo obligó a trabajar esa mañana.

Pero no importaba lo duro que trabajara, no importaba cuántas escenas amargas sobre su padre y su hermano recordara, nada lo disculpaba por haberle hecho daño a Colleen. Había escuchado sus palabras y luego se había alejado de ella como si rechazara lo que le había dicho y la rechazara a ella.

Si se lo hubiera pensado mejor, la habría bajado de la montura, la habría besado hasta perder el conocimiento y, después, la habría llevado a algún lugar íntimo. O, si no, ¡qué diablos!, la habría tomado allí mismo, junto al arroyo. No se habría dado cuenta hasta más tarde de que él no había pronunciado las dichosas palabras. Y cuando se acordara, aceptaría que nunca se las iba a decir. De ese modo, nunca le habría hecho tanto daño.

Pero su conciencia le decía que eso no era así; a Colleen también le habría dolido su silencio.

A mediodía, la ansiedad lo llevó a casa. ¿Por qué había esperado tanto antes de volver? ¿Por qué no había ido tras ella hacía horas? ¡Diablos! ¿Por qué la había dejado en aquel arroyo? La imagen de su expresión descompuesta y su mirada dolida le hizo sentirse enfermo.

Cuando entró por la puerta, Esmeralda se dirigió hacia él hablándole tan rápido que le costó entenderla. Cuando lo consiguió, un sudor frío, que nada tenía que ver con el duro trabajo ni con el calor, le corrió por la frente.

Colleen se había pasado la mañana en la cama y, después, se había ido de compras a San Antonio. Esmeralda no sabía que fuera a marcharse tan rápido, o sin Cade, hasta hacía un momento, cuando se había dado cuenta de que ya se había ido.

Habían pasado meses desde la última vez que Colleen había conducido, por lo que le resultaría extraño. Además, debía encontrarse mal porque Esmeralda le contó que cuando se marchó tenía la cara pálida y temblorosa, incluso después de haber pasado la mañana en la cama.

Esmeralda había intentado localizarlo en el teléfono móvil, que por descuido, había dejado en casa esa mañana. Había desistido y, finalmente, estaba llamando al capataz cuando él entró por la puerta.

Cade corrió hacia su despacho a recoger el teléfono, tomó las llaves del coche y salió precipitadamente de la casa. Colleen le llevaba cuarenta y cinco minutos de ventaja, pero probablemente habría conducido muy por debajo del límite de velocidad. Si no se encontrara bien, su terror a conducir la habría hecho pararse en algún lugar. Con un poco de suerte, la encontraría en alguna salida o en el camino.

* * *

Colleen se encontró aparcando enfrente de la casa de su madre en un barrio de San Antonio. La pintura se estaba cayendo, igual que pasaba cuando ellos vivían allí, aunque sabía que la casa había sido pintada durante los seis años que ella y su hermana llevaban fuera de la casa.

La casita no estaba en muy buenas condiciones, pero aún estaba en pie. Todavía era habitable para unas personas tan pobres que no tenían dinero para cuidar de ella.

Alguno de los peores momentos de su vida los había pasado en aquella casa. La primera enfermedad seria de su madre había surgido allí, cuando Colleen tenía diez años y Sharon, ocho. Su padre se divorció de su madre y las abandonó cuando acababa de cumplir los doce. El juez le concedió la casa a su madre, pero todavía quedaban pagos que eran muy difíciles de realizar porque su padre casi nunca les mandaba la pensión.

La incapacidad de su madre para mantener los trabajos durante mucho tiempo se había debido a su enfermedad y a los tratamientos que tenía que seguir cada vez que sufría una recaída. Se podría decir que Colleen había criado a Sharon, así que fue contra ella, y no contra su madre, contra la que su hermana se rebeló durante la adolescencia.

Para Sharon, que había estado desesperada por ser popular en el instituto, Colleen había sido la hermana represiva que la había obligado a hacer las cosas de la casa y le había impedido salir con chicos.

El conflicto madre-hermana había pasado a la edad adulta. Sharon había muerto siendo una persona inmadura que se avergonzaba de su poco agraciada hermana. Ésa era la razón por la que no la había invitado con frecuencia al rancho. Por otro lado, a Sharon le importaba demasiado la desaprobación de su hermana, así que cuanto menos supiera de su vida con Craig, mejor.

El rápido matrimonio de Sharon con Craig, a la edad de dieciocho años, fue un intento por escaparse del lugar donde había crecido. Sharon consiguió huir del lugar, pero nunca logró escapar del dolor.

Mientras miraba la vieja casa, otros malos recuerdos acudieron a su mente. Uno de los momentos más difíciles fue cuando tenía dieciséis años. Había llevado las cuentas de su madre durante años y el banco estaba amenazándolas con quitarles la casa. Su madre estaba pasando un momento duro de la enfermedad y ella se preguntaba qué pasaría si las echaban de allí. Al final, decidió sacrificar el único éxito que había conseguido en su vida: ser una estudiante de matrícula de honor. Así fue como dejó los estudios

para ponerse a trabajar.

Durante un año y medio, su madre siguió pensando que iba a clase cada día. Ella había hecho todo lo posible para que así fuera. Pero un día, su madre empeoró demasiado para darse cuenta de nada. Se podría decir que fue la primera vez que Sharon la ayudó, y esa ayuda duró hasta que su madre murió, un mes antes de que ella cumpliera los dieciocho años.

En el plazo de seis meses, Colleen vendió la casa y se mudó a un apartamento con su hermana. Sharon siguió con sus estudios y ella sacó un titulo de contabilidad yendo a clases nocturnas.

Había sentido la necesidad de ir a la casa. El infierno que había vivido en ella le había parecido interminable, un horror sin fin. Nunca, hasta la muerte de Sharon y las dificultades de después del accidente, se había vuelto a sentir tan mal o tan desesperanzada como cuando vivió allí.

Ese triste recuerdo calmó la angustia por los terribles momentos que estaba atravesando con Cade. Había sobrevivido durante años en aquella casa, de modo que podría sobrevivir a lo que fuera a pasar con él. Por muy intimidante que resultara Cade, nunca podría hacerle nada, ni siquiera parecido, a las desgracias que ya había experimentado.

Buscar un ejemplo tan extremo para suavizar sus dificultades con Cade, de repente, le pareció una tontería, aunque muy efectiva. Él no era ningún monstruo y seguro que su reacción tenía una explicación. Seguro que había un modo de resolverlo todo o, al menos, de alcanzar algún tipo de acuerdo.

Cade estaba empecinado en darles a los niños un hogar estable con dos padres. Y como, aparte de la muerte, nada los destrozaría tanto como un divorcio, podía estar segura de que no la iba a hacer desaparecer de su vida.

Eso le daba una oportunidad. De hecho, tenía más oportunidades de tener éxito con Cade de las que había tenido durante cualquiera de esos otros momentos felices.

Entonces sintió que una paz crecía dentro de ella y suavizaba el dolor que había sentido ese día. Se secó los ojos, se abrochó el cinturón de seguridad y se dirigió de vuelta al rancho Chalmers.

* * *

Los niños corrieron a su encuentro cuando ella entró por la puerta. Colleen se agachó para recibir los besos y abrazos y, después, sonrió a las chicas que los habían cuidado. En ese momento, Esmeralda llegó corriendo con cara de preocupación.

—El señor la ha estado buscando por todas partes.

—¿Lleva su teléfono móvil? —preguntó ella, poniéndose de pie.

—Sí. Yo llamé cuando usted entró por la puerta. Está muy enfadado.

Colleen apartó la mirada de Esmeralda, sintiéndose culpable y se dirigió a las chicas:

—Gracias por cuidar de los niños.

Esmeralda habló antes de que ellas pudieran responder.

—El señor Cade les ha pedido que se los lleven a casa a pasar la noche. Mi hermana está encantada, así que no tiene por qué preocuparse. Se lo pasarán bien con los otros niños.

Estaba tan sorprendida por la noticia que asintió distraídamente. Siempre habían cuidado de los niños en la casa, a Cade no le gustaba que fueran a ninguna parte sin ellos dos.

Permitirlo en ese momento, sin consultarle a ella, contribuyó a que su ansiedad aumentara.

Cuando Esmeralda se hubiera ido a casa y las chicas se hubieran llevado a Beau y Amy, Cade y ella se quedarían solos. Pero ¿solos para qué? Después de lo que había sucedido aquella mañana, sería una tontería pensar que se trataba de un plan romántico.

El coraje que creía haber reunido empezó a abandonarla.

—Seguro que se divierten. Pero no sé por qué habrá hecho esto Cade.

Normalmente, a Colleen nunca se le hubiera ocurrido hacer ese comentario delante de Esmeralda; era como si estuviera poniendo a prueba la lealtad de si empleada.

—Perdona, Esmeralda, no tienes que responderme nada.

La mirada compasiva de la cocinera y las prisas por llevarse a los niños la preocupó aún más.

Se quedó en la puerta mirando cómo se marchaban. Por primera vez, Amy y Beau iban a pasar la noche fuera de casa. Se los llevaban rápidamente. Su impulso era correr tras ellos y traerlos de vuelta, pero no quería contradecir las órdenes de Cade.

Al final, el sorprendente dolor de ver el coche de Esmeralda alejarse la ayudó a decidirse. Tenía que recuperar a sus niños. Acababa de tomar las llaves del coche y se dirigía hacia la puerta cuando escuchó el coche de Cade a lo lejos.

De repente, sintió que estaba temblando.

Él iba conduciendo como un maniaco, nunca lo había visto así antes. El pánico hizo que se alejara de la puerta. Esa actitud debía significar que estaba furioso, pensó.

¿Por qué habría de estar furioso? Seguro que no podía ser por lo que ella le había dicho por la mañana. ¿Por haberse ido en coche? No lo creía. Muchas veces la había animado a que tomara el coche y se fuera de compras. Y eso era lo que había hecho. Aunque la razón no había sido ni ir de compras ni conducir.

Además, había dejado los niños bien atendidos; y él le había dicho que se iba a Austin, de modo que ni siquiera tenía que estar en el rancho.

La verdad era que no entendía el motivo para semejante furia, y eso lo empeoraba todo. De pronto, se dio cuenta de que estaba empezando a sentirse terriblemente asustada. Las rodillas le temblaban de tal manera que apenas podía caminar. Pero caminó. Atravesó la cocina y salió al patio.

Allí se paseó deseando poder dejar de temblar, diciéndose que no había ninguna razón para que tuviera tanto miedo. Cade ni siquiera le había levantado la voz, pero, claro, nunca lo había visto enfadado. Entonces recordó la dura mirada de aquella mañana y la manera en la que se había alejado de ella.

Dio un salto al escuchar su voz cuando entró en casa.

Su nombre resonó en el patio:

—¡Colleen!

Escuchó sus fuertes pisadas acercarse por la cocina y se volvió temblando para enfrentarse a él. El corazón le latía a toda velocidad.

Cade apareció por la puerta como un gigante.

¡Dios! Parecía tan enfadado, tan grande, tan poderoso. Su cara parecía esculpida en roca, pero enseguida se dio cuenta de la expresión de sorpresa.

Él la recorrió de los pies a la cabeza.

De pronto, la furiosa rigidez de su cuerpo pareció disminuir y, al

fin, ella logró respirar.

—Colleen —dijo con una voz repentinamente dulce y grave, como si ella fuera un potro al que pudiera espantar—, me has dado un susto de muerte, cariño.

«Cariño». El apelativo que tanto le gustaba, el que él pronunciaba con tanto afecto. Era la señal de que se había asustado por nada. Los ojos de Colleen se llenaron de lágrimas por el alivio.

De repente, se sintió avergonzada por haber pensado lo peor. Se presionó las mejillas con las manos para evitar las lágrimas y se obligó a sonreír.

—Estás tan… enfadado. No sé por qué.

La expresión seria de Cade se suavizó y ella logró ver el dolor que cruzó su mirada y que hacía que sus ojos oscuros parecieran dos pozos. Su voz sonó como un ronco suspiro.

—Me has dado un susto de muerte. Esmeralda me dijo que habías pasado la mañana en la cama y que, de improviso, habías decidido ir a San Antonio.

Colleen suspiró hondo, tanto para ayudarse a contener las lágrimas como para tomar aire. No podía quitarse las manos de la cara y la mirada de Cade pareció fijarse en eso.

—Estaba… estaba mal. Quería pensar. Pero nunca me imaginé que fueras a preocuparte tanto. Dejé a los niños a buen recaudo y pensé que tú estabas en Austin. Lo siento.

Ella se detuvo, mortificada por el esfuerzo por contener el llanto.

—No quise asustarte, cariño —se disculpó él.

¡Dios! Cómo le gustaba el timbre bajo y ronco se su voz, pensó Colleen. Conseguía acariciarla por dentro y hacer que se sintiera protegida.

—Me alegro —dijo, dejando escapar una lágrima.

Cade se acercó, y el hombre que con sólo un chasquido de dedos podía hacer que los planetas se alinearan, extendió los brazos hacia ella.

Colleen corrió hacia él como si su cuerpo tuviera un imán. Podría decirse que voló hacia sus brazos y lloró de puro alivio. Se apretó contra él de manera salvaje, mojándole la pechera de la camisa con un torrente de lágrimas, maravillada de que todo hubiera sido tan sencillo.

Cuando recuperó el aliento, logró susurrar:

—Temía haberlo estropeado todo.

Él la abrazó más fuerte y la besó en el cuello.

—No has estropeado nada, cariño, nada en absoluto. Te lo prometo.

La emoción hizo que Colleen cerrara los ojos con fuerza, agonizando de amor. Se quedó quieta al sentir que él se inclinaba para levantarle las piernas y ponerlas alrededor de su cintura. Cuando la tuvo así bien sujeta, la llevó hacia el dormitorio.

Ya estaba besándola antes de cerrar la puerta de una patada. Ella le sujetó la cara entre las manos y lo besó fieramente, agradecida de que la crisis hubiera pasado. Viviría con lo que tenía y sería feliz porque no podía soportar la alternativa.

Cade fue el que se separó. Ella abrió sus ojos húmedos para mirarlo.

—Hay algo de lo que tenemos que hablar, Colleen.

Aquellas palabras solemnes hicieron temblar a Colleen, pero entonces él le dedicó una sonrisa amable que a ella se le antojó triste.

Cade caminó hacia los sillones que había junto a las puertas correderas. Al llegar, aflojó su abrazo y ella se deslizó por su cuerpo y se quedó de pie frente a él.

Ella dio un paso hacia atrás, pero él la tomó de la mano para mantenerla cerca.

—Mi padre estaba locamente enamorado de mi madre —dijo él con voz ronca, y ella notó la amargura con la que pronunció «mi madre»—. Quizá ella lo quiso alguna vez, pero ese amor pronto se extinguió. Cuanto más duro trabajaba él para conservarla, más loco se volvía. Lo utilizó todo para hacer que se quedara con él, pero ella quería más. Casi arruina el rancho para satisfacerla, pero cuando el dinero se acabó, ella se marchó.

Más que las palabras, a Colleen la impresionaron el dolor y la furia que vio en el rostro de Cade.

Éste le pidió a Colleen que se sentara en un sillón y se agachó frente a ella. Se quedó mirando un rato su pie, después su tobillo. Era como si no pudiera mirarla a la cara, pero tuviera que seguir un pequeño ritual para contener sus emociones. Entonces, metódicamente, le levantó el pie y despegó el velcro de sus zapatos. Ella sintió el ligero temblor de sus manos.

—Quebrantó su salud intentando volver a levantar el rancho —continuó Cade.

Estaba claro que la historia era difícil de contar.

Colleen se enteró de que el padre de Cade había hipotecado partes del rancho que habían pertenecido a su familia durante generaciones. Después no resultó fácil recuperarlas; a Cade le llevó años. Sus padres ya se habían divorciado mucho tiempo antes de eso. Reconstruir el rancho había sido complicado por los regresos de su madre. De vez en cuando, llamaba o se presentaba por allí, dándole esperanzas de una reconciliación y su padre lo deseaba tanto y se sentía tan agradecido que le dejaba que se llevara un poco más de él cada vez.

Pero como ella nunca se quedaba, su padre pasaba días enteros bebiendo, profundamente deprimido, amenazando con pegarse un tiro. Cade y Craig habían escondido todas las armas del rancho para evitar esa posibilidad, y cuando uno de ellos no podía vigilarlo, el capataz se encargaba de ello.

Cade le quitó el zapato y lo dejó a un lado para tomar el otro pie.

Colleen estaba completamente inmóvil, fijándose en cada matiz de su rostro.

Su voz sonaba como la de un autómata, como si estuviera perdido en amargos recuerdos.

—No quería entrar en razón. Su segundo mayor fracaso, aparte de no poder hacer que mi madre se quedara, fue morirse cuando no quería. Le dio un infarto. Sus últimas palabras fueron para ella, pidiéndome que la buscara para que él pudiera verla por última vez.

Despegó los cierres del zapato y Colleen vio su lucha por apartar el recuerdo. Entonces se dio cuenta de que su aspecto serio era una máscara para el dolor amargo.

—Ella no merecía ni un dólar, ni un minuto de su vida. Craig sufrió el mismo tipo de locura y siguió los mismos pasos de mi padre hacia el alcohol. Acabó a ocho kilómetros de aquí, ahogado con su caballo en el río que cruza la propiedad vecina. Él sabía muy bien por dónde debía cruzarlo, así que tal vez no fue un accidente.

Colleen se quedó un poco aturdida por la evidente conclusión. Él acabó de quitarle el zapato y lo dejó a un lado. Pasó un largo rato abstraído, acariciándole el pie que tenía en la mano.

Cuando la miró, el corazón de Colleen se encogió por la oscuridad de sus ojos.

—Aparte de los temores normales por la seguridad de los niños, nunca pensé que pudiera asustarme de nada. Pero hoy he descubierto que todo este tiempo he sido un cobarde. Un cobarde demasiado cabezota para darse cuenta de que no tiene razón.

Ella buscó sus ojos oscuros, intentando entenderlo, porque Cade Chalmers no era ningún cobarde. Lo que le había contado sobre su familia explicaba muchas cosas. Su insistencia en que firmaran un contrato prenupcial, su desconfianza del amor romántico… Ahora todo tenía sentido.

—Quería un matrimonio basado en el sentido común —continuó, un poco recobrado de la melancolía que había experimentado hacía unos segundos—. Hice una buena elección con mi esposa y estoy satisfecho. Mucho más que satisfecho.

La forma en que su voz decayó le dio a sus palabras una ternura especial. A ella le dolía el corazón de amor por él y la inundó la esperanza.

—Pero un matrimonio basado en el sentido común —prosiguió él— no tiene sentido cuando descubres que estás enamorado de tu mujer, pero tienes demasiado miedo para hacer frente a ese sentimiento. Cuando ella te dice que te quiere, lo único que se te ocurre es que si tú le dices lo mismo, le darás el poder de romperte el corazón en mil pedazos.

Colleen apenas podía respirar. Él le tomó la mano y se la apretó con fuerza, después continuó:

—Pero esa mujer no es como las otras, y entonces, te das cuenta de que siempre has estado equivocado con respecto al amor. Y has sido tan egoísta que ella ha pagado por tu temor y tu amargura. Y es una esposa tan dulce, amable y amante… Una mujer que ha llenado y enriquecido tanto tu vida… Si hay una mujer en el mundo que merezca que la quieras, ésa es ella.

Colleen sintió que la emoción la embargaba. Levantó una mano y le acarició la cara. Él la tomó por la muñeca y le dio un beso en la palma. Apretó los ojos como si sintiera una desesperada gratitud. Su voz sonó tierna.

—Lo siento mucho, cariño, lo siento.

—Ahora lo entiendo todo —le dijo ella con una voz apenas

audible—. Gracias.

—Te quiero, Colleen —afirmó él con sentimiento, como si esas palabras fueran sagradas—. Creo que me enamoré de ti la primera vez que viniste al rancho. El día que me di cuenta de que teníamos que casarnos, me dije que era por los niños, pero la verdad era que quería casarme contigo rápido para no tener tiempo para pensar.

Colleen lo volvió a acariciar. Él se puso de pie, la levantó a ella y la besó.

La increíble ternura de su beso la dejó sin aliento. El placer era mágico y su corazón sentía júbilo. Ella se retiró un poco para mirarlo.

—Te quiero mucho, Cade. Nunca te arrepentirás. Te lo prometo.

Cade le rozó los labios suavemente y ella sintió sus palabras en la boca.

—Yo también te lo prometo, cariño. Nunca te arrepentirás, lo juro. Te quiero, Colleen —añadió con un gruñido.

Colleen se rió de felicidad.

Cade se echó para atrás un poco, con una sonrisa atractiva y relajada. Después, la agarró con fuerza por la cintura para hacerla girar, hasta que acabaron en la cama, riéndose, acariciándose, haciéndose cosquillas y, después, cuando el deseo creció tanto como la alegría, se quitaron la ropa y se perdieron el uno en el otro.

Por fin, se relajaron con los cuerpos entrelazados, pero no pasó mucho tiempo antes de que volvieran a amarse. Después, se quedaron plácidamente dormidos.

Mientras dormían, soñaron con los niños que se unirían a ellos en el futuro. Niños que, junto a Beau y Amy, agrandarían la familia Chalmers hasta que el ala este estuviera repleta, y el legado del los Chalmers se convertiría en un legado de amor y felicidad.

FIN



Susan Fox se crió con su hermana, Janet, y su hermano, Steven, en una superficie de cerca de Des Moines, Iowa, donde, además de gatos y perros callejeros había dos caballos y ponis; su mascota favorita y confidente era Rex, su marrón y negro caballo castrado pinto.

Susan ha criado a dos hijos, Jeffrey y Patrick, y actualmente vive en una casa que ella riendo refiere como el relleno sanitario y depósito de libros. Ella escribe con la ayuda y el estorbo de cinco traviesos felinos de pelo corto: Gabby, un hablador carey percal; Buster, un sólido de león amarillo con patas blancas y las marcas faciales, y su hermana, Pixie, un calicó tricolor; Toonses, una regordeta negro y negro, y el diabólico alegremente, juguetona tigre negro Eddie, también conocido como amante de Eduardo.

Susan es una fan bookaholic y cine que ama vaqueros, rodeos, y el oeste de Estados Unidos, el pasado y el presente. Ella tiene un gran interés en contar historias de todo tipo y en la política, y ella dice los dos son a menudo intercambiables.

Susan le encanta escribir caracteres complejos en situaciones emocionalmente intensas, y se espera que sus lectores disfrutan de sus historias rancho y son elevados por sus finales felices.

Sitio web oficial: http://www.susanfox.org/